

Ken
Bruen

LA MATANZA DE LOS GITANOS

Un nuevo caso de Jack Taylor



Un mundo de novela ... www.miscolecciones.org

Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Jack Taylor, antiguo policía caído en desgracia y reconvertido en detective privado, ha seguido deslizándose por la pendiente de la desesperación. Después de pasar un año en Londres, regresa a Galway, su ciudad natal en Irlanda, con chaqueta de cuero y adicción a la cocaína.

Nada más volver se encuentra entre las manos con un nuevo caso. Alguien está asesinando de manera sistemática a jóvenes nómadas cuyos cuerpos aparecen tirados en el centro de la ciudad. El jefe de un clan gitano, al que pertenecen algunos de los jóvenes, le encarga que investigue las muertes.

Incluso en su estado actual, hundido entre la cerveza y la cocaína, Jack Taylor mantiene su extraña capacidad para saber dónde mirar, qué preguntas hacer, y con la ayuda de un policía inglés parece resolver el caso.

Al igual que en su aventura anterior, «Maderos», Jack Taylor sigue desplegando aquí su más negro y ácido sentido del humor.

Ken Bruen

La matanza de los gitanos

Jack Taylor - 2

Título original: *The Killing of the Tinkers*

Ken Bruen, 2002

Traducción: Antonio Fernández Lera

Editor digital: Titivillus



Para Ed McBain

γ

*Bonnie γ Joe,
Black Orchid Bookshop,
East 81st St., New York*

No puedes volver a casa

Thomas Wolfe

El muchacho ha vuelto a la ciudad. Cuando el autocar hacía su entrada en Galway, Thin Lizzie sonaba a tope en mi cabeza. Uno de los grandes solos de guitarra Gary Moore. Les había visto en su último gran concierto en Dublín. Había conseguido entrar en el servicio de orden del mayor concierto del año. Phil Lynott, vestido de cuero negro de la cabeza a los pies, cargado hasta arriba de coca. Vigilaba aquel escenario como la pantera de Rilke. Nunca volvió a vigilar un escenario. Yo tampoco. Su muerte prematura coincidió con mi propio desastre profesional. Me habían expulsado de la policía por pegar a un diputado en la boca. Nunca lamenté aquello. Lo único que lamento es no haberle dado más fuerte. Mi despido me hundió en una espiral de lento descenso hacia el infierno alcohólico. Me establecí en Galway y me convertí en un insignificante investigador privado perfectamente capaz de causar estragos peores que los crímenes que investigaba. Ahora me traía conmigo de Londres una chaqueta de cuero y una adicción-a la cocaína.

Habría regresado antes, de no haber sido por el viejo imperativo irlandés de irse para no volver. Al menos parecía que lo intentabas. No sé a quién pretendía impresionar. Hacía mucho tiempo que no impresionaba ni a Dios, mucho menos a mí mismo. Se había producido casi un milagro. Mi salida de Galway había sido sobria. Toda una revelación. Resultaba asombroso sentir la mente despejada y libre del malestar habitual. Podía pensar sin la necesidad de beber alcohol a lo bestia a la menor oportunidad. Leer libros volvió a ser el viejo placer de antaño. Me creía de veras que estaba a punto de

empezar una nueva vida.

Ahora había vuelto a ser lo que llaman un bebedor consciente. O sea, que cuando estaba consciente, bebía. Un tipo con el que me encontré en Kilburn High Road me había preguntado si yo era un bebedor social. Yo le dije:

—Yo no, ¿y tú qué?

—Yo soy un bebedor de la seguridad social.

Había ido a Londres con un plan. Pocas cosas hay en el mundo más nefastas que un alcohólico con un plan. El mío consistía en lo siguiente: ir a Londres y encontrar piso en Bayswater. Lo más cerca posible del parque. Preferiblemente con un mirador. Para contemplar todas esas ardillas grises que corretean por The Serpentine. En aquel plan, la mujer de la que me había enamorado recuperaría el juicio y se daría cuenta de cuánto me echaba de menos. Tomaría un vuelo a Londres y de un modo u otro me encontraría. Simplemente, una hermosa mañana, tendría que ser una hermosa mañana, milagrosamente me encontraría y sellaríamos nuestra felicidad. Todo lo que yo tenía que hacer era esperar y ella aparecería. O bien, si yo permanecía lejos el tiempo suficiente, me llegaría una carta suya diciéndome lo mucho que me echaba de menos y que por favor volviera con ella.

Lo que me encontré fue una habitación en Ladbroke Grove. Me consolé con una falsa ilusión. Me había criado con *Astral Weeks*, de Van Morrison. Entre un montón de grandes canciones, *Astral Weeks* ocupaba un lugar especial.

Me dije a mí mismo que estaba viviendo esa canción. La realidad se aproximaba bastante a una pesadilla. La arboleda es ahora una larga extensión de decadencia urbana. Las ruinas humanas compiten por el espacio con la basura. Una mezcla de aromas te golpea en el mismo instante en que te aventuras a entrar allí. Desde el inevitable curry, pasando por la orina, hasta aquella penetrante fetidez del abandono.

Al irme de Galway, había dejado atrás toda una serie de muertes. Mi caso estaba relacionado con el aparente suicidio de una adolescente. La investigación había desembocado en lo siguiente.

Ojo al parche:

Tres asesinatos.

Cuatro, si contamos a mi mejor amigo.

Mi corazón hecho trizas.

Un montón de pasta.

El exilio.

Imaginen lo competente que fui.

Ah, sí, y además existe la posibilidad de que mi intervención causara la muerte de otra joven. Tuve que esforzarme de veras para no añadir mi nombre a la lista de víctimas mortales. Podía sacar a relucir la línea de defensa más penosa de la década:

—Mi intención era buena.

Pero no era cierto.

La mayor parte del tiempo estaba demasiado borracho como para tener ningún tipo de intención.

Cuando el autocar se aproximaba a las afueras de la ciudad, pronuncié una gran frase: «*Tratar de devolver al mundo un pedazo de su corazón perdido*».

La cita era de Louise Bogan^[1], me daba una sensación de deseo cuyo cumplimiento me era imposible esperar.

Al bajar del autocar en el Fair Green, lo primero que vi fueron los titulares:

MÁS POLICÍAS PARA LAS VIOLENTAS CALLES DE GALWAY

Luego me fijé en los hoteles. Cuatro más en Forster Street. Esto solía ser el culo de la ciudad. Aquí nunca crecía nada. Por supuesto, Sammon's hacía tiempo que había desaparecido. El bar de mi juventud. Liam Sammon había jugado en el equipo de fútbol que había ganado tres campeonatos *All Irelands*.

Podemos contarlos y echarnos a llorar. Al menos, cuando el bar estaba abierto, teníamos la tienda de alfombras. Un letrero en la ventana decía: «Nos hemos mudado a Tuam Road». Joder.

Ya no se podía decir: «Todo se ha ido al infierno». El infierno y todo lo demás se había mudado a Tuam Road. Antes de mi partida, había encontrado un nuevo bar. Toda una hazaña en una ciudad en la que se me había vedado

el acceso a todo establecimiento que mereciera la pena. Supe que era el tipo de bar que me gustaba por el letrero en la ventana:

NO SE SIRVE CERVEZA BUD LIGTH

Jeff, el dueño, había sido miembro de una banda de *heavy metal*. Fueron grandes en los ochenta, en Alemania. El escribía las letras. Vosotros diréis... ¿qué letras? Exactamente.

Se había enrollado con una roquera *punki* que de vez en cuando me echaba una mano. Cathy Bellingham, una antigua yonqui londinense, se había desintoxicado en Galway. Yo les había presentado y me había quitado de en medio. Ellos serían mi primera escala.

Había volado de Heathrow a Dublín y había tomado el primer autocar del mediodía hacia el Oeste. El conductor dijo:

—¿Qué tal?

Supe que estaba en casa.

Fumador arrepentido, había vuelto a fumar. Es una peste. El nuevo mundo está diseñado para los no fumadores. Es casi imposible tomar coca y no fumar. Mezcla tan bien. Cuando te metes la primera dosis, quieres darte un buen meneo de nicotina. Como si no estuvieras suficientemente mal. No sé si es entonces o más tarde cuando se produce ese gélido aturdimiento, pero te pones a buscar la cajetilla roja. Intenta fumar en el aeropuerto de Dublín o en cualquier otro aeropuerto. Buena suerte. Para que luego hablen de segregación. Pequeñas zonas de aislamiento donde se congregan los avergonzados fumadores. Como leprosos del moderno desierto. Nos saludamos con gesto culpable unos a otros, encendemos el mechero y chupamos el veneno. Hay que estar mal de la cabeza para pasar drogas por el aeropuerto de Dublín. Esos tipos son mortíferos. Muchacho, te ven venir. Te pillan y te cae una buena.

Yo corrí ese riesgo.

Mi necesidad era superior a mi miedo. Podía imaginar los titulares:

EX POLICÍA TRINCADO EN EL AEROPUERTO

¿No sería un regreso apoteósico?

Guau.

En Forster Street, la necesidad de esnifar era tremenda, pero me aguanté. Junto a la puerta de Nestor's, un tipo con un traje blanco mugriento cantaba:

Que guapa eres^[2].

A sus pies tenía una gorra destrozada. Había juntado no menos de 50 peniques. Rebusqué en los bolsillos, saqué unas cuantas monedas. Él dijo:

—*Escúpeme, Dickie*^[3].

De Joe Dolan a Dickie Rock, sin perder el compás. Me dio la risa y él añadió:

—Es una libra.

—Lo siento.

—No importa, la intención era buena. Se puso a cantar *La casa del techo encalado*^[4]. Un centinela solitario en la barra. Exclamó:

—Hostias, mirad quién ha vuelto.

Los irlandeses de cualquier condición recibirán a un retornado exactamente con las mismas palabras:

—Has vuelto.

Jeff estaba detrás de la barra, hizo un gesto de saludo con la cabeza y preguntó:

—¿Qué va a ser?

—Una cerveza.

La pregunta se reflejaba claramente en sus ojos:

«¿Has vuelto a beber?».

Pero tuvo el buen gusto de no preguntar. Sonaba una canción que no reconocí. Pregunté:

—¿Qué canción es ésa?

Él sonrió y dijo:

—No te lo vas a creer.

—Jeff, esto es Irlanda; me creeré cualquier cosa.

—Es *I Saw a Stranger*, de Tommy Fleming.

Dejó que la Guinness reposara, salió de detrás de la barra, dio la vuelta y dijo:

—Dame un abrazo.

Se lo di.

No fácilmente ni con demasiada soltura. Nosotros, los irlandeses, no damos abrazos. No sin una persistente mortificación. Tenía buen aspecto. Sus vaqueros negros de marca no tenían ni una mancha. Camisa de abuelito, botas altas y chaleco negro de ante. Coleta bien apretada. Al igual que yo, Jeff andaba por los cincuenta. No tenía el aspecto de un rockero avejentado. La soltura de sus movimientos daba categoría a cualquier cosa que se pusiera. Yo dije:

—Tienes muy buen aspecto.

En Irlanda, esto suele ser el preámbulo a: «Préstame algo de dinero».

Ésa era mi intención.

Retrocedió unos pasos, me inspeccionó de arriba abajo. Yo llevaba puesto mi único traje de Oxfam. Estaba hecho trizas. Me había dejado crecer el pelo y no me había recortado la barba. Él dijo:

—Pues tú tienes una pinta horrorosa.

—Gracias.

Fue a echar espuma a la cerveza. Me senté en lo que solía ser mi sitio. En el rincón, silla dura, mesa más dura todavía. Nada había cambiado. Yo sí. Le dije al centinela:

—¿Puedo invitarte a una cerveza?

Tardó unos segundos en responder. No estaba seguro de haber oído bien. Luego se giró sobre su taburete y preguntó:

—¿Luego tendré que devolverte la invitación?

—No.

—Pues entonces, vale.

Hurgué en mi bolsa de viaje, saqué algunas cosas imprescindibles. Dejé sobre la mesa un paquete, guardé el resto en un bolsillo y dije:

—Jeff, voy un momento a echar una meadita.

—Lo que haga falta.

Me encerré en uno de los servicios, me arrodillé sobre el váter, bajé la tapa, saqué el papel de aluminio. Extendí cinco rayas, enrollé un billete de diez libras y esnifé a toda leche. El impacto fue instantáneo. Me lanzó contra la puerta, pude sentir un gélido latigazo en el cerebro y exclamé:

—Hostias.

Diez minutos después, me sentía como una moto; me incorporé y me

acerqué al lavabo. El espejo de la pared tenía un logotipo:

DULCE AFTON

Me sangraba la nariz. Dije:

—Dulces hostias.

Me limpié la sangre con un pañuelo de papel. Me mojé la cara con agua fría. Por debajo de la barba se podía ver un tono grisáceo. Tenía las mejillas hundidas. Me subí los pantalones, apreté el cinturón un agujero más. Había perdido algo así como doce kilos. En mis días de jugador de *hurling*^[5], era robusto. Las patatas y el deporte se amontonaban sobre aquella corpulencia.

Cuando volví al bar, Cathy estaba sentada en mi mesa. Transformada. La chica que yo había conocido era una punki de veintidós años con marcas de pinchazos en los brazos. Se levantó de un salto y dijo:

—Has vuelto.

Además del saludo irlandés, había adquirido una suave cadencia musical. Prefería su entonación a lo Kim Carnes.

Más abrazos.

Me echó una mirada y dijo:

—Cocaína.

—Oye, tú.

—No puedes engañar a una vieja yonqui.

—¿Por qué iba a querer hacerlo?

—Porque eso es lo que hacen los adictos... ocultarlo.

Me senté, le di un buen trago a mi cerveza. Dios, estaba buena. Cathy se inclinó hacia mí, limpió la espuma de mi labio superior y dijo:

—Tu habitación está preparada.

—¿Qué?

—Tu primera noche tienes que pasarla con amigos.

—Iba a volver al Bailey's.

—Ya irás mañana.

—Bueno, vale.

Había engordado. Tenía la cara regordeta, reluciente incluso. Yo dije:

—Estás radiante.

—Le dio vergüenza; juraría que se ruborizó, aunque creo que ése es un arte perdido. Dijo:

—Estoy embarazada.

Después del ceremonial de las felicitaciones, dije:

—Os he traído unas cosas.

Se le iluminó la cara. Dijo:

—Enséñamelas.

Le di el primer paquete. Como una niña, rasgó el envoltorio para abrirlo. Un anillo Claddagh de oro rebotó sobre la mesa. Le dije:

—Os he comprado uno a cada uno.

—Oh, Jack.

Se los había comprado a un tipo en un bar.

Cathy se probó el anillo. Le quedaba bien. Exclamó:

—Cariño, ¿vienes a ver lo que nos ha comprado Jack?

Jeff se aproximó a la mesa con cautela. Cathy le enseñó el anillo de oro, dijo:

—Vamos, pruébatelo.

No le quedaba tan bien. Se sacó una cadena de debajo de la camisa. Divisé una medalla milagrosa. Abrió el broche, pasó el anillo por los eslabones y dijo:

—Daniel Day Lewis lleva siempre uno, se cree que eso le hace irlandés.

La medalla se quedó en la mesa, como una aspiración, o al menos eso fue lo que le pareció a la coca. Jeff dijo:

—Jack, quédatela.

—Probablemente perteneció a tu madre.

—Ella sabría apreciar una buena causa.

—Planteado en esos términos, ¿cómo voy a negarme?

La guardé en mi billetera. Llevaba en ella una foto de una joven sonriente, con la mirada puesta en algún lugar fuera de la imagen. Su pelo ensortijado enmarcaba un rostro de pulcra belleza. Jeff alcanzó a verla y dijo:

—Vaya, vaya.

—Venía con la billetera.

La noche acabó en fiesta. Llamé por teléfono a la señora Bailey, la patrona de mi antiguo hotel, y vino a vernos acompañada por Janet,

limpiadora/camarera/criada para todo. Una criatura verdaderamente llena de gracia. Aparecieron algunos polis y se unieron al festejo. A las nueve, el lugar estaba de bote en bote. Yo me había pasado al *whiskey* y todo iba sobre ruedas. Jeff bailaba con la señora Bailey, yo me echaba un vals con Janet. Los polis también bailotearon lo suyo.

La fiesta se acabó. El bar parecía como si le hubiera caído una bomba encima. Yo me había desplomado sobre mi duro asiento. Mala idea. Tenía la espalda hecha añicos. La resaca, de forma subrepticia, rápida y mortífera, machacó todas y cada una de las fibras de mi ser. Mascullé:

—Hostia puta.

El centinela se había quedado frito sobre la barra, con su eterna media pinta de cerveza negra delante. Jeff apareció y saludó:

—Muy buenos días a todos, chicos.

Sádico hijo de puta. Encendió el televisor. Se puso a cambiar de canales hasta que por fin se detuvo en *Sky News* y oímos decir:

—La locutora Paula Yates ha sido encontrada muerta.

Fue como si un rayo me hubiera golpeado. Me encantaba aquella cabra loca. Una vez le había oído decir:

«La primera vez que Fifi se cayó de la cama, recién nacida, me fui corriendo al médico. Estaba preocupadísima. El doctor me dijo que lo único que le pasaba a aquella niña es que llevaba demasiadas joyas encima».

¿Cómo no adorarla?

En una ocasión oí decir a la cantante Mary Coughlan:

—Una cosa es cantar *blues*; el hecho de sentirlos es lo que casi me mata.

Amén.

Jeff hizo un gesto desaprobatorio, se me quedó mirando y dijo:

—Vaya desperdicio.

Pero yo sabía. Su expresión era la preferida de las madres, a lo largo y ancho del país. Me amonestó:

—Espero que eso te sirva de lección.

Jeff tenía demasiado estilo para decir semejante cosa. El centinela se

removió en su banqueta, agarró su vaso, apuró hasta los posos y volvió a quedarse dormido. En mi antiguo bar, Grogan's, había dos tipos de guardia permanente. Uno a cada extremo de la barra, vestidos idénticos: gorras de tela, chaquetones con hombreras pantalones de fibra sintética.

Bebidas gemelas. Siempre y para siempre, la pinta de Guinness a medio beber, con la espuma intacta por encima. No tenía ningún mérito. Nunca les vi saludarse entre sí. Les conocía solamente como los centinelas. Qué era lo que vigilaban, eso era lo que se preguntaba todo el mundo. Los viejos valores tal vez. A uno de ellos le había dado una trombosis coronaria. El segundo se había ido con sus bártulos a otra parte cuando Grogan's cambió de manos.

Me sentí viejo. Cercano a los cincuenta, cada mal año vivido se había quedado grabado en mi cara. La resaca me echaba encima otros cinco duros años. Jeff preguntó:

—¿Café?

—¿El Papa reza el rosario?

—¿Eso quiere decir que sí?

Subí al piso de arriba. Me habían dado la habitación del ático. Era limpia. Espartana. Thomas Merton habría podido introducir en ella un alfiler. La luz del sol entraba a raudales por la ventana del tejado. Me daba una ilusión de esperanza. Cogí mi bolsa de aseo y salí en busca de un cuarto de baño. Estaba libre. Impecablemente limpio, con un montón de suaves y mullidas toallas. Dije:

—Que... guay.

Me despojé de mi arruinado traje y me metí en la ducha. Hice todo lo posible por no verme el torso. Las innumerables palizas habían dejado un penoso rastro. Abrí a tope el grifo del agua caliente y dejé que la hija de puta me abrasara. Salí de allí con un hormigueo en la piel. Envuelto en una de aquellas toallas, inspeccioné el armario.

¿No es lo que hace todo el mundo?

Montones de cosas femeninas. Me puse desodorante Mum. Sus efluvios por poco me asfixian. Encontré algunas aspirinas familiares y me las tragué a pelo. Había una botella de loción para después de afeitarse, en un llamativo frasco metálico. De marca Harley. Pensé:

«Venga, Jeff».

Me la puse en la barba, dije:

—Las cosas van mejor con un poquito de coca.

Preparé unas rayas en el lavabo, respiré hondo y esnifé. Durante unos momentos, no pasó nada. Pensé que tal vez la resaca arrasaba con todo. Luego cantaron los ángeles. El efecto fue parecido a la náusea. Podía sentir mis ojos absolutamente abiertos. Tío, ya no me dolía nada. Volví dando saltos a mi habitación, mascullando:

—Me encanta mi vida.

Seleccioné un par de Levis de pana desteñidos. Un lavado más y pasarían a la historia. Un jersey con el logotipo «McNasty's es una mierda». Cortesía del local de Shane McGowan's en Islington. Había sido blanco, pero lo había lavado junto con una camiseta de color azul marino. Finalmente, un par de zapatos. Saqué un Marlboro, lo encendí. Bette Davis y yo seguíamos fumando. Bajé al bar, tomé un trago de café. Perfecto, amargo como un rumor. Jeff dijo:

—Debes de haberte puesto un colirio muy potente.

—¿Qué?

—Tus ojos... están resplandecientes.

Cathy apareció y dijo:

—Uf, me parece que nunca en la vida volveré a beber Spritzers.

Jeff le contó lo de Paula Yates. Ella dijo:

—Pobre puta.

Un poco más tarde, inclinándose hacia mí, preguntó:

—¿Y ese olor? Hueles igual que mi Jeff.

La amorosa mención de su nombre me llegó al alma.

Volví a mi silla, exhalé un profundo suspiro. Estaba claramente en pleno proceso de recuperación. Se abrió la puerta y entró un hombre de complexión fuerte. Tenía una tupida barba negra y una expresión de callada energía. Se acercó y preguntó:

—¿Podría tener una conversación con usted?

—Desde luego.

—Una conversación discreta.

Miré a mi alrededor en el bar, no precisamente un refugio de intimidad. Saqué a relucir mi sonrisa y dije:

—Salgamos fuera.

Una leve mueca en la comisura de sus labios fue el único indicio de que había entendido el chiste. Una ojeada a sus manos bastaba para saber que había viajado lo suyo. El aire fresco me golpeó con la fuerza de un palo de *hurling*. Me tambaleé, sentí que una mano me sujetaba. Él dijo:

—El aire fresco puede ser una putada.

Saqué mis cigarrillos, extraje uno, intenté encender el mechero. No pasó nada. Dije:

—Mierda.

Él iba vestido con traje oscuro, camisa blanca, corbata bien anudada. Metió la mano en el bolsillo, sacó un Zippo, me lo entregó. Era de plata maciza. Lo encendí, se lo devolví. Él dijo:

—Quédeselo; yo he dejado de fumar.

—Es de plata maciza.

—Considerémoslo un préstamo.

—Vale.

Me senté en el alféizar de la ventana y pregunté:

—¿En qué está pensando?

—¿Me conoce?

—No.

—¿Está seguro?

—No olvido las caras.

—Me llamo Sweeper^[6].

Le miré a la cara. No estaba de coña.

—No se ofenda, amigo, pero eso no significa un carajo para mí.

—¿Los gitanos?

—¿Es un chiste o algo así?

—Soy hombre de poco humor, señor Taylor.

—Llámeme Jack. Bueno, entonces... ¿qué es lo que desea?

—Ayuda.

—No sé cómo podría yo ayudarle.

—Usted ayudó a Ann Henderson. Su nombre me cogió por sorpresa, como un chillido que atravesara mi alma. Se me debió notar en la cara. Dijo:

—Lamento causarle dolor, señor Taylor.

—Jack, llámeme Jack.

Sacudí el cigarrillo, observé el arco que se formaba en el aire y luego se disolvía. Dije:

—Escuche, Sweep... Joder... vaya nombre. Ya no me dedico a eso.

—Ella dijo que podría usted ayudarnos.

—Estaba equivocada.

Empecé a levantarme. Extendió las manos y dijo:

—Están matando a nuestra gente.

Eso me impresionó. Ninguna pregunta. Me paralizó. Me volví hacia él para mirarle. Dijo:

—Ha estado usted fuera. Ya lo sé. En los últimos seis meses, cuatro gitanos han sido asesinados.

Hizo una pausa y, con una mirada cargada de desprecio, prosiguió:

—Los policías no han hecho nada. Fui a ver al superintendente, un tipo llamado Clancy. ¿Le conoce?

Asentí y él dijo:

—Para ellos, sólo es cosa de gitanos... y ya se sabe, los gitanos siempre se están matando entre ellos.

—¿Qué cree que puedo hacer yo?

—Puede averiguar.

—¿Averiguar qué?

—Quién les está matando y por qué.

Hijos del callejón sin salida

Patrick McGill

Al final me quedé en Nestor's unos cuantos días más.

Principalmente porque no fui capaz de organizar el traslado. Era más o menos mediodía, yo estaba recuperándome. Le pedí a gritos a Jeff una cerveza. Él me preguntó:

—¿No es un poco pronto para eso?

—Joder, estoy de pie desde las ocho.

Me miró a los ojos y dijo:

—Estás de pie, eso es verdad.

Aquello empezaba a deprimirme, y le solté:

—Olvídalo.

Jeff no es vengativo, comenzó a servirme una cerveza, dijo:

—¿Qué prisa tienes? Me relajé, dije:

—Ha llegado la hora de irme al Bailey's.

—Quédate unos días más. A Cathy le alegra tu compañía.

Le observé poner espuma a la cerveza antes de aventurar:

—Y tú, Jeff, ¿qué piensas tú?

—Yo soy tu amigo, no pienso nada.

¿Es posible responder a algo así? Yo no supe. La puerta se abrió y entró Sweeper. Traje azul y camisa más azul todavía, corbata de seda. Excepto por un pendiente de oro, podría haber pasado por un madero. La tentación de hacer el chiste del *barrendero* era tremenda.

Por ejemplo:

«Mirad lo que nos ha traído el camión *barrendero*».

En vez de eso, dije:

—Tómese algo.

—Un refresco, por favor.

Jeff echó un vistazo.

—¿Una naranjada?

—Sí, por favor.

Nos estudiamos el uno al otro durante un rato, luego Sweeper dio un trago a su bebida. Hizo crujir el hielo, haciendo gala de unos dientes fuertes y blancos. Le dije:

—¿En qué está pensando?

—¿Necesita alojamiento?

—No... no, no me hace falta. Tengo tanto alojamiento que se me sale por las orejas.

Esbozó una sonrisa y dijo:

—Tiene la lengua afilada.

—Me gusta ir al grano.

Sacó un juego de llaves, las puso encima de la mesa, dijo:

—Conocerá Hidden Valley.

—Por supuesto... John Arden vive allí.

—¿Quién?

—Ganador del Booker Prize, dramaturgo enormemente respetado...

Levantó la mano:

—No soy un ratón de biblioteca, señor Taylor.

—Nunca es demasiado tarde.

—No he dicho que sea un ignorante... he dicho algo totalmente distinto.

Vi el centelleo en sus ojos. Me dije que debía tener cuidado y no tocarle las pelotas.

Pero, de todos modos, se las toqué. Dije:

—He tocado una fibra sensible, ¿verdad?

Ignoró ese comentario, dijo:

—Algunos de los míos han comprado una casa allí. No llegaron a instalarse. Me gustaría ofrecerle la casa. Es pequeña pero adecuada.

—Y me la dejará si le ayudo.

—Sí.

—¿Qué pasa si no averiguo nada?

—La casa es suya durante seis meses. Mis instintos dijeron:
«No».

Yo dije:

—Trato hecho.

Me quedé con las llaves y dije:

—Cuénteme lo que ha pasado.

Sacó un trozo de papel, lo extendió sobre la mesa. Le eché un vistazo.

3 de enero... Christy Flynn (Óg)

19 de febrero... Cionn Flaherty

2 de abril... Seaneen Brown

9 de junio... Blackie Ryan

Pregunté:

—¿Todos muertos?

—Sí, a todos los encontraron en el Eair Green, cerca de la Simon House.

—¿Cómo?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo murieron?

—Les aplastaron la cabeza con un martillo.

Se levantó bruscamente, fue a la barra, pidió a Jeff:

—Un chupito de Jameson y una cerveza para mi amigo.

Miré la lista. Una sensación de cansancio me susurró en el alma:

«Estás tan cansado».

Me vino a la cabeza un verso que en alguna ocasión había escuchado:
«Bebía, no por su propia oscuridad, sino por la oscuridad de los otros».
Sweeper volvió y preguntó:

—¿El pago?

—¿Qué?

—¿Cuánto dinero quiere?

—¿No me va a dar una puñetera casa?

—Necesitará dinero, como todo el mundo.

Cualquiera se ponía a discutir.

Me entregó un sobre grueso, lleno de billetes. Yo dije:

—Me hubiera gustado que fuera marrón.

Se sintió perdido. Dijo:

—Me he perdido.

—Un sobre marrón, como si fuéramos diputados.

No le hizo gracia la bromita. Bebió a sorbos el Jameson como quien ha sufrido quemaduras graves. El *whiskey* me había chamuscado más veces de las que quisiera acordarme. Nos miramos y dijo:

—Tengo que racionarlo.

—Eh, yo soy la última persona que necesita una explicación.

—Ya lo sé.

—¿Cómo dice?

—Ann Henderson me contó su aflicción.

Me sentí furioso. Pregunté:

—Aflicción... ¿ella dijo eso?

Hizo un gesto con la mano izquierda, ambiguo en su negación.

—Mi gente sufre de forma parecida.

Le dejé pasar... a tomar por culo.

Había llegado la hora de hacer el equipaje. Dije:

—Deme unos minutos y estaré listo.

En el piso de arriba, preparé mi bolsa, birlé la botella de Harley. Jeff olía bien. Pero yo necesitaba toda la ayuda disponible. Me puse mi chaqueta de cuero de Londres. Crujía un poco, pero a eso lo podríamos llamar carácter. Cuando bajé al bar, tendí la mano a Jeff y dije:

—Ha sido divertido.

—¿Adónde vas?

El centinela levantó la cabeza y gritó:

—Se va con el gitano.

Jeff le cortó y dijo:

—Oye, tú.

Sweeper saludó con un gesto y salió afuera. Yo dije:

—Tengo una casa en Hidden Valley.

—¿De tu hombre?

—Sí.

—¿Dónde está la trampa?

—Tengo que investigar unos problemillas que ha tenido.

—Coño, Jack, pensaba que habías dejado ese oficio... después de la última vez.

—Esto es diferente.

—Claro, ahora estás incluso en peor forma que entonces. ¡Cathy! Jack se marcha.

Ella vino corriendo.

—Ay, Jack.

—Estaré cerca, literalmente a la vuelta de la esquina.

—Pero íbamos a ver una peli...

Lo pronunció así. Cuando los ingleses se ponen finos, se vuelven majaras.

—¿Qué película?

—*Julien Donkey-Boy*, de Harmony Korine.

Le ofrecí mi mejor mirada en blanco. Ella siguió:

—Es la película seis del Dogma. Es el mismo que hizo *Gummo*, ¿te acuerdas?

—Oh, esto... así, de pronto, no.

—Jack, tienes que verla. Es mucho mejor que Lars von Trier.

Jeff se estaba meando de la risa detrás de la barra. Hasta el centinela sonreía. Yo decidí confesarlo todo, dije:

—No tengo ni la más mínima idea de lo que me estás contando.

Alicaída, sacó un paquetito. Pude leer «Zhivago Records» en el anverso.

Dijo:

—Esto era para darte la bienvenida.

Abrí el paquete, un CD titulado *You Win Again*, de Van Morrison y Linda Lewis. Me armé de entusiasmo y dije entre dientes:

—Guau.

Más animada, se puso a desparramar.

—Sabía que te gustaría. Recuerda que antes de irte me regalaste su álbum.

No me acordaba, dije:

—Claro.

Cuando salimos, Sweeper dijo:

—Tengo una furgoneta.

—Yo también.

Era una Ford Transit, hecha papilla. Al ver mi reticencia, dijo:

—Tiene el motor arreglado.

Corrió la puerta y tiró mi bolsa dentro. El cantante de traje blanco del día de mi regreso se acercó y preguntó:

—¿Me puede dar para una taza de té, señor?

Le entregué el CD. Preguntó:

—¿Qué coño es esto?

—Nuevo material.

Me arrestaron mi primera noche en Hidden Valley. Vinieron a por mí a las ocho, me despertaron de una profunda siesta. Me había quedado dormido frente a la chimenea encendida. Hidden Valley es una empinada pendiente que va desde Prospect Hill hasta Headford Road. Un remanso de insólita calma en una ciudad enloquecida. Desde la colina, se puede contemplar Lough Corrib, añorar los niños que nunca tuviste. Hacia el norte se encuentra Bohermore. A dos pasos de allí está Woodquay y los almacenes Roches. La casa era un edificio moderno de dos pisos con dos habitaciones por piso. Y aleluya, suelos de madera, chimenea de piedra. Totalmente amueblada con sólidas sillas y un sofá sueco. Incluso la estantería estaba llena. Sweeper dijo:

—Le hemos llenado la nevera y el congelador. Tiene bebidas en el armario.

—¿Me estaban esperando?

—Señor Taylor, siempre esperamos a alguien.

—¿Qué puedo decir? ¿Me permite que le invite a un trago?

—No, tengo que irme.

Hace tiempo tuve ocasión de leer una carta escrita por Williams Burroughs a Allen Ginsberg:

Me arrestaron por primera vez cuando encallé, en una balsa, sospechoso de haber navegado desde Perú con un jovencito y un cepillo de dientes. (Viajo ligero, solamente lo esencial). Una noche, después de inyectarme seis ampollas de dolofina, el excapitán me encontró sentado en cueros, en el pasillo, sobre el asiento del retrete (que había arrancado de la taza). Jugando con un cubo de

agua y cantando «Desde lo más profundo de Texas».

Miré a mi alrededor en mi nueva casa y pensé: He encallado estupendamente. Me di un buen baño, guardé mi ropa y lo revolví todo. La carbonera estaba en la parte de atrás y conseguí encender la chimenea. Quise sentarme durante unos minutos, me quedé adormilado. Unos porrazos en la puerta me despertaron. Restregándome los ojos, llegué a tientas hasta la puerta, la abrí y dije:

—Policías.

De uniforme. Parecían jovencitos de dieciséis años. De promedio. El primero dijo:

—¿Jack Taylor?

—Como si no lo supieras.

El segundo dijo:

—Nos gustaría que nos acompañara.

—¿Por qué?

El primero sonrió y dijo:

—Para ayudarnos en nuestras investigaciones.

—¿Puedo tomar un poco de café?

—Me temo que no.

El coche-patrulla estaba aparcado justo enfrente de la puerta. Yo dije:

—Gracias por la discreción, chicos. Estaba deseando impresionar a mis vecinos.

Igual que en las películas, uno de los agentes me puso una mano en la cabeza mientras me hacía entrar en el asiento trasero. Casi parecía que quería protegerme, pero se las apañó para darme un golpe en la cabeza y dijo:

—Uy.

En Mili Street, al salir del coche, Mike Shocks, el fotógrafo local, vino corriendo y preguntó:

—¿Es alguien?

—No, no es nadie.

Una vez dentro, me llevaron a la sala de interrogatorios. Me froté las muñecas como si me hubieran esposado. Había un cenicero de hojalata sobre una superficie pintada, con un logotipo: «Players, por favor». Saqué un

pitillo, encendí mi Zippo. Di una profunda calada e intenté adivinar dónde estaba la cámara. Se abrió la puerta y entró Clancy. El superintendente Clancy. Teníamos toda una historia en común, en la que no había absolutamente nada bueno. Él había estado presente en la acción que me costó la carrera. Por aquel entonces era flaco como un galgo empapado hasta los huesos. Habíamos sido amigos. Durante los sucesos anteriores a mi exilio, se había comportado como un hijo de puta.

Uniformado con toda la parafernalia, había dado ya el salto a la mediana edad. Tenía la cara enrojecida, con manchas en las mejillas. Los ojos, sin embargo, eran avispados como siempre. Dijo:

—Has vuelto.

—Me has descubierto.

—Esperaba no volverte a ver.

—¿Qué quieres que te diga, hermano?

—Lo único que espero es que detrás de ti no aparezca también aquel otro elemento, Sutton.

—Eso lo dudo.

Sutton estaba muerto. Yo le había matado, a mi mejor amigo. Con premeditación y alevosía, como suele decirse. Clancy dio unos pasos hasta situarse detrás de mí. El viejo ritual de la intimidación. Regla uno del interrogatorio. No está en el manual de formación, sino grabado en piedra. Yo dije:

—Buen policía, jefe; lo confesaré todo.

Sentí que su mano se levantaba, tensa, mientras yo esperaba el golpe. No llegó. Saqué otro pitillo, lo encendí. Él preguntó:

—¿Qué estás haciendo con los gitanos?

—Un poco de gitaneo.

—No te hagas el gracioso conmigo. Te llevaré a rastras hasta Mountjoy antes de que puedas pedir a gritos un abogado.

—Oh, quieres decir un *barrendero*, Sweeper.

Estaba a punto de reventar de rabia. Dijo:

—Ese tío es un granuja.

—No creo que tú a él tampoco le caigas muy bien.

Se dejó caer sobre el borde de la mesa, con la pernera del pantalón

subida. Se dejaba ver una pierna blanca y lampiña por encima de sus calcetines azules. Se inclinó hasta tocarme la cara. Le olía el aliento a cebolla. Dijo:

—Escúchame, chaval. Mantente alejado de toda esa pandilla.

Me puse a jugar mecánicamente con el cigarrillo, pregunté:

—¿No vais a investigar los asesinatos de cuatro de sus hombres?

Le salía espuma por las comisuras de los labios. Escupió:

—Putos gitanos, siempre se están matando unos a otros.

Se puso en pie, se ajustó la guerrera, dijo:

—Lárgate.

—¿Soy libre para irme?

—Mira a ver por dónde pisas, muchacho.

Cuando ya me iba hacia la puerta, dije:

—Que Dios te bendiga.

Después de que me dejaran salir de Mill Street, fui a pie hacia Shop Street. Thom Yorke, de Radiohead, decía:

Cada día piensas, bueno, tal vez, deberíamos parar. Tal vez esto no tiene sentido, porque todos los sonidos que has hecho, que te han hecho feliz, han sido despojados de todo su significado. Es una auténtica cabronada.

Me detuve en el puente durante unos momentos. Al otro lado del agua, a la altura del Claddagh, podía ver el embarcadero de Nimmo. El cuerpo de Sutton nunca había sido encontrado. Sus cuadros eran ahora objeto de coleccionistas. Los franceses tienen una palabra para decir pesadilla... *cauchemar*. Eso sí que resulta evocador, tío. Un alcohólico tiene sueños que rivalizan con los de cualquier veterano de Vietnam. Cierras los ojos y murmuras «Nos atacan»... y no lo dices de coña. Inicialmente, como la peor de las ironías, el alcohol disipa todas las pesadillas. Por lo menos no las recuerdas. Luego, por supuesto, las reaviva, las lanza al noveno nivel. No es un nivel donde se pueda permanecer mucho tiempo. La palabra irlandesa para los sueños es *broinglóidi*, un sonido hermoso y delicado. Entre muchos imposibles, un bebedor reza fundamentalmente en esa dirección. Inútilmente. Yo nunca he soñado con Sutton. Por supuesto, pienso en él casi todos los días, pero se mantiene a plena luz del día. Gracias a Dios.

Necesitaba a Merton y una cerveza. No necesariamente por ese orden. Dirigí mis pasos hacia Charlie Byrne's, una librería de segunda mano. Es *la* librería. Durante mi aprendizaje con el bibliotecario Tommy Kennedy, mientras moldeaba y orientaba mis lecturas, me habló de Sylvia Beach. En

París, en los días en los que su librería recibía en audiencia a

Joyce

Hemingway

Fitzgerald

Gertrude Stein

Ford Maddox Ford

La voz del señor Kennedy llegaba a adquirir un tono de añoranza en la narración. Cuando contaba la atmósfera casi mítica, yo era capaz de oler el Gauloise, el aroma del puro café francés. Como era joven, naturalmente, preguntaba:

—¿Fue usted allí, señor Kennedy?

Con la mirada muy perdida, decía:

—No, no... no fui.

Uno de mis poemas favoritos es «*Aullido*», de Ginsberg. Ninguna de las personas a quienes se lo he comentado ha parecido sorprenderse nunca. Imagino que me habían oído aullar demasiado a menudo. Ese libro volvió de Londres conmigo en el bolsillo de mi chaqueta. El otro libro viajero era *El lebré del cielo*. Había sido un artículo de coleccionista, encuadernado en piel con rebordes dorados. Cuando le conté a Tommy Kennedy mi elección profesional, hacerme policía, había sentido una amarga desilusión. El regalo de despedida que me entregó fue el libro de Thompson. Noches de borrachera habían deteriorado aquel hermoso volumen.

Charlie Byrne's se aproxima al ideal de Tommy. Unos años antes, yo estaba merodeando en la sección de novela negra. Un estudiante tenía en sus manos una hermosa edición americana de Walt Whitman. Miraba el precio. Charlie, al pasar, le dijo:

—Llévatelo. Venga, ya me lo pagarás en otra ocasión.

Y ADEMÁS

Le entregó las *Obras de Robert Frost*, y añadió:

—Esto te interesará también.

Eso es tener clase.

Vinny Brown estaba navegando por Internet, levantó la vista y dijo:

—Has vuelto.

El equipo irreductible: Charlie, Vinny y Anthony. Yo le había hablado de Pelecanos a Anthony, y a cambio él me había regalado las obras completas de Harry Crews. Como estadounidense, parece entender el ritmo de Galway. Yo todavía no lo entiendo. Vinny preguntó:

—¿Qué tal en Londres?

Recientemente había leído a trancas y barrancas *Londres: Una biografía*, de Peter Ackroyd. Intentando no parecer demasiado sabiondo, dije:

—Londres es el caos, un laberinto imposible de conocer.

Vinny se quedó pensativo un rato, luego se atrevió:

—¿Ackroyd?

No sé nada de serendipias. No me refiero a la horrible canción de Sting, sino a la coincidencia. Cuando Dios juega a pasar desapercibido. Había una hippie en la sección infantil. Sopesaba la diferencia entre Barney y *El conejo de pana*. Saludé con un gesto, y ella dijo:

—¿Señor Taylor?

Ese «señor» casi me mata. Pregunté:

—¿Qué tal estás?

—El domingo vuelven a jugar.

—¿Ah, sí?

—He rezado para que les demos una paliza a los de Kingdom. ¿Cree usted que es correcto?

—Contra Kerry, yo mismo encenderé una vela. Me miró de arriba abajo. No en plan inquisitivo, pero sí llena de preocupación. Dijo:

—Se ha dejado crecer la barba.

—Pues sí.

—Le sienta bien.

Londres

Thomas Merton en su diario, escrito seis meses antes de su viaje por Asia:

Me doy cuenta de que tengo un pasado con el que romper: una acumulación de inercia, error, estupidez, putrefacción, basura. Una gran necesidad de clarificación, de atención consciente, o más bien, de inconsciencia. Una necesidad de volver a la práctica genuina, al esfuerzo correcto. Necesidad de insistir en la gran duda. Necesidad del espíritu. Aferrarse a la luz de la claridad.

Un absurdo accidente eléctrico en Bangkok acabaría con su vida, en pleno viaje.

El aura de los perdidos.

En Londres, yo tenía tendencia a mezclarme con los caídos. Mi aura de galopante decadencia era un faro para aquellos viajeros de la carretera que peor sobrevivían. Los borrachos, los colgados, los presidiarios, los perdedores, los ángeles muertos. Venid a mí, todos vosotros los perdidos, y yo os daré una identificación. Cultivé en particular la amistad de dos personas. Pertenecen a la periferia del grupo que acabo de mencionar. El oficial de policía Keegan era un cerdo. Peor aún, estaba orgulloso de ello. De oscuro abolengo irlandés, tenía su campo de operaciones en el sureste de Londres, y Brixton y Peckham eran sus lugares de ronda predilectos.

Un fanático chillón y grosero, se dedicaba a coleccionar papeletas para su despido como policía.

Yo estaba bebiendo en Railton Road, ocupándome de una resaca y de la necesidad de conseguir algo de coca. La clientela era predominantemente negra. Algunos blancos, por supuesto, que habían entrado allí por equivocación. La elección de la bebida era ron negro con coca o sin coca. Bob Marley sonaba a toda caña. Un rastafari había intentado venderme un Rolex. Yo le dije:

—No uso reloj.

—Oye, tío, se lo puedes dar a tu señora.

—No tengo señora.

Se echó hacia atrás sus mechones de pelo y se puso a cantar con Bob: «*No woman, no cry*».

Me encanta esa canción.

A través del humo, por encima de la música, se oyeron unas carcajadas. Miré por encima de mi hombro, vi a un hombretón corpulento que llamaba la atención entre un grupo de personas. La chaqueta de su traje estaba en el suelo, su panza hinchada había reventado los botones de su camisa. Tenía la cara colorada, cubierta de sudor. Medio en broma, hacía gestos obscenos. Yo murmuré:

—Paleto.

Tal vez más alto de lo que pretendía, pues el de los rizos lo oyó y me dijo:

—Será mejor que no te metas con ese tío.

Me traía sin cuidado, pregunté:

—¿Y eso por qué?

—Ése es Keegan. Mucho problema.

—A mí me parece que no es más que un gran capullo.

El de los rizos dijo:

—Tú debes de ser irlandés, chico.

Y se largó. Hice señas para que me sirvieran otra copa. Era un poco dulce para mi gusto, pero entraba igual de bien que una mentira piadosa. Miré otra vez hacia Keegan. Ahora estaba cantando *Living Next Door to Alice*. Entre medidas, oí con toda claridad la palabra «mamada», lo cual tenía su mérito, aunque no viniera muy a cuento. Pensé: o es un yonqui o es un madero. Aunque ambas cosas no se excluyen necesariamente.

Mentalmente, intentaba recordar las palabras de la «piedra filosofal». Más

tarde, en mi mugrienta habitación, intentaría cantar la versión de Marianne Faithful de *Madame George*. Ahora es una canción para los amores no correspondidos.

Un hombro chocó contra mí y derramé la bebida. Dije:

—¿Qué coño...?

Oí decir:

—Lo siento, colega.

Me di la vuelta para darme de bruces con el careto de Keegan; sentirlo no lo sentía mucho. Sus palabras reales transmitían más bien algo así como «que te jodan». Me echó una mirada, hizo sus cálculos y dijo:

—Eres un madero.

—Ya no.

—Un madero irlandés. Bueno, joder... la Garda Chikini.

—Síochána^[7].

—¿Cómo dices?

—Lo has pronunciado como el culo.

Durante un horrible momento, pensaba que estaba a punto de abrazarme. Ese pensamiento se reflejó en sus ojos y se desvaneció. Entonces dijo:

—Me encantan los irlandeses; bueno, digamos que algunos de esos cabronazos.

—¿Por qué?

Soltó una enorme carcajada. La gente volvió la cabeza durante unos instantes. Todo en él era un grito animal, tosco, vulgar. Pero con aquella risa se le perdonaba todo. Provenía de lo más hondo y estaba salpicada de esfuerzo y de dolor. Dijo:

—Estuve de vacaciones una vez en Galway, fui a las carreras, pero nunca llegué a ver un puto caballo.

—Yo soy de Galway.

—Me estás tomando el pelo.

Nadie reivindica ser de allí; lo eres o no lo eres. Sabía que, allí mismo y en aquel mismo instante, podía cortar todo el rollo simplemente diciendo:

—No nos gustan los ingleses.

Tal vez fuera su risa o el ron, o puedo incluso echarle la culpa a Brixton. Extendí la mano y dije:

—Me llamo Jack Taylor.

El me la estrechó y dijo:

—Keegan.

—¿Nada más?

—A no ser que quieras añadir oficial de policía.

Silbó a una mujer; ella se pavoneó al pasar. Por mucho ron que bebieras, no se podía decir que fuera guapa. Lo que rezumaba era sexo, a raudales. Él le puso la mano en el trasero y preguntó:

—¿Cómo te llamabas, querida?

—Rhoda.

—Rhoda, éste es Jack Taylor, está trabajando de incógnito para la policía irlandesa.

Ella nos ofreció una amplia sonrisa. Se sabía de memoria las aburridas historias de todo un ejército de hombres cansados. Keegan le dio un cachete en el trasero y dijo:

—Ve a empolvarte la nariz, cariño. Esto es cosa de hombres.

La miró alejarse y luego preguntó:

—Bueno, Jack... ¿te gustaría montar en eso?

Londres ofrece casi cualquier cosa que una persona pueda desear. E. B. White escribió refiriéndose a Nueva York:

«Por encima de todo, te ofrece la oportunidad de tener suerte».

Londres no te da la misma cancha, pero se aproxima. Nunca deja de sorprender. Yo deseaba educación.

Mis lecturas, expansivas pero no exhaustivas, eran poco sistemáticas. Deseaba formalizarlas. Me apunté a unas clases nocturnas en el London College. Me puse a estudiar literatura y filosofía. Por lo menos tenía barba. Me compré una bufanda en Oxfam y ya parecía un estudiante. No era el más viejo, pero desde luego parecía el más magullado. Londres en noviembre es duro. Caminar por Ladbroke Grove con ese viento aullando en tu cara es algo que te deja absolutamente congelado. Mi habitación era el no va más de la desolación. Una cama, una silla, un radiador eléctrico y una ducha. Ah, sí, un hornillo. Tenía papel pintado aterciopelado, no es coña. Para redondear aquella miseria, yo había estado leyendo a Patrick Hamilton, *Plaza de la resaca*. Ciertamente lúgubre. Escribió:

«A aquellos a quienes Dios ha abandonado se les ofrece una estufa de gas en Earls Court».

Yo podría haber vivido perfectamente en Earls Court.

Hay una palabra irlandesa mágica, *sneachta*. Se pronuncia «shneackta», con un fuerte sonido gutural. Significa nieve. Mi primera noche en el College

tuvimos nieve para dar y tomar. Violenta e implacable. Yo iba vestido con unos vaqueros negros, ropa interior térmica, botas de trabajo, camisa de cuadros, cazadora vaquera. Por encima de todo eso, llevaba la chaqueta de cuero y una gorra con orejeras. Aun así, tenía frío. ¿Os acordáis de *La canción triste de Hill Street*, el tipo aquel que trabajaba de incógnito y llamaba a gritos «perro de mierda» a los delincuentes? Ese era mi aspecto. No resultaba muy atractivo, pero daba el pego. Al menos, eso creía yo. Pero esas cosas ni se me pasaban por la cabeza. Ann Henderson, en Galway, había destrozado mi corazón. Creía que no me quedaba correa para otra mujer.

El profesor era un capullo. También tenía barba. Nos trataba como si fuéramos una mierda. No me importaba. El parloteaba sobre Trollope y yo pensaba en las musarañas. Al menos allí se estaba caliente. Le había echado el ojo a una mujer morena que estaba a mi izquierda. Cuarenta y pocos años, expresión recia, piel aceitunada. Por debajo de un pesado anorak, imaginé un cuerpo exuberante. Ella percibió mi mirada, titubeó, siguió a lo suyo. Al terminar la clase, el tipo estaba distribuyendo las tareas. La mujer se volvió hacia mí y dijo:

—*Guten Tag, Gedichte und Brief zweisprachig.*

—¿Qué?

—Emily Dickson, sus poemas.

—Si tú lo dices.

Extendió la mano y dijo:

—Kiki.

Inmediatamente delatas tu edad si se te ocurre decir «Kiki Dee». Dije:

—Jack Taylor.

—Bueno, Jack Taylor, ¿te tomarías una copa conmigo?

—Puedo intentarlo.

Tenía un acento parecido al de una europea que ha aprendido inglés en Estados Unidos. Nada desagradable.

Los bares ingleses tienen una cierta grandiosidad. Son totalmente diferentes del rollo irlandés. Detesto ser yo quien lo diga, pero parecen acogedores. Después de todo, ellos nos dieron la palabra *cómodo*. Ultraabrigados contra el frío, no hablamos durante el corto trayecto hasta el bar. Una vez dentro, nos descongelamos en todos los sentidos de la palabra.

Ella se quedó de pie ante una chimenea encendida, empezó a quitarse cosas de encima. Yo empecé a desenmarañarme. Hacía cuatro días que no me tomaba una raya. No por abstinencia, sino porque a mi camello le habían pillado en una redada. Mis resoplidos no tenían nada que ver con la temperatura. Tenía frío, por dentro y por fuera, pregunté:

—¿Qué vamos a tomar?

—Oh, ponches calientes, ¿no?

—Lo que tú digas.

El camarero/patrón estaba como una cuba. Se le veía venir: cara de pocos amigos, pinta de estar cansado y unos enormes anillos demasiado apretados. Rugió:

—Y muy buenas noches a usted, señor.

—Eh, vale, un par de calentitos, mejor que sean grandes... Ah, y otra de lo que esté tomando para usted.

Eso es lo mejor del sistema inglés, beber estando de servicio. A mí me había costado mi carrera. Se tomó un copazo de brandy diciendo:

—Para eso no tengo ningún problema.

Kiki se había sentado casi encima del fuego. Yo dije:

—Estás caliente.

—Ya te gustaría a ti.

Soy demasiado viejo para el sexo puro y duro. Pero justamente allí, justamente entonces, sentí su presencia. Le pasé la bebida y dije:

—*Sláinte*^[8].

—¿Cómo dices?

—Es irlandés.

—Es encantador.

Normalmente no tonto con el *whiskey*. Nada de hielo, nada de agua, a palo seco. Aquellos ponches calientes, no obstante, estaban bien. Tomamos otra ronda, pude sentir el calor hasta las puntas de los pies. Pregunté:

—¿De dónde eres?

—Hamburgo.

Estoy seguro de que existe una respuesta prudente, por no decir sucinta, pero fui incapaz de expresarla. Mi mente se bloqueó en una frase de la serie *Fawlty Towers*: «No menciones la guerra». Dije:

—Ah.

Me estudió detenidamente y luego dijo:

—Cincuenta y tres.

—¿Qué?

—Tienes cincuenta y tres años.

Ahora pude oírlo casi en alemán, *tendrás cincuenta y tres*. Dije:

—Cuarenta y nueve.

No me creyó. Estaba sucediendo algo de lo más extraño. En mi cabeza podía oír a los Eury Brothers cantando *When You Were Sweet Sixteen*. No un simple fragmento, la canción entera. Durante un momento, ahogó todo lo demás. Podía ver el movimiento de los labios de Kiki, pero no oía nada. Sacudí la cabeza y desapareció. Ella estaba diciendo:

—¿Te acostarías conmigo?

Habían matado a otro gitano. Me había quedado dormido tarde y me desperté desorientado. ¿Dónde demonios estaba? Una cama cómoda, una habitación limpia, cortinas de cretona. Hidden Valley. Hostias, tenía una casa. Me gustaba aquella sensación. Me di una ducha lenta y, con una resaca tolerable, no me sentía demasiado mal. Me puse unas zapatillas deportivas y un jersey de la Brixton Academy. Me descalcé para disfrutar de aquellos suelos de madera. Preparé unos huevos en un santiamén y, como premio especial, café de verdad. La cocina olía bien. Me había echado un poco de Harley en la cara y los aromas se mezclaron.

Encendí la radio y estaban poniendo un programa de rock antiguo. Escuché a Chicago y a Supertramp. Con eso tuve bastante.

Sonó el timbre de la puerta. La abrí y me encontré con Sweeper. Con cara de estar absolutamente encolerizado, gritó:

—¿Se ha enterado?

—¿De qué?

—Han matado a otro de los nuestros.

—Hostias.

Entró hecho una furia. Cerré la puerta, decidido a comportarme con cautela. Se quedó mirando fijamente mi plato de huevos. Le pregunté:

—¿Le preparo algo?

—Té, por favor.

Tomó asiento y sacó un cigarrillo. No un paquete, solamente un pitillo todo estrujado. Le pasé el Zippo y dijo:

—Me costó seis meses dejarlo.

Se lo encendió. Le preparé su té, encendí uno de los míos. Mi plato de huevos se había congelado.

—Le he estropeado el desayuno.

—No me importa. Odio los huevos.

No presioné para que me diera más detalles, esperé a que quisiera contarle. Dijo:

—Sean Nos era mi sobrino. Yo le compré su primera furgoneta. Anoche apareció desnudo en el Fair Creen; le habían cortado una mano.

—Hostias.

—Le dejaron desangrarse hasta morir.

Se inclinó hacia el suelo y tocó una bolsa Adidas. No me había dado cuenta. Empujó la bolsa sin levantarla del suelo y dijo:

—Ábrala.

—Me parece que no.

—Ábrala, señor Taylor.

Me agaché, respiré hondo y tiré de la cremallera. Vi la mano ensangrentada. El espantoso hechizo de la observación. Incluso mientras el estómago se me revolvía, mi mente anotaba los detalles. Las uñas estaban limpias, llevaba un grueso anillo de boda en un dedo, pelo negro cerca de la salvaje incisión. Me levanté, la cocina giraba. Me di la vuelta, abrí el grifo del agua fría, metí la cabeza debajo. Durante cuanto tiempo, no lo sé. Luego, Sweeper me ofrecía una toalla y preguntaba:

—¿Necesita un trago?

Asentí. Vi que la bolsa estaba cerrada y otra vez junto a la silla. Sweeper puso una jarra en mis manos. Tomé un trago. Brandy. La última vez que había bebido eso, me había despertado en el hospital psiquiátrico de Ballinasloe. Si por un instante tuviera fuerzas para subir al piso de arriba, me prepararía una raya de coca. Hostias, *montones de rayas*. Mi estómago entró en calor y sentí extenderse una calma artificial. Sweeper extrajo uno de mis cigarrillos, lo encendió y me lo puso en los labios. Yo dije:

—Vale, gracias, estoy bien.

Sweeper hizo más té y dijo:

—Lo dejaron en la puerta de mi casa. Uno de mis hijos podría haberlo abierto.

Sabía que era inútil preguntarlo, pero hice el paripé, pregunté:

—¿Han llamado ya a la policía?

Le silbaron los dientes, como si escupiera sus palabras, preguntó:

—¿No fue ayer, sin ir más lejos, cuando se reunió usted con el mismísimo jefe supremo?

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Trabaja usted para mí, tengo la obligación de saber cómo hace su trabajo.

No me hizo ninguna gracia eso de «trabaja usted para mí», no tendría otra oportunidad mejor para dejar las cosas claras. Dejé la jarra y dije:

—Será mejor que aclaremos algo, colega. Le estoy ayudando. No trabajo para usted; no es usted mi jefe; yo no soy su empleado. ¿Queda claro?

Sonrió levemente.

—Es usted un hombre orgulloso, Jack Taylor. Entiendo el orgullo. Tenga, tome.

Sacó algo envuelto en tela. Yo dije:

—Desenvuélvalo usted.

Lo hizo. Era una Browning 9 milímetros, Hi-Power. Dijo:

—Éste es el mecanismo para sacar el cargador, ¿lo ve?

Hizo un movimiento con la mano y el cargador salió disparado. Añadió:

—Tiene trece balas, una en la recámara. Esto es el seguro. Para comprobar si está puesto, hay que amartillar el percutor. Lo dejó sobre la mesa. Yo pregunté:

—¿Y qué se supone que tengo que hacer exactamente con eso?

—Es para su protección.

—No, gracias, no uso armas.

Volvió a envolver la pistola, se acercó al fregadero y abrió su armario inferior. Alargó la mano por detrás de los tubos de desagüe, escondió allí el paquete y dijo:

—Nunca se sabe.

—¿Tiene alguna idea sobre quién querría matar a su gente?

—Fíjese en las noticias. Todo el mundo odia a los gitanos.

—Eso es una gran ayuda.

Necesitaba un traje y necesitaba un camello. Oxfam se había subido por las nubes. En una ocasión, en Londres, había ido a su tienda de High Street, en Kensington. Las chaquetas estaban encadenadas como en la más paranoica de las tiendas de Regent Street. ¿Pero qué se han creído? No, gracias. Fui a Age Concern, encontré un traje azul oscuro, parecía demasiado grande, pero siempre podría ganar peso. Además, si llevas pistola, cualquier traje te sirve. El precio era de cinco libras con camisa azul y corbata de lana incluidas. La dependienta, inglesa, por supuesto, dijo:

—Lamento que sea tan caro.

—¿Lo dice en serio?

Totalmente en serio.

—Es totalmente nuevo, ¿comprende? Por eso lo hemos tenido que poner un poco más caro.

Me quedé pensando. Desde luego era inglesa, pero también pueden tener sentido del humor. Dije:

—Es un atraco a plena luz del día.

Gran sonrisa entonces.

—Le diré lo que haremos, le añadiré un pañuelo.

—Me sobran pañuelos.

Zapatos ya tenía. Kiki me había comprado un par de Weejuns. Así que había llegado la hora de pillar algo. Odiaba lo que tenía que hacer, pero no había otra alternativa. Llamé a Cathy. Respondió con un alegre...

—Jack.

Yo dije:

—Necesito tu ayuda, pequeña.

—Por supuesto, Jack, ¿qué necesitas?

—Un nombre.

—Oh, Jack.

Lo supo a la primera. Supongo que había pasado por eso. Añadí un tono de súplica a mi voz.

—Lo estoy pasando mal, Cathy.

Esperé, ¿qué otra cosa podía hacer? De pie en una cabina telefónica, sosteniendo mi traje azul, como un madero de vacaciones. Luego:

—Stewart.

Y me dio la dirección. Pregunté:

—¿Estará en casa?

—Siempre está en casa.

Colgó. Me quedé con el teléfono muerto en la mano. No se lo contaría a Jeff, pero había pisoteado nuestra amistad. Sobreviviríamos, pero la había empañado seriamente. Fui a aquel lugar, cerca del canal. La casa parecía normal. En el exterior no había ningún letrero que proclamara: «Traficante». Llamé al timbre. Abrió la puerta un empleado de banca. Por lo menos, llevaba el dinero reflejado en los ojos. Pregunté:

—¿Stewart?

—Cathy me ha llamado; pasa.

Un salón normal y corriente. No había patos volando en la pared, pero ya pueden imaginar a qué me refiero. Había un póster con el poema «*Desiderata*» enmarcado. Stewart dijo:

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, un gramo de coca.

Soltó una risa muy educada, tanto que tuve que preguntar:

—¿Por casualidad no trabajarás para el Banco de Irlanda?

—Pues no. Pero te conozco.

—¿Ah, sí?

—Jack Taylor, expolicía... saliste en los periódicos el año pasado.

—¿Y qué me dices de la coca, Stew?

Se disculpó y al poco rato volvió con un sobre marrón. El país estaba inundado de ellos. Dijo:

—Hay una y media.

—Estupendo, ¿cuánto te debo?

Un montón. Al despedirme en la puerta, dijo:
—Llama cuando quieras.

Ordenanza municipal de Londres:

«No se permite la entrada en camposanto de gitanos, vendedores ambulantes, mendigos, delincuentes o vagabundos».

El funeral fue multitudinario, probablemente el más concurrido que yo he presenciado. Bien sabe Dios que he presenciado unos cuantos. A veces me siento como un viejo cementerio cargado de ataúdes. No hay nada comparable al funeral de un gitano. Es casi totalmente inverosímil. Si hay algo de verdad en el refrán que dice que nada en tu vida te dignifica tanto como la muerte, en eso ellos nos ganan por goleada en todos los frentes. Descripciones como «quitar el hipo», «causar sensación» o «espectacular» se quedan muy cortas. Lo primero que hay que saber es que no se repara en gastos. En segundo lugar, casi nunca en tu vida experimentarás tales desahogos de dolor. Suele decirse que las mujeres árabes se llevan la palma en lo que se refiere a las demostraciones públicas del dolor. Pero ni de lejos se aproximan a las mujeres de las familias gitanas. No es que se rasguen las vestiduras: se laceran hasta lo más Profundo de sus almas. Dylan Thomas, cuando escribió sobre la ira por la muerte de la luz, habría visto sus palabras hechas realidad.

Sentí alivio por el hecho de que el entierro tuviera lugar en el cementerio de Bohermore, porque ninguno de los míos está enterrado allí. Criamos malvas en Ragoon, junto al amante muerto de Nora Barnacle. Cualquier día de éstos tendría que hacerles una visita.

Caminar detrás del coche fúnebre es una costumbre casi obsoleta. Pero no aquel día. Sweeper se me acercó y dijo:

—Le llevo en coche.

—Iré andando.

Eso le complació. Junto a la tumba, varios gitanos me estrecharon la mano y me dieron palmadas en los hombros. Se había corrido la voz de que era un tío legal. Ni payo ni gitano, estaba suficientemente fuera de la ley como para ser aceptado. Me dijeron:

—Dios le bendiga, señor, gracias por tomarse la molestia. Que la Virgen María, Su Santísima Madre, le acompañe siempre.

Cosas así. La cordialidad transformada en palabras. Yo iba bastante cargado de coca y no me dolía nada. Comencé a deambular entre las lápidas y allí me lo encontré:

Tommy Kennedy
Bibliotecario
1938-1989

Hostias, peligrosamente cerca de mi edad actual. Yo no creo en premoniciones, pero la cocaína sí. Sentí un involuntario estremecimiento. Ni me enteré de que Sweeper se había aproximado por detrás. Dijo:

—Jack.

Pegué un buen respingo. Incliné la cabeza ante la lápida y dijo:

—Era un amigo de mi pueblo.

—Mío también.

—Los mejores se van antes.

—Por desgracia.

Me lanzó una mirada de casi total compasión. Eso no suele pasar entre hombres. No exteriorizamos esos sentimientos. No quería ni siquiera imaginar qué pensaba de mí. Dijo:

—Hay una pequeña celebración en el hotel.

—Gracias, allí estaré.

—Ya lo sé, Jack.

Y se fue. Puse mi mano temblorosa sobre la lápida de Tommy. Pocos hombres me han mostrado jamás tanta amabilidad o me han enseñado tanto. Yo me había ido a Templemore para hacer los cursos de preparación para hacerme policía y le había olvidado por completo. Para mi eterna vergüenza,

murió y yo no me enteré hasta dos años después. Dios podría llegar a perdonarme, ése es su trabajo. Yo no. El cura que intervino en su funeral era mi antiguo martillo de herejes, el padre Malaquías. Era amigo de mi madre y me aborrecía. Fumaba pitillos Major, de corta fama cuando el actor Robbie Coltrane apareció fumándolos en la serie *Cracker*. Verdaderamente mortales, más fuertes que el *poitin* y dos veces más letal. Había envejecido mal, como buen fumador. Malaquías se me acercó y dijo:

—Has vuelto.

—Cierto.

—Mataría por un cigarrillo.

—¿Lo ha dejado?

—Santo cielo, no, me los dejé en la sacristía. Los monaguillos me los robarán.

Le ofrecí mi paquete de rubio. Se me quedó mirando.

—¿Y tú cuándo empezaste?

—Perdone, padre, ¿lo quiere o no?

Lo quiso, le arrancó el filtro. Le di fuego y se puso a fumar como un loco, dijo:

—Mierda.

—Bonito lenguaje para un cura.

—Odio estas cosas.

—Pues déjelo.

—Los cigarrillos no... los funerales. Especialmente con esta gente.

—Todos somos hijos de Dios, seguramente.

Tiró el pitillo y dijo:

—Los gitanos no son hijos de nadie.

Antes de que pudiera responderle, ya se había ido.

Huelga decir que fui el primero en llegar al hotel. Como dijo alguien mejor que yo:

«Bienaventurados los que permiten la entrada de los gitanos».

Recientemente, los gitanos habían reaccionado después de años de discriminación y habían demandado con éxito a los bares que les negaban el acceso. Los dueños de los bares tuvieron que reagruparse. Como alguien que tiene prohibida la admisión en la mayoría de los establecimientos, mi corazón

no siente ninguna lástima por ellos. Me acerqué a la barra. El camarero se parecía a Robbie Williams. Sólo me quedaba esperar que sus modales fueran diferentes. Dijo:

—Buenas tardes, señor. ¿Está usted con el grupo del funeral?

—Así es.

—Hay barra libre hasta las dos y media. ¿Qué puedo servirle?

—Una cerveza y un chupito de Jameson.

—¿Desea tomar asiento el señor? Yo se lo llevaré.

Me dediqué a mordisquear los cacahuets. Por absurdo que parezca, estaba pensando en dos autores. Tommy Kennedy me los había dado a conocer. Walter Macken, siempre excelente, y Paul Smith. Hace tiempo, en mis estanterías tenía títulos como *El altar de Esther*, *La terca estación* y mi tristeza preferida, *El verano cantó en mí*. Hace no mucho tiempo había encontrado su novela *La campesina* en una biblioteca de Lambeth. Publicada en 1961, a mí me parece muy superior a *Esta maldita ciudad* o *Las cenizas de Angela*. Por medio de Paul Smith descubrí a Edna St. Vincent Millay, toda una gratificación especial. El camarero trajo las bebidas. Dijo:

—A su salud.

—Pues vale.

La cerveza era de lo mejor que había probado. Estaba de acuerdo con Flann O'Brien: «*Una simple cerveza y nada más es tu único amigo*». Pasó por encima de la cocaína como una bendición. Cuando era un policía joven, fui a ver a Eamonn Morrissey en *El hermano*, y también quería ir a ver a Jack McGowran en *Esperando a Godot*. Pero en vez de ir me emborraché. Vaya metedura de pata. Tomé un trago del Jameson y me sentí casi en la gloria. Los gitanos empezaron a entrar poco a poco. Sweeper se me acercó y dijo:

—No se quede solo.

—¿Es una orden? Dígame, ¿que hizo con la mano?

—La enterré.

Tomé un buen trago. Quemaba de la hostia, lo cual era bueno. El local estaba ya a rebosar de gente. Yo dije:

—Menuda multitud.

—Rendimos homenaje a los nuestros. Nadie más lo hará.

—Sweeper, no se lo tome a mal, pero necesito saber cómo llamarles.

—Lo comprendo.

—Gitanos, cíngaros, cañís, calorros... ¿cómo? Me siento muy incómodo llamándoles *gitanos*.

—Así es como nos llaman.

—No es eso lo que le he preguntado, ¿verdad que no? ¿Cómo debo llamarles?

—Los clanes.

—Oiga, eso me gusta.

En sus ojos apareció una mirada lejana. Dijo:

—Después de la gran hambruna^[9], si los clanes se peleaban entre sí, se quemaban mutuamente sus casas, y así quemaron la nuestra.

Una serie de voces le llamaron y le hicieron volver bruscamente al presente. Dijo:

—Debo irme.

—Con los clanes.

Sonrió levemente. Bebí otro trago y me di cuenta de que me encontraba a gusto entre ellos. Podría beberme un río entero, pero tenía que mantener cierta apariencia de concentración. Me dije a mí mismo:

—El caso está claro. Todo lo que tengo que hacer es averiguar quién y por qué.

Acabé mi *whiskey* y pensé:

«Que le den por culo al quién. Me conformaré con el porqué».

Me quedé en el Fair Creen. Hacia el norte estaba la residencia de la Simon Community. Me faltaban unos pocos tragos para que me dieran alojamiento allí. A mis espaldas estaba la tentación de los clanes. Oh, muchacho, cómo me hacían señas, me suplicaban, me llamaban...

—Vuelve con nosotros, emborráchate, nosotros te cuidaremos.

Estoy seguro de que lo harían, quiero decir, eso de cuidarme. Por supuesto, me dirigí hacia el este, dejé atrás al menos cuatro bares donde, aunque no me dieran la bienvenida, al menos tolerarían mi presencia. No se me ocurre nada más razonable. Siempre, después de una cierta ración de bebida, me entra hambre. Solamente hambre de patatas fritas en un periódico, empapadas en vinagre, con un olor celestial, el cielo en pequeñas dosis.

Ecós de una infancia que quisiera haber vivido. Cuando era niño, el mayor consuelo era la perspectiva de las patatas fritas un viernes por la noche. El fin de semana no había escuela, el domingo había partido y tú tenías una moneda de seis peniques para gastártela en patatas fritas. Cuando por fin llegaba el momento, casi nunca te decepcionaba. Ibas a todo correr hasta el tenderete de las patatas fritas, te ponías a la cola e inhalabas aquel mágico aroma de pringue y vinagre.

Casi te desmayabas de la expectación; entonces llegaba tu turno y pedías:

—Una de patatas con sal y vinagre.

Te las daban envueltas en periódico y estaban demasiado calientes para comerlas, de manera que hundías la nariz en aquel olor. Entre todas las promesas imaginables, estaba casi garantizado que de mayor vivirías a base de patatas fritas. Entre muchas otras razones, odio los establecimientos de comida rápida porque han despojado a los niños del misterio de las patatas fritas. Sigue habiendo un local en Bohermore que vende «raciones», y allí es donde las compré ahora. Sostuve el paquete caliente con las dos manos mientras cruzaba por St. Bridget's Terrace. Luego pasé junto a los nuevos apartamentos de lujo y llegué hasta lo alto de la colina. Justo por encima de Hidden Valley, puedes ver el Corrib en toda su extensión. Por las noches, las luces de la universidad chisporrotean sobre el agua y suscitan una enorme añoranza, pero ¿de qué?

Sigo sin saberlo.

Al llegar a casa, seguí la venerable tradición de buscar las llaves. Oí decir:

—Disculpe.

Me di la vuelta para recibir el golpe de una barra de hierro en la boca. Sentí mis dientes romperse y oí una voz que decía:

—Llémosle al callejón.

Está a un lado de la casa. Me arrastraron y luego me dieron una brutal patada en los testículos. Eché las patatas fritas y todo lo que había bebido. Dijeron:

—Hostias, me ha vomitado todo por encima.

—Pártele la nariz.

Lo hizo, con la barra. Eso fue todo. Me desplomé contra la pared. Una

voz pegada a mi oído:

—Te gusta enrollarte con los gitanos, ¿eh?

Luego una respiración profunda y una patada en la sien. Perdí el conocimiento. Al despertar, no supe si habían pasado minutos u horas. Una pareja de viejos pasó cerca de mí y la mujer dijo:

—Vaya pinta que tiene, qué vergüenza.

Si hubiera podido, habría gritado:

—¿Qué esperaba? Soy un gitano.

Finalmente, pude entrar en la casa, fui al lavabo y escupí. Dientes y sangre salieron disparados. Fui al salón y agarré una botella de irlandés, bebí directamente a morro. El alcohol puro laceró mis encías destrozadas, pero entró hasta el fondo. El traje estaba todo roto, la camisa azul hecha jirones. A pesar de lo que vemos en las películas, hace falta fuerza para desgarrar una camisa. Encontré mis cigarrillos estrujados y encendí uno. Agarré el pesado Zippo como un talismán. Más *whiskey*, mejor. Después de mucho buscar, encontré el número de Sweeper y luego tardé un siglo en concentrarme, hasta que por fin:

—¿Diga?

—Soy Jack, necesito ayuda.

Me desmayé. Cuando volví a abrir los ojos, estaba perdido. En la cama, en pijama, lo primero que pensé:

«Hostias, otra vez en el hospital no».

Si en los hospitales dieran millas como en los aviones, yo podría haber viajado sin parar. Me dio un vuelco el corazón, una figura cerca de la puerta. Al intentar concentrarme, la cabeza me zumbaba. Era Sweeper, dormido en una silla. Era mi vigilante nocturno. No tenía nada de resaca. ¿Por qué no? Eso me inquietaba. Sweeper sostenía la 9 milímetros en su regazo. Más me valía no hacer ningún movimiento brusco. Carraspeé. Se removió en su asiento y pregunté:

—¿Qué ha pasado con mi resaca?

Se estiró, pareció sorprendido al ver la pistola, la dejó en el suelo y dijo:

—Está atiborrado de analgésicos.

Tenía la boca entumecida, pero no me dolía. Podía soportar el entumecimiento. Pregunté:

—¿Quién me ha metido en la cama?

Media sonrisa.

—Le encontramos en el suelo. Estaba en mal estado, amigo mío. Buscamos a un médico para que le atendiera. Eso fue hace dos días.

—Joder.

—El clan ha montado guardia por turnos. Va a necesitar un dentista, por supuesto.

—Lo que necesito es un té.

Se levantó y yo hice un gesto hacia la pistola. Él dijo:

—Si hubiera llevado esto, no habría perdido los dientes.

—Llevaba patatas fritas en las manos. Si hubiera llevado la pistola conmigo, me habrían obligado a comérmela.

—¿Le sorprendieron?

—Más aún, me dejaron pasmado.

Él se fue a preparar el té y yo salí con cuidado de la cama. Me sentía mareado, pero podía moverme, fui despacio hasta el cuarto de baño, evitando mirarme en el espejo. Nunca había sido una belleza pintada al óleo, pero sin dientes era el descenso a la fealdad más absoluta. Me dije:

—Esto le da carácter a tu rostro.

Seguro. Con esa cara y una 9 milímetros, es posible que nadie quisiera tocarme las pelotas. Cuando por fin pude bajar las escaleras, llevaba puesto un jersey de la universidad y unos vaqueros desteñidos. Tenía los testículos negros y azules e hinchados. Conseguí un poco de té tibio, pasé de la tostada. Sweeper me pasó unas cápsulas rojas y grises, dijo:

—Para el dolor.

Yo me estaba preguntando si podría tomar cocaína con la nariz rota. Sweeper dijo:

—Me llevé la cocaína, por si venía la bofia.

Al ver que me quedaba callado, dijo:

—Los Tiernans.

—¿Qué?

—Son hermanos los que le atacaron. Odian a los gitanos. Se han escondido en su madriguera, pero cuando asomen la cabeza... le avisaré.

*El objetivo, a pesar de todo,
era una conversación: cortés, civilizada
y casi trivial; tú tomabas café con leche sin azúcar.
Ésa era tu costumbre. Nada extraño en eso.
Pero yo tomaba té... una elección poco habitual;
apropiada para un cataclismo.*

Jeff O'Connell

Además de una visita al dentista, no me arriesgué a salir mucho durante las semanas siguientes. Me quedé en casa, medio cabreado. El dentista exclamó:

—Uyyy...

La cosa no tenía buena pinta. Preguntó:

—¿Qué le ha pasado?

—Una melé jugando al rugby.

Me lanzó una mirada, pero no hizo ningún comentario. Durante una hora y media en la silla, hizo cosas horrendas. Mi boca estaba tan llena de instrumentos que podría haber montado una tienda de bricolaje. Cuando hicimos una pausa, yo dije:

—No me explique nada de lo que está haciendo.

—He extraído la mayor parte de los fragmentos y...

—Pare, doctor... créame, de verdad, no quiero saberlo.

Otra vez en la silla, más excavaciones. Finalmente, hizo los moldes y dijo:

—Estará listo en unos quince días.

—¿No puede ponerme algo provisional?

Hizo un gesto de negación y dijo:

—Créame, señor Taylor, cuando la anestesia deje de hacer efecto, incluso la lengua le parecerá demasiado.

Cuando ya me iba, preguntó:

—¿Tiene algún seguro médico?

—No, ni eso ni dientes: el macho irlandés en toda su gloria.

—Bueno, al menos conserva su sentido del humor. Creo que lo va a necesitar.

—Gracias, doctor, me gustaría poder decirle que ha sido un placer.

—Yo dejaría el rugby durante una temporada.

En el transcurso de mi último caso, había conocido a un policía llamado Brendan Flood. Me había dado una paliza tremenda y me había roto los dedos de la mano izquierda. Eso fue la primera vez que me tropecé con él. Luego le dio por la religión y experimentó un profundo cambio de lealtades. De hecho, resolvió el caso y me indujo a matar a mi mejor amigo. Lo que se dice una relación pintoresca. Había conservado su número y le llamé aquella noche.

—¿Diga?

—Brendan, soy Jack Taylor.

Larga pausa, luego una profunda respiración.

—Has vuelto.

—Así es.

—Nunca encontraron a tu amigo.

—No, en efecto.

—¿En qué puedo ayudarte, Jack?

—Tu información valió su peso en oro en el pasado: me pregunto si podría abusar otra vez de tu confianza.

—Siempre que esté de acuerdo con el Señor.

—Sigues creyendo en esas cosas, ¿eh?

—Sí, Jack, el Señor también cree en ti.

—Me alegro de saberlo.

Le conté lo de la matanza de los gitanos. Preguntó:

—¿La policía no se está ocupando activamente de ese asunto?

—Por eso te estoy llamando a ti. ¿Puedes ayudarme?

—Dame tu número, preguntaré por ahí.

—Estupendo, pero sé discreto.

—El Señor es mi discreción.

Y colgó.

Yo estaba bebiendo Robin Redbreast. Hostias, eso sí que era un recuerdo de los años cincuenta. Mi padre se tomaba siempre una copa con su porción de pastel de Navidad. Bien sabe Dios que, dado que lo había hecho mi madre, toda ayuda era poca. Él era un buen hombre. Mi madre es una puta de tomo y lomo, lo era entonces y lo sigue siendo. No había sabido absolutamente nada de ella desde hacía más de un año. A lo mejor se había muerto. A ella le encantaba mi única credencial sobresaliente: mi fracaso. Con semejante hijo, podía presumir de sufridora. Aquella mujer había nacido para el martirio, pero solamente con público. Pago por visión.

Mi expulsión de la policía, mi alcoholismo, mi vida de fracasado: no se podía pedir más. Había llegado lejos por ese camino. Mierda, ¿a qué estaba jugando? Agarré el teléfono, llamé a Kiki. Me sabía su número de memoria.

—Soy Jack.

—Jack, ¿cómo estás? ¿Por qué no me has llamado? ¿Cuándo puedo ir?

—Eh, tranquila, estoy bien y... te echo de menos.

—¿Entonces puedo ir?

—Por supuesto, pero dame dos semanas.

—¿Por qué, Jack?

—Motivos cosméticos.

—No entiendo.

—Escucha, buenas noticias, tengo una casa y un trabajo.

—Pero, Jack, ya sabes que necesito mi propio espacio.

Quise gritar:

«Si necesitas tu propio espacio, ¿para qué coño quieres venir a Irlanda?».

Pero me mordí la lengua y dije:

—Quédate aquí unos días, hasta que te adaptes.

—¿Tan diferente es Irlanda?

—Créeme, después de cincuenta años, yo todavía me estoy adaptando.

—¿Puedo ir dentro de dos semanas?

—Claro que sí.

—Y Jack, ¿me quieres?

—Por supuesto.

—Yo también te quiero.

Colgué el teléfono y me quedé pensando en la conversación. No, no la quería. Le eché la culpa al Robin Redbreast.

La mañana de mis dientes nuevos, era un detective feliz. ¿Os acordáis de Dire Straits? Les iba bien, se lo montaban, gustaban a todo el mundo por igual. Toda una proeza. Luego Lady Di anunció que era su grupo preferido y ¡zas! *Sayonara*, capullos. Ahora están clasificados junto a Duran Duran, y de una cosa así no hay quien se recupere. *Money for Nothing* sonaba como lo que era: presuntuosa. Al igual que muchas estrellas de rock, Mark Knoffler rindió homenaje a la humildad y montó los Notting Hill Billies. Sí, somos gente sencilla y corriente y nada más. Aquel grupo acabó en el retrete. Me dedicaba a repasar estas chorradas para mantener la mente ocupada mientras el dentista me colocaba mis dientes nuevos. Dijo:

—Tardará un tiempo en acostumbrarse.

—Como la nueva Irlanda.

Sonrió y me dijo el precio. Yo dije:

—Caray, ¿y no podría simplemente alquilarlos?

No le pareció buena idea.

Crucé Shop Street, iba sonriendo, para exhibir aquellos dientes. Escuché a un borracho decir:

—Ese gilipollas ha bebido.

—Casi entré en Grogan's, mi antiguo bar favorito. El cascarrabias de Sean, su propietario, se había ganado la mayor parte de mi afecto. Había sido asesinado, también, y por mi culpa. Eso hizo mella en mi sonrisa. Al llegar a Hidden Valley, Sweeper me estaba esperando en la mesa de la cocina. Dije:

—No se corte, entre o salga de mi casa cuando quiera, no se sienta en la obligación de llamar antes por teléfono.

Torció el gesto y dijo:

—Dientes nuevos, ¿eh?

Le enseñé el tubo de neón completo. Hizo un gesto de asentimiento y

preguntó:

—¿Y de cojones?

—La hinchazón ha desaparecido.

Sacudió la cabeza y añadió:

—No me refería a los cojones físicos.

—Ah, lo decía usted en sentido metafórico. Devuélvame la coca y me enfrentaré con quien haga falta.

—Solamente dos, los Tiernans; ya asomaron la cabeza.

Se me tensó el estómago. Sweeper buscó algo en el bolsillo de su traje. Siempre iba de traje oscuro y camisa blanca. La mayoría de las veces parecía más un camarero griego que un gitano. Sacó una pequeña bolsita de cuero. Con una pequeña correa de cuero para colgarla del cuello. Pregunté:

—¿Por qué va siempre vestido con traje? No tiene que ir a ninguna oficina.

Sonrió con tristeza.

—Tengo que mantener una imagen respetable. Ellos esperan que parezcamos gitanos, pero yo cuestiono sus prejuicios.

—De acuerdo, pero ¿nunca le apetece simplemente devolver el golpe, ponerse a repartir hostias?

Con un gesto de la mano desechó esa ocurrencia, toqueteó la bolsita y dijo:

—Ábrala.

—Ni de coña. Conociéndole, seguramente habrá una cabeza reducida dentro.

Por fin se echó a reír. Dijo:

—Casi acierta.

Puso la bolsa boca abajo y la sacudió. Cuatro dientes ensangrentados cayeron rodando sobre la mesa. Yo exclamé:

—Ah, hostias.

—Por si acaso necesita motivación con los hermanos.

Los recogió, volvió a guardarlos y me dio la bolsa. De mala gana, me colgué la correa del cuello, metí la bolsa por debajo de la camisa y dije:

—Ahora soy Brando, *Apocalypse Now*.

Se puso en pie y dijo:

—Le recogeré a las siete. No olvide la pistola.

—¿Qué ropa debo ponerme, ya que se trata de una ceremonia venganza?

Se lo pensó y luego dijo:

—Algo frío.

Aquel día, a la hora de la comida, recibí un paquete. Sin sello ni franqueo de ningún tipo. Lo abrí. La coca. Dije en voz alta:

—Así me gusta, Sweeper.

Me preparé una raya. Mi nariz se estaba curando, pero aun así me dolió de la hostia. Me metí tres. Después de dos semanas y media de abstinencia, fue una pasada. Gracias a Dios. Se me congelaron las encías y pude sentir el descenso de ese estremecimiento glacial por mi garganta, se me congeló también el cerebro. Ahora podía ponerme delante de un espejo. Nada bueno. La nariz estaba doblada hacia la izquierda. Tal vez en el siguiente destrozo pudiera volver a ponerla en su sitio. Habría otro destrozo, siempre lo había. Sombras moradas debajo de los ojos, harían juego con un uniforme de policía. Nuevas arrugas en las comisuras de la boca. ¿A qué velocidad de la hostia me estaba haciendo viejo? Nunca lo suficientemente viejo como para parecerme a George Michael. Hice alarde de mi sonrisa, sólida. Un faro de cien vatios en un páramo. Tal vez los dientes pudieran salirse. Un soniquete de un anuncio de la infancia:

*«Te preguntarás adonde la mancha amarilla se fue
cuando te cepilles los dientes con Pepsodent».*

Ah.

La coca estaba haciendo efecto. Tenía que salir. Lucir mi sonrisa de veinte años ahora que estaba a punto de cumplir los cincuenta. Casi un haiku, definitivamente un desastre. Me puse una camisa blanca, pantalones deportivos y mis zapatos Weejuns. Luego, mi chaqueta de cuero londinense y ya era el marchoso más viejo de la ciudad. La bolsita rebotaba contra mi pecho como la peor de las malas noticias. Al salir a la calle, no me podía creer que luciera el sol. No hacía calor, pero eso se podía disimular. Un vecino dijo:

—Perdimos la revancha.

—¿De veras?

—No podemos ganar a esos hijos de puta de Kerry.

—A lo mejor el año que viene.

—A lo mejor una mierda.

Así me gustan a mí los vecinos. Fui a Zhivago Records. Declan alzó la vista y dijo:

—Has vuelto.

—Muy astuto.

—¿Muy qué?

—No importa. Necesito algo del Rey.

—¿De Elvis?

—¿Es que existe algún otro rey?

—¿Los grandes éxitos?

—Exacto.

—¿En CD?

—Declan, ni se me pasa por la cabeza decirte cómo tienes que llevar tu negocio, pero si el cliente tiene más de cuarenta, no le ofrezcas un CD.

—Necesitas pasarte al mundo digital.

—Lo que necesito es que me echen un polvo. ¿Me puedes vender el disco o no?

—Coño, Jack, estás hecho un hijo de puta muy susceptible. ¿Qué te ha pasado en la nariz?

—Le dije a un tipo que se pasara al mundo digital.

Me rebajó unas cuantas libras, así que casi le perdoné.

Sabía que tenía que ir al cementerio, todo este tiempo aquí y ni siquiera una visita. ¿Me sentía culpable? Hostia, sí. ¿Tan culpable como para ir? Tanto tanto no.

Me encontré con un rumano irlandés llamado Chaz. Antes era rumano del todo, pero se había vuelto nativo. Preguntó:

—¿Te apetece una cerveza?

—Hombre, claro.

Fuimos a Garavan's. Seguía igual, no se había echado a perder. Tomé asiento en un rincón y Chaz fue a pedir las bebidas. Saqué mis cigarrillos y encendí uno. Chaz volvió con las cervezas y dijo:

—*Slaxnte.*

—Eso mismo.

—Se sirvió un cigarrillo de mi paquete de rubio, utilizó el Zippo. Lo examinó y dijo:

—Es de plata remachada.

—¿Y qué?

—Esto lo ha hecho un gitano.

—Acertaste.

—Véndemelo.

—Es un préstamo.

—Préstamelo a mí, entonces.

—No.

Las cervezas se acabaron volando y pedí otra ronda. Observé detenidamente a Chaz; llevaba un jersey de Arán y ropa militar. Pregunté:

—¿Cómo te va?

—Estoy esperando una subvención del Arts Council.

—¿Para qué?

—Todavía no lo sé, pero ya pensaré algo.

—Cómo te lo montas.

—¿Sabes una cosa, Jack? En Irlanda a la gente no le gustan los rumanos.

—Lamento que digas eso.

—Pero en Galway es diferente.

—Menos mal.

—No, lo que quiero decir es que en Galway nos odian.

—Ah.

—Préstame cinco libras, Jack.

Se las presté. Dije «Nos vemos» y me largué. Fui directamente a ver a mi madre. Miró por encima de mi cabeza, no para ver mi aureola, sino para darme a entender que sabía que había estado bebiendo. Tenía la piel como siempre, sin arrugas, como si la vida nunca le afectara. A las monjas les pasa lo mismo. Que tome nota Estée Lauder: que se fije en las monjas. Los ojos, como los de mi madre, te miras en ellos y ves el océano Ártico, azul hielo. Siempre el mismo mensaje:

Yo te enterraré.

Al verme dijo:

—Hijo.

Consciente de mi aliento a Guinness y de mi nariz rota, dije:

—¿Cómo estás?

—Has vuelto.

—Pues sí.

Luego, silencio. Las mujeres como ella se crecen en el silencio. Acostumbrado a ese juego, ayudado por la bebida, podía jugar. Esperé. Ella cedió. Dijo:

—Te invito a una taza de té.

—Creo que no.

—En el GBC tienen unos bollos buenísimos.

—Hoy no.

—¿No se te pasó por la cabeza escribir?

Lo mismo de siempre, los reproches. Yo dije:

—Oh, pensé en escribir. Lo que no pensé fue en escribirte a ti.

Ya estaba en casa. Ella suspiró. Si alguna vez se creara una categoría olímpica para eso, ella se llevaría la medalla de oro. La gente siempre va con prisas, no se acuerda de nosotros. Yo dije:

—Tengo que irme.

—¿Eso es todo lo que tienes para tu propia madre?

—No, de hecho, tengo esto otro.

Me saqué la bolsa del cuello, se la entregué. Estuve a punto de añadir:

«Puedes ponerlo junto al corazón de mi padre». Pero para qué rizar el rizo.

«El verano cantó en mí».

Edna St. Vincent Millay

Sweeper me recogió puntual. En una furgoneta blanca, absolutamente impoluta. Me senté en el asiento del pasajero, cuatro muchachos en la parte de atrás, con chándales negros. Yo dije:

—Chicos...

Ellos no dijeron nada. Sweeper puso en marcha la furgoneta, se metió de cabeza en el tráfico de la noche. Yo dije:

—Le he traído un regalo.

Se sorprendió mucho, exclamó:

—¿Qué?

Le pasé el paquete. Abrió la bolsa, con un ojo en la carretera, dijo:

—¡Elvis Presley!

—Como usted, es el jefe.

Coro de aprobación divertida desde atrás. Estábamos girando por Nile Lodge. Él dijo:

—Viven en Taylor's Hill.

—Deben de estar forrados.

Me miró y preguntó:

—¿Ninguna relación?

—¿Qué?

—La colina... ¿de Taylor?

Negué con la cabeza, dije:

—Yo soy de los barrios bajos.

Se quedó pensativo y luego preguntó:

—¿Está listo?

—¿Para qué?

—Para hacer lo que se le diga.

—Eeeeeeeeeeh, eso ha sido siempre un problema.

—Inténtelo.

—Bueno, siempre lo he intentado, bien lo sabe Dios.

En la zona tranquila de la colina, a corta distancia de Threadneedle Road, nos detuvimos, entramos en una zona de descanso. Sweeper hizo un gesto con la cabeza y los chicos salieron de la furgoneta como fantasmas. Yo pregunté:

—Los Tiernans, ¿son los dueños de esta casa o qué?

Soltó una sonrisa forzada.

—La heredaron, ninguno de ellos está casado. Ven vídeos, comen curry, beben cerveza *lager* y celebran fiestas. Nada de mujeres. La flor y nata de la hombría irlandesa, solteros y orgullosos de serlo. Yo dije:

—Usted está casado, ¿no?

—Sí, con hijos pequeños, pero no hablemos de la familia ahora.

—De acuerdo.

—Cuando veamos un destello de luz, allá vamos.

—Una última pregunta.

—¿Qué?

—¿Por qué le llaman Sweeper?

—Limpiamos chimeneas.

—Ah, y por cierto, ¿qué están haciendo los chicos?

—Eso son dos preguntas.

—¿Las está contando?

—Los chicos están preparando el camino.

—Ya entiendo.

—Ya lo entenderá.

Vimos el destello de luz. Yo llevaba la 9 milímetros en la funda a mi espalda, como en las mejores películas. Joder, ni siquiera sabía si estaba cargada. Me pareció que no era el momento de preguntarlo. La casa era una imitación del estilo Tudor, grandes extensiones de hiedra ocultando la fachada. La puerta estaba abierta y entré detrás de Sweeper. Cruzamos un

vestíbulo abarrotado de piezas de repuesto, bicicletas, motores desmontados. Hasta llegar a un enorme salón. Los chicos habían tomado posesión. Dos estaban sentados sobre un gordo tumbado en el suelo. Una versión más flaca del mismo tipo estaba en un sillón, con una navaja en su garganta. Los dos hombres estaban en calzoncillos y camisetas sin mangas. Sweeper dijo:

—El gordo del suelo es Charlie; el otro, el listillo, es Fergal.

Al oír su nombre, Fergal sonrió. Se le estaba formando un moratón en la mejilla. Escupió y dijo:

—Taylor, estúpido hijo de puta.

El chico que estaba a su izquierda le incrustó un puñetazo en una oreja. Le hizo tambalearse, pero se mantuvo desafiante. Yo dije:

—Chicos, apartaos.

Ellos miraron a Sweeper, que hizo un gesto de asentimiento. Saqué la 9 milímetros, me acerqué, pregunté:

—Fergal, ¿verdad?

—Vete a la mierda.

—Joder, Ferg, vaya lenguaje.

Él sintió que casi volvía a controlar la situación y dijo:

—¿Ves esa pistola? Te la voy a meter por el culo.

Charlie, en el suelo, a pesar de tener la cara ensangrentada, se carcajeó y gritó:

—Dale caña, Fergal.

Envalentonado, Fergal rugió:

—¿Qué vas a hacer, gilipollas?

Yo dije:

—Primero esto...

Me giré y disparé a Charlie en la rodilla, y luego dije:

—Y ahora voy a caparte.

Charlie chilló y yo dije:

—Ponedle una mordaza.

Fergal tenía miedo, el sudor le cegaba. Yo dije:

—Observa.

Hiné el cañón en sus testículos, pregunté:

—¿Algo más?

—Hostias, Taylor... por favor... se nos fue de las manos, lo sentimos.

Yo dije:

—Me debéis una dentadura nueva.

—Claro, no hay problema. Joder, lo que quieras, cualquier cosa. Si te gustan los vídeos, tenemos películas cojonudas.

—Quiero tus dientes.

Le metí el cañón en la boca, me incliné hacia él y dije:

—No quiero volver a saber nada de vosotros nunca más.

Asintió, con los dientes apretados. Me volví hacia Sweeper y dije:

—He terminado.

De nuevo en la furgoneta, intenté encender un pitillo. No pude. Sweeper lo hizo, me puso el filtro en la boca. Puso la furgoneta en marcha y salimos despacio de allí. Después de un rato, Sweeper dijo:

—Pensé que lo haría, dispararle en los cojones.

Di una profunda calada y dije:

—Yo también lo pensé.

Risas flojas en la parte de atrás. Tendría que haber prestado más atención a esos chicos. El hecho de no haberlo hecho me supondría un coste que jamás podría haber imaginado.

Kiki llegó una húmeda tarde. Cogí un taxi para ir a buscarla al aeropuerto. El taxista parloteaba:

—Las pruebas antidoping han dado positivo en los juegos paralímpicos.

A los taxistas no se les puede dar cuerda. Hasta el gruñido más evasivo es interpretado como:

—Es usted tan fascinante, por favor, cuénteme ahora mismo todas sus opiniones sobre cualquier cosa que se le ocurra y no me deje meter baza nunca.

Estaba lanzado.

—A los atletas normales, vale, nos parece normal que nos engañen. Pero los lisiados y ese tipo de gente, piensa uno que deberían ser personas íntegras, ¿no es cierto?

A continuación pasamos a ver quién tenía la culpa. Preguntó:

—¿Sabe quién tiene la culpa?

—No tengo ni idea.

—Los árabes.

—Oh.

—Echan droga en el agua.

Cuando llegamos a Carnmore, pregunté:

—¿Puede esperar?

—Claro. ¿Quiere que entre y me tome un té con usted?

—No.

Cuando Kiki atravesó la puerta, mi corazón dio un pequeño vuelco. No de salvaje abandono, sino un sentimiento algo más distante. Estaba preciosa. Chaqueta azul, pantalones de pana azul pálido. Dije:

—Estás preciosa.

Me envolvió en sus brazos, me besó en los labios, dijo:

—Jack, te has ruborizado.

—Es que me da vergüenza.

Fui a por sus maletas y vi con alivio que eran pequeñas. No tenía planeado un largo viaje. Al entrar en el taxi, dije:

—No hables de deportes.

Al arrancar, el conductor dijo:

—Las pruebas antidoping han dado positivo...

En Hidden Valley, yo llevaba el equipaje de Kiki desde el taxi cuando pasó el vecino. Guiñó un ojo y dijo:

—Qué cabrito.

Un inglés podría decir «qué granuja», pero no tiene el mismo sabor.

A ella le encantó la casa. Preparé unas bebidas y dije:

—*Sláinte*.

—Oh, me gusta esa palabra. Me gustas tú. ¿Qué te ha pasado en la nariz, en los dientes?

—Un malentendido.

—¿Estás metido en líos, Jack?

—Por supuesto que no.

Nos fuimos a la cama. Me gustaría poder decir que le encantó. Pero no fue así. Dijo:

—¿Qué ocurre, Jack?

—Nada, la falta de costumbre.

—Tal vez el alcohol y la cocaína te han quitado fuerza.

—No... Joder, dame unos días, estaré bien, ya verás.

Ninguno de los dos lo creyó. Aquella noche dije:

—Te voy a presentar a unos amigos.

Fuimos a Nestor's. El centinela nos ignoró. Jeff se ocupaba de la barra. Yo dije:

—Jeff, ésta es Kiki, una amiga de Londres.

Ella me fulminó con la mirada. Jeff llamó a gritos a Cathy y preguntó:

—¿Puedo servirte algo para darte la bienvenida a Irlanda?

—Una Guinness pequeña.

—A mí ponme una pinta, Jeff.

Cathy se acercó, ávida de curiosidad. Su embarazo estaba muy avanzado y ella y Kiki se enzarzaron en una charla de mujeres. Estábamos sentados en los taburetes, Cathy detrás de la barra con Jeff, cuando Cathy preguntó:

—Bueno, Jack, ¿cómo has podido mantener a esta mujer tan estupenda en secreto?

Kiki me miró y luego preguntó a Cathy:

—¿Jack no os lo ha dicho?

—No, nada.

—Soy la esposa de Jack.

Hasta el centinela exclamó:

—¿Qué?

Jeff fue el primero en reaccionar, fue a por una botella de champán. Cathy se quedó pasmada. Kiki dijo:

—Me marchó.

La seguí afuera. Dije:

—Pero están preparando una celebración.

—Necesitaré llaves, Jack.

Le entregué el juego de repuesto que tenía pensado darle más adelante. Ella preguntó:

—¿Cuál es la dirección?

Se la dije y llamó a un taxi. Casi tuve la esperanza de que fuera el tipo olímpico. Luego se fue. Al volver al bar, todos estaban esperando. Yo dije:

—Será mejor que metas el champán en la nevera.

El centinela dijo:

—Su primera pelea.

Cathy añadió:

—Lo dudo.

Pedí un Jameson bien servido, me dejé caer en mi silla de asiento duro. Cathy me trajo el *whiskey* y dijo:

—¿Puedo sentarme?

—Claro.

Me estaba fumando un pitillo, el humo formaba círculos alrededor de la

bebida. Cathy preguntó:

—¿Es el *whiskey* una buena idea?

—¿Lo es el matrimonio?

—Cielos, Jack, ¿cómo es posible que no nos dijeras nada?

—No lo sé. Creo que pensé que era una cosa de Londres. Ya sabes, volver a casa, dejar atrás el apartamento, todo aquello...

—Pero Dios... quiero decir... ¿la querías... o qué?

—Me volví un poco loco allí.

—Menuda novedad.

—Sí, sí, de todos modos, pensé que me sentaría bien. Tiene un doctorado en metafísica.

—¿Se supone que eso tiene que tener algún significado para mí? Ni siquiera soy capaz de pronunciar esa palabra.

—Es el estudio del ser.

—Caramba, Jack, eso realmente me lo aclara todo.

—Pensé que ella podría ver dentro de mi alma, ver alguna redención.

Cathy se levantó y dijo:

—El niño está dando patadas, tendré que acostarme. Vas a tener que dejar la coca, lo sabes, ¿verdad?

—Claro.

Un poco más tarde, entró un tipo, me reconoció, se acercó a mí. Me resultaba familiar, pero eso era todo. Dijo:

—Jack.

—¿Sí?

—Soy Brendan Flood.

—Por supuesto. Hace poco que me he casado; eso parece que me ha dejado aturdido. ¿Quieres beber algo?

—Agua mineral, por favor.

Se la pedí. Por lo menos no la quería con pajita. Había envejecido un montón. Llevaba un chaquetón lleno de remiendos de cuero. Al abrirla, pude ver una pesada cruz de plata. Dije:

—Yo tengo un encendedor del mismo filón.

Hizo un gesto desaprobatorio y dijo:

—No deberías burlarte de estas cosas.

—Lo siento.

—Nunca es demasiado tarde para arrepentirse.

—¿Me sería de ayuda tener conocimientos de metafísica?

—Estoy hablando de creer, Jack, de la fe. El conocimiento es el instrumento de Satanás.

—¿Cómo me has encontrado?

Por fin una leve relajación. Dijo:

—Hemos sido policías, Jack.

Hice un gesto para pedir otra bebida, y Brendan dijo:

—Desde luego, las muertes de esos infortunados siguen un patrón.

—Continúa.

—A todos los encontraron desnudos; con un cierto grado de salvajismo, todos sufrieron mutilaciones y todos tenían veintitantos años, ninguno más de treinta.

—¿Algo más?

—La policía ha atribuido todos los casos a peleas familiares.

—¿Y tú qué crees, Brendan?

Dio un sorbo a su agua mineral. Si le proporcionaba algún placer, lo disimulaba. Dijo:

—Creo que alguien se está dedicando a acechar y matar sistemáticamente a jóvenes gitanos.

—Hostias.

—No blasfemes. Podría interesarte hablar con Ronald Bryson.

—¿Quién es ése?

—Un inglés que trabaja como asistente social con la Simon Community. Tienen un centro de acogida en el Fair Green. Todos los cuerpos fueron encontrados cerca de allí.

Me llevé la mano al bolsillo, saqué un fajo de billetes, lo dejé cerca de su bebida. Preguntó:

—¿Qué es eso?

—Por tu tiempo, tu ayuda.

Se quedó pensativo, luego se lo metió en el bolsillo y dijo:

—Se lo daré a las misiones.

—¿No tienes familia?

—Dios es mi familia.

Se levantó y dijo:

—Bueno. Parece ser que tengo que darte la enhorabuena.

—¿Qué?

—Ahora tienes esposa.

—No, eso fue un rumor disfrazado de realidad.

—Que Dios te guarde, Jack.

Más tarde, mucho más tarde, Jeff dijo:

—Será mejor que te vayas a casa, Jack.

—No quiero irme a casa. Quiero quedarme aquí.

—Tienes una esposa, vete a casa. Creo que Cathy va a dar a luz muy pronto. Necesito dormir algo.

—Vale, llámame cuando llegue el momento.

—Claro.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Y ahora lárgate.

Cuando llegué al portal de mi casa, miré a ver si los Tiernans andaban por allí. Nada, no había peligro. Entré tambaleándome y dije:

—Kiki, ¿estás despierta?

Me abrí camino a duras penas hasta la cocina, comprobé la hora. Las tres y media de la madrugada. ¿Cómo había podido pasar? Pensé:

«Me haré una raya de coca, me despejaré un poco y luego veré si Kiki tiene ganas de echar un buen polvo».

Sonreí; era un buen plan. Kiki sabría que podía convertirme en un semental. Todo era cuestión de empezar. Podía durar tanto como Sting. Había una nota apoyada contra la tetera. Junto a ella estaban las balas de la 9 milímetros. Relucían como si les hubieran dado brillo. Al ver la nota, decidí meterme un poco más de coca. La escondía en el frigorífico, entre la margarina Flora y el yogur desnatado, para mantenerla bien fría. Me hice la raya, mayor de lo previsto, y esnifé. Me lanzó contra la pared, sentí como si me hiciera un agujero en el estómago. Exclamé:

—Uf, hostias.

Y luego:

—Epa, tranquilo, hay gente intentando dormir. Me concentré, fui de

puntillas hasta donde estaba la nota... tal vez me acerqué a hurtadillas:

Jack,

Nada de «Querido Jack». Ya eso no presagiaba nada bueno. Seguí leyendo:

Me he ido a un hotel. Me vuelvo a Londres mañana. Eres un hijo de puta, me has humillado y te sigo queriendo. Pero no quiero verte. Encontré la pistola cuando buscaba detergente. Me haces sentir tanto miedo. Te he dejado mi regalo en nuestra... no... en tu cama.

Kiki

Me dije:

—Qué desastre.

Y me desplomé en el suelo. A la mañana siguiente, bastante tarde, recobré el conocimiento dando gritos como un paranoico. Tenía un calambre en el cuello, había vomitado sobre mi chaqueta de cuero y resoplaba por la nariz. Murmuré:

—Podría ser peor.

Entonces volví a ver la nota. Subí las escaleras penosamente, y allí, sobre la cama, había un paquete. Lo abrí y vi unas botas Bally marrones. Cómodas de verdad. Resisten todo lo que haga falta, tienen clase. Si alguna vez me tienen que enterrar con las botas puestas, que sean unas Bally. Casi me echo a llorar de autocompasión. Conseguí darme una ducha y luego puse toda la ropa en la lavadora, incluso la chaqueta de cuero. Puse en marcha el cacharro y pensé:

«Demasiado tarde para el suavizante».

Sonó el teléfono. Agarré un cigarrillo, levanté el auricular y dije:

—¿Hola?

No era Kiki, pero oí decir:

—Llamada de Londres.

—¿Cómo? ¿Keegan?

—Exactamente, muchacho.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Llamé a la policía, hablé con un gilipollas llamado Clancy. No le caes nada bien, chico.

—Joder, vaya tela, quiero decir, hola.

—Hola, hombre. Tengo permiso.

—¿Permiso?

—Vacaciones, compañero. Voy a pillar un avión.

—¿Ahora?

—Pues claro. Quieres que vaya, ¿no?

—Claro.

—Pues entonces de acuerdo, a las once de la noche, nos vemos en ese bar de Quays.

—¿Esta noche?

—Date prisa, colega; va a ser un viaje muy movidito.

Colgó. Me quedé pensando en su llegada y luego me dije:

«Hostias, ¿y por qué no?».

*Y mucho antes del grito final
un suave y tenso susurro
se deja caer
para pedir una última canción.*

K. B.

Si soñé, no fue en nada bueno. Me desperté con un sudor de cocaína, murmuré:

—¡Socorro!

Horror de horrores, busqué a Kiki y toqué las botas Bally, susurré:

—*Och, ochon.*

Que en irlandés equivale a decir «Oh, qué putada». Me metí a rastras en la ducha, puse el agua caliente a tope y dejé que me escaldara. Miré en el armario y escuché el sonsonete que las drogas solían susurrarle a Richard Pryor:

«Qué mal te veo, Rich».

Me puse una camiseta blanca —bueno, blancuzca— y los vaqueros, y me calcé a toda prisa las botas nuevas. Perfectas, lo cual era una lástima, pues eso me hacía sentir muy culpable con respecto a Kiki. Los alcohólicos tienen que ser los animales más extraños del planeta, como dice la canción, una contradicción andante. Kris Kristofferson ha escrito las mejores frases de desesperación tabernaria. Era la personificación del *Despertar* de De Mello. Si se escucha con atención la canción *Sunday Morning Coming Down*, es el

himno de los borrachos. En particular cuando sientes el olor del pollo frito. Es una de las cosas más solitarias que he oído en mi vida. Londres, una húmeda tarde de domingo, los bares están cerrados, te peleas con ese viento que atraviesa Ladbroke Grove y, durante un instante, sientes el tufillo de la comida casera. Entonces sí que te sientes jodido.

Volví a la cocina, miré la hora: las nueve menos cuarto. Preparé un poco de té y una tostada rancia, es todo lo que pude conseguir. Sentía un impulso irresistible. Supuse que sería mejor intentarlo. Mis viejas amigas, las páginas amarillas. Empecé a telefonar.

—¿Hola?

—Buenas noches, Hotel Imperial, ¿en qué podemos ayudarle?

—¿Tienen ustedes a una... señora Taylor registrada?

—Un momento, señor, voy a comprobarlo.

Durante un horrible momento, temí que mi madre pudiera ponerse al teléfono. Luego:

—Lo siento, señor, no tenemos a nadie registrado con ese nombre.

Clic. Rastreeé media página. El té se me enfrió y la tostada se reseco. Aquello parecía una canción ranchera. Marcaba los números de teléfono ya por pura rutina cuando...

—Sí, señor, hemos tenido a una señora Taylor, pero ya se ha marchado.

—¿Dejó dicho adónde iba?

—Creo que un taxi la llevó al aeropuerto.

La echaba de menos. Metí la ropa mojada en la secadora, incluida la chaqueta de cuero, dije:

—Por mí como si te derrites.

Mi único otro abrigo era el Artículo 8234, mi chaquetón impermeable. Seguía recibiendo cartas exigiéndome que lo devolviera. Es posible que la Policía Montada encuentre siempre al culpable, pero esta policía no va a recuperar su chaquetón impermeable, todavía no. Me lo cerré hasta el cuello.

No probé la coca, no tomé ningún trago, pero sentía el sabor de ambas cosas. Una última llamada; marqué el número y respondieron:

—Simon Community, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Puedo hablar con Ronald Bryson?

Oí un grito y una respuesta, y luego:

—Ron está fuera hasta mañana al mediodía.

—¿Podría verle entonces?

—Estará aquí.

Colgué. Suficiente trabajo de detective por un día; había que celebrarlo. Comprobé mi cartera y salí. Cinco minutos de distancia hasta Nestor's, así de fácil. Decidí cortar por la iglesia de San Patricio, avivar algunos recuerdos. Me detuve en la gruta. Si iba a ponerme a rezar, tendría que ser por Kiki. Entonces alguien dijo:

—Vaya, lo nunca visto, Jack Taylor rezando.

El padre Malaquías, en toda su presuntuosa gloria. Aparte de que no me gusten los curas, él en particular no me gusta nada. Apuraba hasta el filtro un cigarrillo moribundo. Yo dije:

—Veo que sigue fumando.

—Acabo de estar con tu madre.

—Caramba, vaya palo.

—¿Vaya palo? La pobre mujer sufre un profundo trauma desde que fuiste a verla. Mira que darle... unos dientes.

—Mis dientes.

Alzó sus ojos con esa actitud de «Señor, dame fuerza» que enseñan en el seminario. Dijo:

—Nunca podrá superarlo.

—Bah, yo creo que se recuperará.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa así?

—La bebida, padre, la bebida me hizo hacerlo.

Levantó la mano derecha, un reflejo automático cuando se les lleva la contraria. Tantos y tantos años en los que podían liarse a tortas sin repercusión alguna. Sonreí y reprimió su impulso. Me di la vuelta para mirar la estatua y pregunté:

—Si le dijera que se ha movido, ¿eso sería bueno para el negocio?

—Qué bruto eres.

Sacó sus Majors, se encendió uno, chupó como un loco, como si fuera posible inhalar la ira. Yo dije:

—Tengo buenas noticias para mi madre.

—¿Te vas de la ciudad?

—No, me he casado.

—¿Qué?

—Pero es ella la que se va de la ciudad. De hecho, ya se ha ido.

—¿Tienes una esposa y ya se ha ido?

—En pocas palabras.

Tiró la colilla a la gruta, dijo:

—Estás como una cabra.

—Pero nunca le aburro, ¿eh, Malaquías?

—Vete al infierno.

Y se largó dando fuertes pisotones, yo le llamé:

—Eso no es una bendición.

Una vecina que pasaba por allí dijo:

—Bien dicho. Quién se habrá creído que es.

Dije la oración por Kiki, una cortita.

En Nestor's, Jeff preguntó:

—¿La encontraste?

—Se ha ido.

—Cómo que se ha ido.

—Ha vuelto a Londres.

—Joder, Jack.

—¿Dónde está Cathy?

—Está furiosa contigo. Dale unos días.

Me sirvió una cerveza, dijo:

—Invita la casa.

—Gracias, Jeff.

—¿Qué plan tienes?

—He quedado con Keegan.

—¿Quién?

—Agente Keegan, Policía Metropolitana de Londres.

—¿En Londres?

—No, en The Quays, dentro de una hora más o menos.

—¿Es un trabajo?

—Él es toda una pieza de trabajo.

—Olvídalo, olvida que te he preguntado nada.

El centinela estaba en su sitio y me fulminaba con su mirada. Pregunté:

—¿Pasa algo?

—Me gustaba tu parienta.

—Vaya por Dios.

Fui por Shop Street. Hacía frío, pero eso no desalentaba al teatro callejero. Enmudecido. Con abolladuras, pero al pie del cañón. Un malabarista en la puerta de Eason's, un músico callejero en la panadería Griffin's, un Charlie Chaplin cerca de Feeney's. Una pareja alemana preguntó:

—¿Dónde podemos encontrar el Krak?

Señalé con mis manos en la dirección en la que me dirigía, pregunté:

—¿Qué les parece eso?

The Quays estaba a tope de gente. Por encima del tumulto, pude oír un acento inglés que decía:

—Un ponche caliente, cariño, y una pinta de la negra.

¿Quién más podía ser? Chaz, mi amigo rumano, salió de entre la multitud antes de que yo pudiera llamar a Keegan, y dijo:

—¿Recuerdas las cinco libras que te presté ayer?

—No, Chaz, yo te las presté a ti.

—¿Estás seguro?

—Sí, pero ¿querías otras cinco?

—Eres el mejor, Jack.

—Díselo a mi mujer.

Keegan iba vestido con un jersey blanco con un letrero que decía *Pog mo thoin*, «bésame el culo» en gaélico, pantalones de golfista, de un color rojo chillón, y un sombrero de tienda de recuerdos de Blackpool que parecía suplicar:

«Bésame rápido».

Keegan gritó:

—Jack Taylor, mi mejor colega.

Me puso una cerveza en la mano y dijo:

—Las hay calientes en la barra, y bebida, también.

Pensé:

«¿Estoy preparado para esto? ¿Existe alguien que pueda estar preparado para esto?».

Pregunté:

—¿Dónde está tu equipaje?

—En el Jury's.

—¿Has reservado habitación allí? Pero si yo tengo sitio.

—Sí, eso está muy bien, colega, pero a lo mejor puedo echar un polvo.

Cualquiera se atrevía a discutir eso. Me dejé llevar. Keegan es una fuerza de la naturaleza, bruto, feo, poderoso e imparable. Hay un club nocturno en Eyre Square llamado Cuba. No creo que exista una traducción en gaélico. Dos en punto de la madrugada, estoy allí con Keegan y dos mujeres a las que él ha engatusado. Parecen adorarle. Rodea a una de ellas con un brazo y dice:

—Jack, me encanta este país.

—Seguro que tú también le encantas a él.

—Cuánta razón tienes, hijo; soy un bastardo feniano^[10].

Oír a alguien decir eso con acento inglés es haber vivido muchísimo tiempo. El dueño del bar se acercó a nosotros y yo pensé:

«Ay, ay, ay...».

Estaba equivocado. Venía a invitarnos a champán como cortesía de la casa. Keegan dijo:

—Traiga, jefe. Tomaremos morcilla para desayunar.

Me resigné a un discreto segundo plano. Durante la hora siguiente, conté a Keegan los acontecimientos de las anteriores semanas. Él dijo:

—Estás como una puta cabra. Te quiero.

Se le puede llamar de muchas maneras, pero no puede decirse que sea sentencioso. Entregó un puñado de billetes a las chicas y dijo:

—Mi intuición me dice que os encantaría tomaros unas de esas pegajosas bebidas con paragüitas... ¿Cierto?

Lo había adivinado y a ellas les encantó. Volvió conmigo y dijo:

—A la del pelo negro, quiero follármela... ¿vale?

—Eh... sí.

—La tranquilita para ti, ¿de acuerdo?

—Gracias, supongo.

Luego se puso serio. Toda su chulería, su vulgaridad, sus mamarrachadas al estilo de Hunter S. Thompson^[11], desaparecieron en cuestión de un segundo. Dijo:

—Jack, yo soy un buen policía, es lo único que sé hacer, pero los hijos de puta quieren librarse de mí. En cualquier momento me van a poner de patitas en la calle.

—Yo ya he pasado por eso.

—Pues entonces, solamente te voy a decir una cosa, colega.

—Vale.

—No dejes el caso. Lo demás no importa.

—De acuerdo.

Luego volvió a asumir su papel de John Belushi y dijo a las chicas:

—Bueno, a ver, ¿quién quiere lamerme la cara primero?

A la mañana siguiente, abrí los ojos y no daba crédito. Una chica junto a mí. La noche pasada volvió a mi memoria como un torrente, al menos hasta el tiempo que pasamos en el Cuba. Parecía tener unos dieciséis años. Levanté la sábana y oh, mierda, estaba desnuda. Un cebo para ir a la cárcel. Se desperezó, se despertó, sonrió y dijo:

—Hola.

He vivido peores comienzos. Respondí:

—Hola, qué tal.

Se arrimó a mí y dijo:

—Esto es maravilloso.

Luego se echó hacia atrás y dijo:

—Gracias por aprovecharte.

—Esto...

—Eres un auténtico caballero.

Vaya tela. Su calor me estaba reanimando y dije:

—Déjame que prepare un poco de té, unas tostadas.

—¿Podemos desayunar en la cama?

—Por supuesto que podemos.

—Jack, eres el más grande.

Al levantarme de la cama, vi que yo también estaba en cueros. Mala idea. Tan machacado como estoy, tan viejo como soy, el desnudo no funciona. Agarré una camisa y unos calzoncillos y ella dijo:

—No estás nada mal, ¿sabes?

—Gracias, me imagino.

¿Dónde estaba mi resaca? Me merecía una de las buenas. Todavía no había estallado. En el piso de abajo encontré su bolso, hurgué en su interior. Pañuelos, mechero, lápiz de labios, llaves, condones. Joder, estas chicas viajaban preparadas. Su cartera con su documentación revelaba que se llamaba Laura Nealon, que tenía veintiocho años y que trabajaba en ventas por teléfono. Encontré un paquete sin abrir de Benson and Hedges; le quité el precinto, saqué uno y lo encendí. Preparé el desayuno. Encontré una bandeja, tenía un grabado de la boda de Diane y Charlie. Incluso localicé unas servilletas. Subí con todo aquello escaleras arriba. Ella dijo:

—Oh, Jack, un picnic.

Me hizo gestos para que me sentara junto a ella. Yo rehusé y me senté a un lado. Si ella tenía resaca, no daba muestras de ello. Comió su tostada con ganas y preguntó:

—¿Puedo usar la ducha?

—Por supuesto.

—¿Quieres ducharte conmigo?

—Ah, no, gracias.

—Eres agradable, Jack, me gustas.

Me era difícil lidiar con tanto buen rollo. Joder, estoy tan habituado al dolor. Me resulta familiar, casi cómodo. Ella volvió, envuelta en toallas. Pregunté:

—¿Qué ha sido de tu amiga?

—Se fue con el señor Keegan. Está loca por él. Tuvimos tanta suerte de enrollarnos con vosotros, chicos.

Tenía que saberlo, así que pregunté:

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente. No puedes ni imaginarte los animales que andan sueltos por ahí. Me voy a quedar contigo, Jack.

Luego se puso a tontear en mi regazo. Cuando me quise dar cuenta,

estaba teniendo la mamada de mi vida. Después, me preguntó:

—¿Ha estado bien?

—Ha estado genial.

—Te voy a hacer feliz, Jack. Ya lo verás. Oí la puerta de la calle y pensé: «Oh, mierda, Kiki ha vuelto».

Me puse los pantalones y bajé arrastrando los pies. Sweeper estaba en la cocina. Yo dije:

—Va a tener que dejar este rollo de entrar y salir cuando le venga en gana.

—Toqué el timbre.

—Ya, seguramente estaba en la ducha.

Luego se quedó mirando por detrás de mí. Me di la vuelta. Allí estaba Laura, con una de mis camisas. Dijo:

—Perdón, ¿están aquí mis cigarrillos?

Sweeper preguntó:

—¿Esta es Kiki?

—No... eh, ésta es Laura.

—Hola.

—Hola.

Le di los cigarrillos y ella dijo:

—Será mejor que me prepare, voy a llegar tarde al trabajo.

Cuando ella subió al piso de arriba, Sweeper preguntó:

—¿Ésa no es su mujer?

—No.

—Entiendo.

Pero no lo entendía, y yo tampoco. Dije:

—Tengo una pista segura.

—Cuénteme.

Se lo conté. Dijo:

—Vamos a ver a ese Bryson, yo le acompaño.

—No.

Discutimos ese asunto durante un rato. Finalmente estuvo de acuerdo y se ofreció a llevar a Laura al trabajo. Yo me dirigí hacia el centro. Fui al centro de San Vicente de Paul y compré un traje, un jersey, camisas, vaqueros,

chaqueta deportiva. En total: treinta y cinco libras. La dependienta dijo:

—¿Sabía usted que todos nuestros productos están lavados en seco?

—No, no lo sabía.

—Las tiendas nos ofrecen ese servicio gratuitamente.

—Eso es estupendo.

—Sí que lo es.

Cogí un taxi para volver a Hidden Valley con la compra. El taxista dijo:

—Menudo montón de ropa que lleva usted ahí.

—Lavada en seco, además.

—Eso está muy bien.

Era un hombre con novia nueva y ropa nueva, lo menos que podía hacer era cambiar de actitud. Me puse la chaqueta con una camisa blanca recién planchadita, pantalones grises. Rebosaba lozanía. Al salir a la calle, mi vecino dijo:

—Pareces una moneda nueva.

Enorme piropo.

La Simon Community está situada en lo alto del Fair Creen. Al oeste se encuentra la estación de tren, y hacia el sur, la terminal de autobuses. A lo mejor es que les gusta el ruido de los motores. La Simon ha rescatado innumerables vidas de las calles de Galway. Es un lugar limpio, ordenado, eficiente y siempre abierto. En una ciudad donde la mayoría de la gente tiene algo malo que decir sobre casi cualquier cosa, únicamente Simon recibe los elogios de todos. Entré y una recepcionista dijo:

—Hola, qué tal.

—Hola, me gustaría ver a Ronald Bryson.

—Un momentito.

No había malas vibraciones. En un lugar donde se observa tanta miseria, esperaba uno encontrarse con una atmósfera depresiva. Pero ni rastro de tal cosa. Un tipo alto y desgarrado, de casi un metro noventa, vestido con vaqueros, camiseta negra y chaleco de ante, se acercaba despacio hacia mí. Llevaba coleta y tenía la cara llena de granos. Rebosaba energía, como un indio detrás de algún rastro. Sin prisas, como si te viera venir. Dijo con voz cansina:

—Yo soy Ron.

Me levanté, extendí la mano y dije:

—Jack Taylor. Gracias por recibirme.

Hizo un gesto con la mano, ignorando la que yo le había ofrecido. Dijo:

—Ningún problema, Jack. Vayamos a algún sitio más íntimo.

Inglés. Esa cierta inflexión londinense de serena soltura. Me resultaba familiar, aunque no la entendía. Preguntó:

—¿Café?

—No, estoy bien, gracias.

Entramos en una pequeña oficina. Se sentó detrás de una mesa, se acomodó en su silla y plantó los pies encima. Unos mocasines viejos y estropeados, sin duda comprados en Nepal. Me senté en una silla de asiento duro. Empezó a liarse un cigarrillo con tabaco sacado de una petaca de cuero, arqueó las cejas a modo de ofrecimiento. Rehusé con un gesto, tenía encendido uno de los míos. Me incliné hacia él, le di fuego. Él dijo:

—Bonito mechero.

—Sí.

—Antes de empezar, Jack, permíteme que te cuente cuál es mi posición aquí. No formo parte de la comunidad. Soy un asistente social titulado, totalmente cualificado.

Hizo una pausa para que yo pudiera apreciar todo el «peso» de todo aquello. Sonreí levemente, como correspondía... demasiado impresionado como para hablar. Prosiguió:

—De manera que, aunque estoy a disposición de la comunidad, no formo parte de ella.

Se interrumpió, así que dije:

—Como una especie de asesor.

Una risa seca.

—No exactamente. Me considero más bien una especie de consejero.

—Ah, ya entiendo.

—Bueno, veamos, ¿qué problema tienes, Jack?

Saqué la lista con los nombres de los gitanos, la puse encima de la mesa, dije:

—Mi problema es que alguien está matando a los gitanos, a estos gitanos. Los pies desaparecieron de encima de la mesa. En plan muy profesional,

examinó la lista y dijo:

—Conozco... conocía a estos muchachos. No entiendo por qué es tu problema, Jack. Tú no eres policía y estoy seguro de que no son familiares tuyos.

Sonrisa de oreja a oreja, como para subrayar que era un tipo gracioso. Que aunque tuviera unas extraordinarias cualificaciones, era capaz de bromear con la gente. Tal cual. Yo dije:

—Me han pedido que lo investigue.

Nota de incredulidad en su voz. Dijo:

—¿Como detective, veinte libras al día más gastos? Me encanta; eso sólo pasa en Irlanda. Lo he visto en las películas. ¿Y por qué vienes a verme a mí, colega?

—Tú les conocías.

—¡Claro! Vaya, vas a tener que hablar con un montón de gente. Eran gitanos. Tío, conocían a medio país.

—Si hay algo...

—Para, para... más despacio, socio, para el carro, quiero ver si entiendo esto correctamente.

—¿Qué es lo que hay que entender, Ron? ¿Puedes ayudarme... o no?

—Percibo esa madera de sabueso. Me encanta. No, lo que intento entender ahora es... ¿tienes alguna posición legal?

—No.

—O sea, que, si te echo de aquí como si fueras un cheque sin fondos, tendrás que irte.

Ron se lo estaba pasando bomba.

—Eso es, Ron. Estoy apelando a tu buen corazón.

Algo cruzó entonces por su cara. Ni siquiera una sombra, demasiado rápido, demasiado insustancial para llegar a serlo, pero definitivamente algo perteneciente al reino de lo oscuro. Dijo, con los dientes afilados:

—No querrías cometer ese error, Jack. Yo no acepto apelaciones. Esa no es... nunca, la manera de relacionarse conmigo.

—Lo siento, Ron, supongo que me he dejado llevar. Olvidaba que eres todo un asistente social.

Ese destello otra vez. No tenía ni idea de qué resorte estaba tocando, pero

funcionaba a las mil maravillas. Por supuesto, sabía perfectamente por qué lo estaba haciendo. Para poner nervioso a aquel hipócrita capullo. Todavía a la defensiva, dijo:

—No se te da bien la autoridad, Jack. Dime una cosa, nunca has tenido un trabajo de verdad, ¿estoy en lo cierto?

Eso me gustaba más. Este juego me lo conocía. Dije:

—He sido policía.

Ahí le di, pero contraatacó.

—Nada sobresaliente, quiero decir. Por casualidad no quemaríamos esa escalera que nos lleva al éxito, ¿verdad?

—Eres muy agudo, Ron.

Jactancioso, dijo:

—Hace bastante tiempo que me dedico a esto, Jack.

—Se nota. Mi problema fue que se esperaba de nosotros que fuéramos también asistentes sociales. Yo sólo esperaba ser una persona.

No picó. El momento había pasado y Ron estaba otra vez en plena forma. Me sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Si quieres que te diga la verdad, te había catalogado como un borracho sin remedio. He visto a tantos alcohólicos, pocos son coherentes.

—Pero eso no ha hecho mella en tu compasión.

No, el juego había terminado. Comenzó el discurso del rechazo, repasó rápidamente la lista con la uña de un dedo.

—Estos jóvenes, todos alcohólicos. Esa forma de vida casi nunca perdona. Me asombra bastante que tú hayas logrado sobrevivir tanto tiempo.

Se puso en pie y añadió:

—No pierdas tu tiempo, Jack. Solamente son bajas en una guerra insignificante. Son cosas que pasan todos los días.

Me tendió la mano y yo ignoré su gesto mientras él me decía:

—Deja tu número de teléfono. Si se me ocurre algo, te llamaré.

—Gracias, Ron. Ha sido muy instructivo.

—No para mí, Jack. De hecho, ha sido una espantosa pérdida de mi valioso tiempo.

Al salir, le dije a la recepcionista:

—Muchísimas gracias. Ron ha estado genial.

—Todo el mundo dice lo mismo.

Ya al aire libre, respiré profundamente, me sacudí de encima la sensación de repulsión que me susurraba en el cuello. Miré hacia atrás. Vi a Bryson pegado a la ventana. Los cristales distorsionaban sus facciones y daban a su sonrisa un espeluznante aire de malevolencia. Tenía una mano en la entrepierna y la movía adelante y atrás, imitando una masturbación. Al menos espero que fuera una imitación. ¿Qué podía yo hacer? Hice lo que haría cualquier irlandés como Dios manda. Le ofrecí un buen corte de mangas. Luego me largué de allí a toda leche.

«*Hacer es ser*».

Platón

«*Ser es hacer*».

Sócrates

«*Do be do be do*».

Sinatra

Me dirigí hacia The Quays. Keegan había dicho que andaría por allí a la hora del almuerzo. Y allí estaba. En todo su apogeo, contándole a una pareja estadounidense que, efectivamente, los campos siguen verdes en diciembre. Luego cantó el resto de la canción, algo realmente horrible. Me pasó una cerveza. Yo dije:

—Coño, qué rápido.

—Este es un país rápido.

Por los altavoces sonaba U2: *Angel of Harlem*. Keegan dijo:

—Joder, ¿eso es música tradicional?

—Para algunos, de lo más tradicional.

—Pero ¿dónde están los *didilidús*, los tambores y las gaitas, los *bodhrans* y las *nilleann*?

—Bien pronunciado.

—He estado practicando.

—Se nota.

—Venga, Jack, ¿es que eso se puede tararear?

—Bueno, entre todas las cosas que puedan decirse sobre U2, y George Pelecanos las ha dicho ya casi todas, no creo que la palabra *tarareable* haya sido mencionada.

—¿Quién es Pel... ecan... os?

—Uno de los mejores escritores de novela negra.

—Bah, chorradas; el único que vale es Ed McBain.

Dio un enorme trago a su cerveza, media pinta de un trago. Incluso el camarero se quedó boquiabierto. Keegan esperó, luego eructó y dijo:

—Se me están repitiendo las morcillas.

—¿Has comido eso?

—Oh, sí. En el Jury's te dan el desayuno irlandés completo, incluidas las salchichas, los tomates fritos, dos huevos, beicon...

—¿Lonchas?

—¿Qué?

—En Irlanda, al beicon lo llamamos «lonchas».

—¿Por qué?

—Porque nos da la gana.

—Estaba pensando en hacerme un tatuaje.

—¿Qué?

—Con la palabra *Éire* y un trébol, ¿qué te parece?

—Hostias, Keegan, resulta difícil seguirte el ritmo.

—Acábate la cerveza, así me gusta.

Conseguimos una mesa y preguntó:

—¿Qué tal te fue con aquella chiquita?

—Venga, hombre... chiquita. El único que las sigue llamando así es Terry Wogan^[12].

—¿Y?

—Estuvo bien; estuvo genial.

—Yo también. Estuve cabalgando la mitad de la noche.

Hablaba con un fuerte vozarrón londinense, de manera que todo el bar se enteró de su «cabalgada». Tenía un aspecto tan salvaje que nadie se atrevía a

decirle nada. Preguntó:

—¿No fuiste a ver a ese asistente social? —Bryson.

—El nombre me resulta familiar.

—Hay un Bill Bryson que escribe libros de viajes.

—Yo sólo leo a McBain. ¿Y cómo te fue?

Se lo solté todo. Cuando terminé, preguntó:

—¿Qué te dice tu instinto?

—Que los ha matado él.

—Caramba, eso es mucho decir, compañero.

—Es él.

—Y entonces, ¿ahora qué?

—Tengo que averiguar todo lo que pueda sobre él.

Sacó una estilográfica. Para mi asombro, parecía una Parker de oro. Dijo:

—Fue un regalo de Unsworth.

—¿Unsworth?

—Una poli negra, de mi territorio. Me quedé sorprendido, dije:

—¿Eres amigo de una persona negra, de una mujer negra?

Alzó la vista, dijo:

—Tengo mis recursos. No soy todo lo que aparento... más o menos como tú, Jack.

—Brindemos por eso.

Lo hicimos. Le conté todo lo que sabía sobre Bryson. Él dijo:

—Le daré un toque por teléfono a mi jefe. Si ese mequetrefe es de Londres, desempolvaremos todo lo que se sepa sobre él.

—Te lo agradezco.

—Vale, pero ¿qué pasa que no estás bebiendo nada?

Más tarde dijo:

—¿Cuál es el plan en lo inmediato?

—En cuanto averigüe dónde vive, le haré una visita.

—Cuenta conmigo.

—¿Estás seguro?

—El allanamiento de morada es mi especialidad, ¿vale? Me voy a hacer un tatuaje... lo he visto en la serie *Home and Away*.

—¿Tú ves esas cosas?

—Como todo el mundo, ¿no?

En ese momento, no sé por qué, sentí una oleada de afecto por él. Allí estaba, como un puñetero Popeye Doyle^[13], sudando y palpitando. Por suerte, antes de que yo dijera nada ya se había largado. El camarero dijo:

—Jack.

—Sí.

—Las Spice Girls han conseguido su noveno número uno.

—Coño, ¿y por qué me lo cuentas a mí?

—¿No te gusta estar informado?

—Vaya tela.

La última vez que vi a las Spice Girls, estaba de coca hasta la cara oculta de la luna. La «Pija» tenía un extraño parecido con Cliff Richard de joven. Todavía no sé para quién *de ellos* es peor noticia; para Beckam, seguro.

Cuando llegué a Hidden Valley, estaba totalmente pedo. Por fin conseguí sacar la ropa de la secadora. Más que seca, estaba cocida. La chaqueta de cuero se sostenía de pie por sí sola, lo cual realmente me alarmó. La planché. No es que lo aconsejen, es que te lo dicen a gritos:

—No planche jamás las prendas de cuero.

Que les den por culo.

La víspera del día de Todos los Santos, por fin fui a visitar a mi padre. Sweeper me había prestado la furgoneta. Se había presentado temprano por la mañana y me había preguntado qué planes tenía aquel día. Le dije:

—En Ragoon están enterradas las personas a las que más he querido y a las que peor he tratado. Hace más de un año que no he dicho el Kaddish.

—¿Ka... qué?

—Que no les he presentado mis respetos.

Asintió solemnemente; esas cosas las entendía. Si hay algo que los clanes entienden mejor que nosotros, es el dolor. Bien puede decirse que han tenido práctica de sobra en ese terreno. Preguntó:

—¿Quiere que le haga compañía?

—No, esto es mejor que lo haga solo.

—Le prestaré la furgoneta.

—¿Tiene todos los papeles en regla?

Gran sonrisa.

—Ahora, Jack Taylor, acaba de hablar como un policía. Dicen que era usted de los buenos.

—Sobre eso no hablaré si no es en presencia de mi abogado.

La furgoneta estaba en el callejón una hora después. Hasta arriba de flores. Al igual que Keegan, Sweeper tenía sus recursos. Me puse el traje de Vincent de Paul. No me quedaba mal del todo. En otras palabras, se veía que no había sido comprado pensando en mí. Sweeper había escuchado mi encuentro con Bryson y había preguntado:

—¿Crees que es él?

—Sí.

—Entonces le mataré.

—Hostias, espera. Tengo algunas comprobaciones más que hacer.

—Le mataré.

—Sweeper, por lo que más quieras, deja de decir eso. Me has pedido que os ayude, ahora tienes que confiar en mí.

—Confío en ti.

De mala gana.

—Entonces, ¿no vas a matar a nadie?

—Esperaré.

—Vale.

Fui con la furgoneta hasta la entrada del cementerio de Ragoon, cargué con un montón de flores. Dos chiquillos jugaban a la pelota justamente junto a la puerta. Uno de ellos preguntó:

—Señor, ¿es usted gitano?

—¿A ti qué te importa?

—Esa furgoneta es de un gitano.

—¿Cómo lo sabes?

—No lleva la placa del impuesto de circulación.

—Ya... ¿deberías estar jugando aquí?

El segundo crío señaló con el pulgar hacia los muertos y dijo:

—A ellos nos les importa.

Le miré directamente a los ojos y pregunté:

—¿Estás seguro?

Se fueron. Primero fui a saludar a mi padre. Puedo decir, con la mano en

el corazón, que era un auténtico caballero. En el viejo sentido de la palabra. En una ocasión, una mujer me dijo:

—Tu padre era muy galante.

Qué gran palabra. Se la merecía. Luego encontré la tumba de Padraig. El jefe de los borrachos durante un breve y glorioso reinado. Dirigió a sus huestes con elegancia y sentido del humor hasta que fue atropellado por el autobús de Salthill. Hay en ello alguna terrible ironía, pero se me escapa. Derramé una pequeña botella de Jameson en el suelo. Esa era una oración que él sabría apreciar. Luego fui a ver a Sean, el antiguo propietario de Grogan's. Su alegría ante mi ocasional y breve periodo de sobriedad es algo imposible de olvidar. Fue asesinado por mi culpa. Sobrecarga de culpa. Deposité unas rosas allí y no dije nada. Mientras siguiera bebiendo, él no querría oírlo. Posiblemente tampoco yo podría expresarlo.

La auténtica putada del alcoholismo. Deseaba tan fervientemente un trago, podía saborearlo.

La cuarta y última tumba: Sarah Henderson. Una adolescente, su lápida estaba inmaculada, sin maleza, arreglada y llena de poemas enmarcados y muñecas infantiles. No faltaba ninguna, desde Britney, pasando por Barbie, hasta Barney. Su madre había acudido a mí para suplicarme que demostrara que su hija no se había suicidado. Una serie de muchachas habían muerto en una aparente «epidemia suicida». Aquel caso se resolvió. Las chicas habían sido asesinadas. Lo horrible del asunto era que Sarah sí se había suicidado. Por supuesto, nunca se lo dije a su madre. En aquel entonces yo estaba locamente enamorado de ella. Lo mandé todo al infierno y me marché. Escuché una voz:

—Jack.

Por un momento, pensé que Sarah me había llamado. Luego sentí una sombra sobre mí. Ann Henderson, con un aspecto radiante. Su cara resplandeciente, aquellos ojos me miraban. En un alarde de ingenio, respondí:

—Ann.

Ella observó la lápida de su hija y dijo:

—Has traído seis rosas blancas.

—Pues sí.

—Te has acordado, es maravilloso.

No tenía ni idea de qué hacer. Intenté mantener la calma, pero ¿serviría de algo? Y un carajo. Ella me miró detenidamente y dijo:

—Otra vez te has roto la nariz. Oh, Jack, ¿qué vamos a hacer contigo?

—¡*Vamos!*

Por lo que a ella se refiere, podría hacer cualquier cosa que su corazón deseara. ¿Soy un blandengue? Oh, muchacho... y ella añadió:

—Pero tienes unos dientes preciosos; ¿son coronas?

—Eh... algo parecido.

Se podía pensar que ya lo habría superado, que sabría cómo comportarme. Ni de coña. Ella preguntó, con ese horrible tono de preocupación exclusivo de aquellos a quienes has perdido:

—¿Cómo estás, Jack?

Tenía sensación de aturdimiento, y peor aún, de peligro. Estaba desorientado por los golpes recibidos, si lo prefieren. Dije:

—Me he casado.

¿No era como para volarse la tapa de los sesos? Eso mismo fue lo que sentí. Recé para que no se alegrara por mí. Exclamó efusivamente:

—Oh, Jack, es maravilloso. ¿Es una chica de por aquí?

—No... eh... esto... me ha dejado.

—Jack...

Tenía que saber algo de su vida, y aunque me aterraba saber nada, pregunté:

—Y tú qué, ¿todavía sigues viéndote con, eh...?

—Sí, hemos fijado fecha para junio. Tienes que venir, prométeme que vendrás.

No sé qué le dije. Me marché dando traspiés, chocando contra las tumbas, echando pestes, casi llorando. En uno de los laterales de la furgoneta, uno de los críos había escrito con algo punzante:

GITANO

«Y me has tomado de la mano sin motivo alguno».

Había hablado por teléfono con Laura. Fue así:

—Jack, te echo de menos.

—Vaya, eso es...

—¿Puedo verte?

—Claro.

—Porque Keegan se está viendo con mi amiga, está totalmente entregada. Va a intentar quedarse embarazada.

—Eso llamará la atención de Keegan. Escucha, ¿qué te parece si quedamos a cenar mañana?

—¿Me vas a llevar a un restaurante, de veras?

¿Por qué no podía dejar de tener la sensación de que me estaba dando cuerda? Tan pronto como me impacientara, la gente se me echaría encima gritándome:

—¡Idiota!

Habrás que tomárselo con calma.

—Nos vemos a las ocho en Garavan's; luego ya veremos.

—Me pondré guapa de veras para ti, Jack.

—No lo dudo.

Había reducido mi dosis diaria de cocaína. Esto tenía que ser bueno. Me fui a la cama temprano y me parecía que acababa de dormirme cuando sonó el teléfono. Miré el reloj, las cuatro... Dije:

—Será mejor que se trate de algo absolutamente vital.

—Jack, ¿te he despertado?

—¿Quién es?

—Pensé que estarías soplando *whiskey* toda la noche.

—Bryson.

—Pero hombre, ¿ya no me llamas Ron? Ah, tienes que ser amistoso conmigo, Jack.

—¿Ha pasado algo?

Pude sentir la guasa en su voz, un tono de languidez.

—Quería joderte, Jack, igual que tú me jodiste esta mañana.

—Pues lo estás consiguiendo, chico.

—¿Has estado haciendo tus deberes sobre mí, Jack?

—¿Por qué... tienes algo que ocultar?

—¿Soy algo así como «el principal sospechoso»? Pero, qué pena, tú no eres Helen Mirren^[14].

—¿Te gustaría eso, Ron, ser el sospechoso?

—No seas condescendiente conmigo, despreciable basura encharcada de alcohol.

—¡Hala...! ¿Te la ponen dura los borrachos? ¿Es eso lo que te pasa, Ron?

—¿Cómo te atreves a analizarme? Piensa en esto, señor fisgón de mierda... Ann Henderson.

Contuve la respiración. Se dio cuenta, dijo:

—Te he asustado, ¿verdad que sí, Jack? Ahora ya te puedes hacer una idea de con quién estás tratando.

Necesitaba apuntarme algunos tantos rápidamente; también necesitaba un cigarrillo; pero, hostias, no lo encontraba. Dije:

—Sé muy bien con quién estoy tratando.

—A ver, con quién.

Esto último con voz de falsete.

—Con un gilipollas enfermo que se hace pajas contra las ventanas.

—8B, Hidden Valley, ¿es correcta la dirección, Jack?

Me había pillado otra vez. Continuó:

—Es posible que me deje caer por ahí, para pillarte desprevenido.

—¿Me estás amenazando, Ron? No se me dan bien las amenazas.

—Ya te acostumbrarás. Bueno, qué lástima, tengo que dormir un ratito, mañana tengo que arreglar una hilera interminable de borrachos holgazanes.

—¿Arreglar?

—Oh, sí, Jack, les hago unos arreglos estupendos. Muy pronto lo verás.

Colgó.

Me levanté de la cama echando pestes.

—¿Dónde están los putos cigarrillos?

No pude localizar a Keegan al día siguiente, pues estaba de excursión en Connemara. Que Dios les ayude, pensé. Sweeper estaba defendiendo su posición como jefe de su clan. Literalmente. Cada cierto tiempo, un joven cachorro desafiaba su autoridad y lo arreglaban a puñetazo limpio. Los encuentros se organizaban por lo general en los alrededores de MuUingar y atraían a grandes multitudes. El gancho eran las apuestas, y se jugaban auténticas fortunas. En cuestión de mover dinero, no hay quien gane a los clanes. Por lo general, la policía estaba perfectamente informada sobre la fecha, la hora y el sitio. Respondían de manera exagerada, invadiendo algún lugar del país totalmente distinto. Eso entusiasmaba a los medios de comunicación, que dedicaban los programas de máxima audiencia a informar sobre los controles policiales de inocentes automovilistas. Yo había prometido asistir más tarde. No tenía nada claro si lo haría o no.

Quedé con Brendan Flood. Él sugirió Supermac's como lugar de encuentro. Fui el primero en llegar y tomé una mesa. Signo de la nueva Irlanda, dos hombres negros estaban limpiando las mesas. Hice un gesto de saludo, pero pareció asustarles. Madre mía, cuando vean lo que los bares y los clubes nocturnos echan a la calle a las cuatro de la mañana. Entonces conocerán el miedo. Hasta la policía y los taxistas evitan aparecer por la zona de guerra. Saben lo que pasa. Brendan llegó vestido con un traje llamativamente parecido a mi reciente adquisición. Yo dije:

—Les dan gratis la limpieza en seco.

—¿A quiénes?

—A los de Vincent de Paul.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy detective.

Miró a su alrededor y yo pregunté:

—¿Por qué hemos quedado aquí?

—Hacen unas patatas fritas con curry estupendas.

—¿Quieres una ración?

—Oh, no. He renunciado a ellas como penitencia.

No hice ningún comentario. Solamente serviría para desencadenar todo ese rollo eclesiástico. Le pasé un fajo de billetes, dije:

—Para las misiones.

—¿Qué necesitas de mí?

—La dirección de Ronald Bryson y las horas en las que no está en casa.

Asintió y preguntó:

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Es él?

—Es él.

Me llevé el teléfono móvil a la cita. Muy pocas veces lo llevaba a ninguna parte. Tengo que salir más. Cuando suena, me pone de los nervios y me juro que «nunca más». Solamente Jeff, Sweeper y Keegan tenían mi número. Me daba una sensación artificial de control. Me vestí como para impresionar. Me puse la chaqueta de cuero, que ahora rechinaba. Un día de lluvia de Galway la dejaría como nueva. Camisa blanca y vaqueros desteñidos y muy suaves. Cuando te los pones, el cuerpo te lo agradece. Color hueso, entre piedra y desintegración. Luego, las botas Bally. Oh, Kiki.

Voy por la calle, dos policías vienen hacia mí. Entre los dos podrían tener veinte años. Dije en la jerga de Galway:

—Señores agentes...

Ellos dijeron:

—Señor.

¿Qué edad querían decir con eso?

Garavan's estaba agradablemente a tope. El viejo Galway todavía merodea por allí. Un viejo conocido dice:

—Jack.

Yo dije:

—Liam.

Nada más. La afabilidad irlandesa en todo su apogeo; es decir, completamente sobria. A mí me parece bien así. Laura estaba sentada al fondo, se levantó para saludarme. Llevaba puesto algo que solamente puede calificarse como una enagua. Se veía todo. Giró sobre sí misma. Yo dije:

—¡Guau!

—¿Es para tanto?

—Y para más.

Me pregunté, si se sentara, adonde iría a parar el vestido. Ella dijo:

—Le llaman un vestido tubo.

—No voy a discutir eso.

A mí me parecía más bien un pañuelo, pero bueno. Ella olía estupendamente y se lo dije. Respondió:

—Es de París.

—Eso está claro. ¿Qué vas a tomar?

—Metz.

Pensé que estaba de coña, pregunté:

—¿Estás de coña?

—No, es lo que tomo siempre.

—Eso es lo que beben los borrachos, cien por cien a prueba de bombas.

No entendía nada, dijo:

—Viene en una botella plateada con una especie de aguardiente y naranja, dice Metz en letras negras.

—Ah.

Sintiéndome como un idiota, me acerqué a la barra. Había estantes enteros con ese producto, junto con todos los demás combinados de refresco y alcohol. Un auténtico horror. Volví con eso y una cerveza y pregunté:

—¿Necesitas un vaso?

—Oh, no, por Dios.

Cuando yo era joven, bebías de la botella porque no había vasos. Sonó el móvil. No pensaba responder, pero ¿y si Sweeper estaba herido? Era Jeff; su voz expresaba dolor.

—Jack.

—Jeff, ¿cómo va todo?

—Cathy ha dado a luz.

—Ah, qué bien. ¿Ella está bien?

—No lo sé. ¿Podrías venir?

—Enseguida.

Se lo dije a Laura. Ella preguntó:

—¿Niño o niña?

—Eh...

—¿Cuánto pesa?

—Eh...

—Jack...

—Joder, Laura, eso son preguntas de mujeres, a los tíos nunca se nos ocurre preguntar esas cosas. Al menos no a ninguno que yo conociera.

Ella dijo:

—Será mejor que vayas.

—¿Y qué pasa contigo?

—¿Puedo esperarte en Hidden Valley?

—Por supuesto.

Le di las llaves. Vio la medalla milagrosa, preguntó:

—¿Eres devoto de la Virgen?

Mujeres irlandesas, siempre alucinas con ellas. Compaginan una mezcla de realidad descafeinada y sencillez enternecedora. Justamente cuando ya te has hecho una idea de cómo son, te dejan pasmado. Respondí:

—Me la regaló Jeff.

—Entonces el niño estará bien.

Se inclinó sobre mí, me besó en los labios y dijo:

—Estoy enamorada de ti hasta las cachas.

Como he dicho, te dejan pasmado.

Tomé un taxi en Dominic Street. El taxista empezó:

—¿Sabe usted cuál es el problema con el Manchester United?

Cuando me bajé del taxi al llegar al hospital, estaba diciendo:

—¿Sabe usted a quién le echo yo la culpa?

Jeff estaba en recepción, dijo:

—Salgamos afuera, necesito fumarme un cigarrillo.

—Pero si lo habías dejado.

—Jack... ¿crees que necesito que me des la charla?

Me estaba bien empleado. Tenía un aspecto horrible. He estado hecho cisco tan a menudo, que me sorprende ver a otros en esa misma situación. No hice ningún comentario. Saqué los cigarrillos, encendí el Zippo y Jeff se tragó todo el humo, dijo:

—Si tuviera cocaína, me la comería.

En la época en que yo había conocido a Jeff, era el Señor Perfecto. Ningún mal rollo, nada de mala leche, pura tranquilidad. Ahora la vida le tenía agarrado por las pelotas. Yo dije:

—¿Te doy la enhorabuena... compro cigarrillos o qué?

—Ha tenido el bebé.

—¿Niño o niña... ah... y cuánto pesa?

—Una niña. ¿Cómo voy a saber cuánto pesa? Es una cosita diminuta.

¡Ahí estaba! Justamente ahí se había producido una diferencia. El Jeff de *El gran Lebowski* era padre. Todo ello expresado en un tono de voz. De hippie a protector en unas pocas palabras. Verdaderamente asombroso. Se había metido de lleno en su papel.

—Llevamos aquí todo el día. Cathy... hostias, tío, es oro puro. Luego, a

las seis, dijeron que tenían que hacer una cesárea. Me siento fatal, Jack. La enfermera baja, me entrega sus joyas, pensé que había muerto. Hostias, tío, el mundo entero se me vino encima. Si la pierdo, estoy irremediablemente perdido.

Eso fue lo que pareció durante unos instantes. Luego, reaccionó bruscamente:

—Entre las diez y las siete, no paran de decirme: «Enhorabuena, es usted padre», pero me quedé mudo, tío. Sabía que algo iba mal. Me enseñan ese paquetito y es mi hija. Yo no sé nada de recién nacidos, Jack, pero parece... floja. El pediatra viene a verme y me dice: «Lo siento muchísimo, su hija tiene el síndrome de Down».

Me da la impresión de que va a desmayarse.

—Jeff, tío, ¿quieres que te traiga algo, un té, un café... una copa?

Coge otro pitillo, pero no lo enciende, sigue hablando:

—No consigo entenderlo, ¿se trata de una fibrosis quística o qué hostias es? Me quedo con los nombres, pero no con los detalles. Oigo la música, tío, pero no entiendo la letra.

Larga pausa mientras se esfuerza por respirar, luego:

—Vale, el tipo lo explica. La niña tiene un cromosoma de más; es un caso benigno, lo cual significa que necesitará seis meses al año para ponerse al nivel de los otros niños. Voy a ver a Cathy... ¿y sabes lo que me dice, Jack?

Negué con un gesto de la cabeza. ¿Hablar?... Ni siquiera podía fumar.

—Va y dice: «*Cariño, te he defraudado*». Me llevaré esas palabras a la tumba. La enfermera pone la niña en mis brazos y Cathy me pregunta: «¿*La quieres, mi amor?*».

Luego, Jeff reaccionó físicamente, me devolvió el pitillo sin encender y dijo:

—No, no voy a fumar.

—Eso está muy bien, tío, ahora tienes una hija que cuidar.

Le pusieron de nombre Serena May. Serena por las antiguas vibraciones del karma y May por la frase «*May all her dreams come true*»^[15]. Me pidieron que fuera el padrino. Jeff me había invitado a subir a ver a la madre y a la niña, y en aquella habitación del hospital me sentí como un intruso. En un principio, puse reparos:

—No soy la persona más adecuada para ser el padrino.

Cathy me fulminó con la mirada, así que añadí:

—Será un privilegio ser su protector.

Jeff me quiso entregar a la niña y yo mostré las reticencias típicas de los hombres, hasta que Cathy dijo:

—Vale, adelante, empieza ya a ser una mala influencia para ella.

La tomé en mis brazos. En ese momento, tan liviana como media cerveza, abre los ojos y me mira. Yo dije:

—Me está inspeccionando.

Jeff dijo:

—Ya sabe quiénes son los «protectores».

Entendí entonces, durante un efímero instante, lo que Thomas Merton sabía. No es que Serena tuviera un cromosoma de más; es que a nosotros, los normales, nos falta esa pequeña chispa adicional. Si hubiera podido aferrarme a aquel instante, si simplemente hubiera podido saborear esa energía durante un poco más de tiempo. No habría vuelto a tener necesidad del olvido. Ese conocimiento es espantoso, y pocos son los que pueden manejarlo con delicadeza. Yo era incluso menos capaz de lo que había imaginado.

Volví a Hidden Valley hacia las cuatro. Luz en la cocina. Laura estaba acurrucada en el sillón y de inmediato se puso a hablar atropelladamente:

—Estaba aquí, estaba esperando dentro cuando entré. Al principio no le vi y me dio un susto terrible. Para él era divertido. Dijo que es un asistente social que se toma su trabajo muy en serio y que sintió la necesidad de hacer una visita a domicilio, porque estás bebiendo demasiado. Preguntó si yo era tu esposa o si yo era incluso Ann Henderson, y luego dijo que, para ser un alcohólico, está claro que te las apañas muy bien para ligarte a un montón de mujeres y que dónde estaba tu atractivo. Me preguntó si no podía salir con un tío normal o si era simplemente alguna especie de placer morboso.

Verla temblar sin control me revolvió las tripas. Me acerqué a ella, me incliné y dije:

—Ya pasó todo, ya estoy aquí y no te voy a dejar.

Se abrazó a mí con mucha fuerza y exclamó:

—Dijo que era amigo tuyo, Jack.

—Vale... ¿te tocó?

—No.

—¿Estás segura?

—Jack, me asustó.

—Ya pasó todo, de veras; nos iremos a la cama y te abrazaré fuerte y nada de esto volverá a pasar nunca.

Me creyó. Mientras se quedaba dormida, acurrucada contra mi cuerpo, sentí el ferviente deseo de coger la 9 milímetros, salir a buscarle y volar su puta cabeza de enfermo. Aquellos momentos tuvieron una clara influencia en todo lo que sucedió posteriormente. Si tuviera que precisar el segundo en el que emití el peor juicio de mi vida, yo diría que comenzó entonces.

Brendan Flood llamó por teléfono al mediodía del día siguiente. Había conseguido la dirección y el itinerario de trabajo de Bryson. Pregunté:

—¿Cómo consigues toda esta información?

—El Señor provee.

—Seguro que sí.

—He mencionado tu nombre en nuestro grupo.

—¿Grupo?

—Nos reunimos para decir nuestras oraciones, rezar el rosario, pedir curación.

—Entiendo.

¿De veras?

—Tu nombre será pronunciado durante las próximas nueve semanas.

Nueve semanas, nueve milímetros... munición de todo tipo.

—Gracias, imagino.

—No te burles, Jack. Los milagros existen; no tienes más que ver cómo yo me he arrepentido.

Eso era precisamente lo que me preocupaba. Llamé al Jury's y se puso al teléfono un Keegan muy adormilado. Pregunté:

—¿Podemos vernos?

—Oh, Dios, ¿qué hora es? ¿En qué país estamos?

—Irlanda.

—Mierda, pensaba que había vuelto a casa.

—¿Serás capaz de encontrar el GBC a las tres?

—¿Es un bar?

—Es un café.

—¿No un bar?

—Tenemos trabajo que hacer.

—Entonces deberíamos quedar en un bar.

Y colgó.

Pensé en llevar la pistola, pero ¿acaso no era Keegan todo el armamento que cualquiera pudiera necesitar? Llegó tarde. Pedí un té. La camarera dijo:

—Tenemos unos bollos estupendos.

—Eso dice mi madre.

Puso las antenas y con interés creciente preguntó:

—¿La conozco?

Era el momento de darle un buen corte, dije:

—Lo dudo, está muerta.

Se acabaron los cumplidos. Cuando llegó Keegan, le atendió con sequedad y él dijo:

—Es la primera persona desagradable que he conocido en Irlanda.

—¿Tú crees? A mí me ofreció bollos.

—Que le den por culo.

A pesar de todo, parecía contento. Se lo dije. Sacó una petaca de plata. Tenía el emblema de Galway. Dijo:

—Mi pollita me la regaló. Contiene *poetín*.

—*poitin*^[16].

—Pues eso es lo que yo he dicho, ¿no?

—Sí, claro.

Le dio un trago enorme y dijo:

—Ahhh... la camarera ya tiene mejor aspecto. ¿Quieres un traguito?

—No, gracias. Bryson ha entrado en mi casa.

Luego le conté los acontecimientos de los últimos días, incluido lo de la niña de Jeff. Dijo:

—Síndrome de Down. Había un maleante en mi zona que tenía una hija pequeña con eso.

—¿Cómo era?

Se le iluminó la cara.

—Sí, Chelsea, recuerdo su nombre. Oh, era una preciosidad, de primera.

Muy a mi pesar, solía utilizarla para atacar a su viejo.

—¿Qué?

—No te pongas piadoso conmigo, *Jacko*. Soy policía, no soy un tipo muy agradable, por esa razón estoy aquí y tengo que aguantar a una camarera fea y pedorra.

Lanzó una mirada hacia ella. Estaba a punto de llevarle una carta, pero, al ver su cara, cambió de opinión. Él dijo:

—Si un mierda como Bryson viniera a mi casa y asustara a mi mujer, me lo cargaría.

Parecía rabioso. Se le había formado espuma en la comisura de los labios. Prosiguió:

—El año pasado tuvimos un violador en serie en Clapham. Los jefazos utilizaron a mi compañera policía como señuelo. La dejaron ir sola y desprotegida, los muy hijos de puta. Su agente de apoyo llegó tarde. Yo no.

—¿Qué pasó?

—La tenía en el suelo, le había arrancado la ropa de los muslos, le había puesto una navaja en la garganta y le gritaba obscenidades. Le paré los pies, ¿y sabes lo que hizo?

—No.

—Se rió de mí, dijo que saldría de chirona en seis meses y que entonces se la follaría.

—¿Era cierto, le soltarían?

—Posiblemente en menos tiempo.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Le ayudé a caer sobre su navaja.

—¿Qué?

—Lo que has oído. ¿No sería mejor que nos pusiéramos en marcha?

Yo dije:

—Echa un vistazo a la mesa de la esquina junto a la puerta.

Lo hizo.

Un hombre bien vestido, obviamente afligido, le estaba soltando un rollo a una pareja de mediana edad. Le escuchaban con avidez, pendientes de cada una de sus palabras. Keegan preguntó:

—¿Qué está pasando ahí, un timo?

—Si la compasión es un timo, entonces sí. Les está contando, en un inglés chapurreado pero correctamente pronunciado, cómo dejó una pequeña bolsa en un rincón de un café. Pero está desconcertado, tantísimos cafés, todos parecen el mismo. Todas sus cosas de valor las llevaba allí, billete, pasaporte, tarjetas de crédito.

—¿Qué cabrón, ¿y les saca algo?

—No quiere nada, por lo menos nada material. Le chifla que le compadezcan, que compartan su sufrimiento.

—¿Le conoces?

—Claro, antes era policía.

—Alguien debería darle una buena hostia.

—¿Por qué? Es el muy alabado «crimen sin víctimas» en toda su clásica gloria. Lo único que les quita es tiempo y unas gotas de sus emociones.

Salimos de allí y yo dije:

—Bryson tiene un pequeño apartamento cerca de los muelles.

Keegan no había terminado con el rollo de la compasión.

—Éste es un país extraño, y pudiera ser que tú, Jack, seas lo más extraño que hay en él.

—Ah, Keegan, venga, no me digas que no tienes personajes como ése en tu distrito.

—Docenas. Pero en Londres un tipo así conseguiría sus direcciones, y luego, algún aburrido martes, pasaría por su casa, violaría a la mujer y le cortaría la cabeza al hombre.

—¿Eso ha pasado de verdad?

—Una vez tuve un perro, Meyer Meyer, como un personaje de Ed McBain, un perro mestizo. Había oído que atraen a las chicas.

—¿Y era cierto?

—Él consiguió sus perritas, es cierto. Yo me quedé con los perritos. Algunos todavía siguen ladrando.

Me hizo reír.

—Más tarde tuvimos un psicópata suelto, los periódicos le llamaban «El Antorcha». Cubrió a Meyer con gasolina, encendió una cerilla.

—Hostias.

—Me gustaba el viejo Meyer, era una buena compañía.

—¿Qué le hiciste al Antorcha?

—Nada.

—Ah, venga, Keegan.

—Nunca le pillamos.

—Oh.

«Cada verdad rota que he vendido, la he subestimado».

Phyl Kennedy

Christopher McQuarrie, el guionista de *Sospechosos habituales*, se hizo director con *Al calor de las armas*, dijo:

—Me daba miedo contratar a James Caan porque había oído historias. Luego, lo primero que él me dijo fue: «Eres un capullo depravado». Supongo que él también había oído historias sobre mí.

Le estaba contando esto a Keegan mientras nos aproximábamos a Merchants Road, a unos pasos de distancia de los muelles. Le pregunté:

—¿Cómo hacemos esto?

Soltó una risita sardónica y dijo:

—Por las bravas.

Sacó unas llaves y nos abrió sin más el portal. Subimos un piso hasta el apartamento 107. Keegan volvió a usar sus llaves y entramos. La primera sensación fue el olor, un tufo a incienso. Keegan dijo:

—Al niño le gusta fumar hierba.

—¿Fuma incienso?

—No seas estúpido.

Lo intenté.

Un salón grande, que parecía un basurero. Pequeñas alfombras sobre el suelo, artículos de ropa esparcidos por todas partes. Keegan dijo:

—No es un chico muy ordenado.

La cocina estaba hecha un desastre. Restos de envases de cartón de comida basura tirados por todas partes. Una pila de platos hasta arriba en el fregadero. Keegan ordenó:

—Tú te encargas del salón, yo me ocuparé del dormitorio.

Encontré un montón de ejemplares de la revista *Time Out*, con las páginas de información gay especialmente manoseadas. Sobre la mesa había un ejemplar del libro *Gore Vidal*, de Fred Kaplan. Se lo dije a gritos a Keegan y añadí:

—Joder, está firmado.

—¿Por Fred o por Gore?

Me impresionó la pregunta. Salió del dormitorio con un montón de revistas, dijo:

—Sadomaso del duro, gays, fetichismo y el eterno favorito, el dolor.

—Pero eso no demuestra nada, ¿no?

—Las pruebas están sobrevaloradas.

—No en los tribunales.

—Eso es lo que tú te crees. ¿Es que nunca ves *El abogado*?

Hurgamos un poco más, pero no encontramos ninguna otra cosa. Al salir, me metí el libro de Vidal en el bolsillo. Keegan dijo:

—Lo echaré de menos.

—Ya lo sé.

—¿Y la media libra de hierba?

—¿Te llevas la droga?

—O viceversa.

Aquella tarde me dediqué a abastecer mi biblioteca. Había hecho otra visita a la librería de Charlie Byrne y había vuelto cargado. No era ningún maniático del orden, no necesitaba todos aquellos volúmenes ordenados alfabéticamente ni perfectamente alineados. No, me gustaba mezclarlos. Poner a Paul Theroux junto a St. Vida. Eso molaba. Alinear a Pelecanos con Jim Thompson, a Flann O'Brien con Thomas Merton. En los últimos seis meses había leído *House of Leaves*^[17] y *Una historia conmovedora, asombrosa y genial*^[18] y había descubierto al novelista David Peace.

Tenía a mano el libro de poemas de Anne Sexton titulado *To Bedlam and Part Way Back*. Otra escritora cuyo suicidio y cuya vida de trastorno mental arrojaba sombras de oscura identificación. Sonó el timbre de la puerta. Sweeper casi se desplomó sobre ella al abrirla. Tenía un ojo negro, magulladuras en la cara, el traje roto y sangre en el pelo. Cojeó hasta una silla, dijo:

—Un *whiskey*, por favor, Jack Taylor.

Se lo serví grande. Lo bebió de un trago y le di un cigarrillo. Dije:

—¿Se ha peleado con traje puesto?

—Esto no era un simple desafío.

—¿Algo más, entonces?

—Algo más, podría decirse.

Fijó sus oscuros ojos en mí y preguntó:

—¿Cuáles son sus sentimientos hacia nosotros, los gitanos?

—¿Es necesario que lo pregunte?

—Hoy... sí.

—Estoy trabajando con ustedes y me alegro de hacerlo.

Aquellos ojos inquebrantables.

—Y si viviéramos en la puerta de al lado, Jack Taylor, ¿qué le parecería eso?

—Estupendo.

Sonrió levemente.

—Veamos hasta qué punto es verdad lo que dice.

—¿No me cree?

La furgoneta estaba aparcada en el callejón, con grandes abolladuras en su carrocería. Pregunté:

—Hostias, ¿qué ha pasado, la gente ha tirado piedras o algo así?

—Exactamente.

Puso la furgoneta en marcha, preguntó:

—¿Sabe qué es un centro de retención?

—Donde meten a los clanes, una especie de campamento.

Eso le divirtió. Murmuró:

—Campamento, qué normal suena eso.

Aquellas palabras desprendían el hedor de la condescendencia. Yo dije:

—Eh, oiga, Sweeper, no me hable así. Sea lo que sea lo que haya pasado, yo no tengo nada que ver. Yo estoy con ustedes, ¿recuerda?

Un reflejo de amargura se abrió paso desde sus ojos hasta su boca, provocó un tic en su labio superior. Se rascó y dijo;

—Usted pertenece a la comunidad paya. Por muy fuera de la ley que se crea que está, es uno de ellos.

Lo dejé pasar, pero no me gustó un carajo. Saqué un pitillo. Sweeper ordenó:

—Encienda dos.

El niño que llevo dentro quiso rugir:

—Cómprase su propio tabaco.

Los encendí, le pasé uno. Él dijo:

—Le he ofendido, Jack Taylor.

—No pasa nada, hombre.

Se concentró en conducir. La nicotina se sumaba a la nube de tensión. Se detuvo en Dangan Heights y salimos. Hizo un gesto con la cabeza hacia el

valle, dijo:

—Mire.

Lo que se veía principalmente era humo. Dije:

—Fuego, un incendio en el monte. ¿Y qué?

—Ése es... el campamento.

Al mirar con más detenimiento, pude ver gente que deambulaba aturdida a través de la neblina. Los hombres, cojeando, acarreaban agua inútilmente, en un vano esfuerzo por apagar las llamas. Los niños, descalzos, lloraban aferrados a sus madres. Ni una sola caravana había quedado indemne. Las que no estaban en llamas estaban volcadas o carbonizadas. Pregunté:

—¿Dónde está la policía?

Soltó un resoplido de burla, preguntó:

—Escucha las noticias, ¿verdad?

—Claro.

—¿Ha escuchado algo sobre esto?

—No.

—Porque no es noticia.

—¿Quién lo hizo?

—Los ciudadanos honrados que encontrará usted en la iglesia.

Pensé en mi madre, no se lo discutí. Miré su pelo, su ropa, dije:

—Estaba usted allí.

—Sí, pero llegué tarde. No pude impedir que dos de ellos castraran a uno de mis primos.

—Suenas como la película *Soldado azul*.

—Suenas como la Irlanda de hoy.

—¿Qué van a hacer ahora?

—Reconstruir. Es lo que siempre hacemos.

—No sé qué decirle.

Me dio una palmada en el brazo, dijo:

—Vamos, le llevaré otra vez a su casa.

—¿Podría bajar, ayudar de alguna manera?

—Una persona de la comunidad paya no sería bienvenida ni hoy ni durante muchos días.

Regresamos en silencio. Al llegar a la casa, yo dije:

—Lámeme si necesita algo.

—Necesito una cosa, Jack Taylor.

—Lo que haga falta.

—Encuentre a quien está matando a mi gente.

«¿Qué leyes temeréis si al bailar no tropezáis nunca
con cadenas de hierro forjadas por el hombre?».

Khalil Gibran, *El profeta*

No tenía ni idea de cómo atrapar a Ronald Bryson. La idea que más me atraía era pegarle un tiro. Pruebas, alguna maldita prueba. Podía rezar, por supuesto, pero no estaba muy bien pertrechado en esa materia. Por otra parte, no pensaba que la fe pudiera ser de alguna utilidad para pillar a aquel hijo de puta. Así que hice lo que suelo hacer cuando estoy bloqueado. Me puse a leer. Podéis llamarlo evasión. Yo lo llamo tranquilidad. Mi hallazgo más reciente era Robert Irwin. Una alegría para mi corazón, profesor de Cambridge y feroz consumidor de drogas. Me hubiera encantado coincidir con él de ronda por los bares. No podía fallar. Su brillante y disparatada obra, *Satán me quiere*, acababa de ser reeditada. Ambientada en el Londres marchoso de 1967, es absolutamente indefinible. Me impresionó tanto que encargué a Vinny que me localizara otra obra suya, *Cadáver exquisito*, sobre el surrealismo en 1930. No es preciso leerlas en el oeste de Irlanda con una raya de coca y un gran vaso de Black Bush, pero, hostias, eso le da otra dimensión.

Mi estrategia al terminar estos libros fue volver a leer a James Sallis. En particular sus novelas de Lew Griffin, y entonces estaría en perfectas condiciones para reincorporarme al caos. Pero sonó el teléfono. Tomé un trago de Bush y respondí.

—¡Jack!

—¿Laura?

Estaba llorando, con la respiración entrecortada. Le dije:

—Tranquilízate, cariño, estoy aquí. Solamente dime dónde estás.

—En una cabina telefónica en Eyre Square.

—No te muevas, enseguida estaré ahí.

Encontré la cabina y en ella a una Laura al borde de la histeria. Cuando abrí la puerta, dio un respingo. Yo dije:

—Está bien... tranquila.

La mecí en mis brazos, y una mujer que pasaba me lanzó una mirada feroz, con veneno en los ojos. Yo dije:

—Yo no he hecho nada.

—Eso es lo que dicen todos.

Laura me pasó un paquete todo aplastado. El logotipo de la tienda de discos Zhivago. Ella dijo:

—Tengo un regalo para ti, Jack.

Eso casi me mata. Si añades esa sensación a la ira, te conviertes en alguien cargado de explosivos. Llevé a Laura hasta un banco. Había un borracho desplomado en un extremo, canturreando. Sonaba como una canción de Britney Spears.

Vaya tela.

Pregunté:

—¿Qué ha pasado, querida?

—Estaba hablando con Declan en Zhivago y vi a ese hombre.

—¿Qué hombre?

Como si no lo imaginara. Ella dijo:

—El inglés ese que entró en tu casa.

—Bryson.

—Me siguió al salir de la tienda.

—Se lo deberías haber dicho a Declan, le habría dado una buena patada en el culo.

—No quería montar un escándalo.

Y así el mal florece y se extiende, porque las personas decentes no quieren montar un escándalo. Prosiguió:

—Vino detrás de mí. Había llegado hasta Faller's cuando me alcanzó. Dijo: «No tengas tanta prisa, no voy a hacerte daño. Me gustaría que le entregaras algo a nuestro Jack, ¿podrías hacer ese favor?».

—Le dije que sí y entonces me escupió en la cara.

Le limpié la cara como si el escupitajo siguiera estando allí. Me sentí casi ciego de furia. La hice levantarse y dije:

—Te voy a llevar con unos amigos míos, ¿de acuerdo?

Se aferró a mí, suplicó:

—¿Entonces no permitirás que me haga daño, Jack?

—Te lo garantizo, cariño.

La llevé a Nestor's. Jeff estaba atendiendo la barra, el centinela estaba en su puesto habitual. Dejé a Laura en la silla de asiento duro, me acerqué a la barra. El centinela preguntó:

—¿Tienes otra esposa?

Dije a Jeff:

—A esta chica le han dado un buen susto; ¿podrías cuidar de ella durante un rato?

Arqueó una ceja, pero dijo:

—Llamaré a Cathy.

—¿Cómo está Serena May?

—Va bien.

—Volveré en unos minutos.

Me sentía como loco. Podría cargarme a cualquiera.

Jeff dijo:

—No hagas ninguna locura.

—¿Qué significa eso?

Levantó las manos en un gesto de claudicación, dijo:

—Eh, tranquilo, tronco. Deberías verte la cara.

Me marché.

Me fui como una tromba por Forster Street. Oí que alguien decía mi nombre. Lo ignoré, seguí adelante. Sentí que alguien me agarraba el brazo. Me di la vuelta para enfrentarme con Keegan. Él dijo:

—Tranquilo, compañero.

—Vete a tomar por el culo.

No me soltó el brazo, dijo:

—Hacía muchísimo tiempo que nadie me decía eso, Jack.

—¿Quieres soltarme el brazo?

—Dime qué estás haciendo, Jack.

Solté un largo suspiro, un suspiro del que mi madre se habría sentido orgullosa. Pude sentir que una parte de la furia al rojo vivo se disipaba. Quise aferrarme a esa furia, dije:

—Le voy a arrancar la cabeza a ese hijo de puta.

—Eso no sería inteligente, Jack.

—Que le den por culo a la inteligencia. Tú mismo dijiste que te cargarías a cualquiera que tocara a tu mujer.

Asintió.

—Pero no con testigos. Déjame ir allí, ver de qué va la historia. Tú te quedas aquí, te fumas un cigarrillo, aclaras un poco tus ideas.

Tenía sentido, así que dije:

—Tiene sentido.

—Vale, pues hasta luego.

Le observé dirigirse hacia el parque, girar hacia la residencia de la Simon. Incluso desde aquella distancia se podía sentir su postura amenazante. Intenté no pensar en el daño que yo deseaba infligir. Me senté en el pequeño muro, asiento favorito de numerosos grupos de borrachos. Los brebajes de mala muerte que circulaban por aquí no venían en una elegante botella ni se almacenaban en los bares de moda. No, era auténtico matarratas, lo que en el sureste de Londres llamaban «Jack» o «Dama Blanca», alcoholes desnaturalizados con una graduación del cien por ciento. Yo los había probado en raras ocasiones.

Dejé que mi mente se desplazara a los libros. Tommy Kennedy había dicho:

—Habrán momentos en los que tu único refugio serán los libros. Entonces leerás en serio, como si tu vida dependiera de ello.

Mi vida y desde luego mi salud mental se habían refugiado en la lectura a lo largo de un millar de días oscuros. Decidí echar mano de James Sallis y su biografía de Chester Himes. Había releído toda la obra de David Gates. Su *Jernigan* habría sido mi vida si hubiera tenido una educación formal. Oí decir:

—¡Jack!

Dejé de pensar en todo eso, miré a Keegan. Preguntó:

—Hostias, Jack, ¿adónde te habías ido?

—Estaba aquí.

—Por tus ojos no lo parecía. Déjame que te diga una cosa, compañero, vas a tener que dejar esas golosinas de la nariz; te van a freír el cerebro.

—Estaba pensando en libros.

—Insisto en lo que te acabo de decir.

Me puse en pie y pregunté:

—¿Qué ha pasado?

—Ha salido por piernas, se ha despedido del trabajo.

—Joder.

Las conexiones retumbaban en mi cerebro, pero era incapaz de encajarlas. Keegan dijo:

—Mi jefe me ha llamado desde Londres.

—¿Quién?

—Mi inspector jefe.

—¿Qué ha averiguado?

—Nuestro muchacho viene de buena familia, gente de mucha pasta. Fue a colegios privados, toda esa mierda de buena calidad. Es cierto que es asistente social de verdad, pero ha estado vinculado por lo menos a diez centros. Centros que acogían a alcohólicos callejeros o a las personas que la «gente de bien» llama «los marginados». Siempre se ha ido de todos esos sitios envuelto en una nube. Sin acusaciones específicas, pero envuelto en una clara nube de incidentes. Ciertas personas podían desaparecer, ¿quién se iba a dar cuenta? Luego hacía lo que hacen los psicópatas inteligentes: emigraba.

Por fin la conexión. Yo dije:

—Sigue a Laura deliberadamente, la agrade a sabiendas de lo que ella hará. A sabiendas de que luego me llamará a mí. Yo me voy corriendo y así mi casa se queda vacía.

Keegan asintió, dijo:

—Vayamos allí.

—Hace ya rato que se habrá largado.

—Pero veamos lo que te ha dejado allí.

De camino hacia mi casa, dijo:

—Tú, Jack, piensas que no entiendo a los irlandeses. Que soy una especie

de irlandés de pacotilla.

Empecé a protestar, pero estaba lanzado.

—Sólo porque tenga mucha labia, eso no quiere decir que esté ciego. Mi madre era irlandesa, y cuando las irlandesas crían a sus hijos en Inglaterra, son más irlandesas de lo que nunca podrás imaginar. Ella solía decir: «¿Criarte? Yo no te crié, te mantuve a temperatura ambiente, como si fueras un frasco de mermelada «Fruitfield». Tú habrás vivido aquí, chaval, pero a mí me metieron en una especie de adobo irlandés, hostias. Supe lo que era un palo de *hurling* antes de aprender a andar. Cuando ella lo usaba, entonces sí que no podía andar. Así que hazme un favor, chaval, no presumas de pedigrí celta conmigo.

Me libré de tener que dar una respuesta, pues habíamos llegado a la casa. La puerta estaba abierta. Keegan dijo:

—Oh, oh.

Y entró él primero. El olor echaba para atrás. Una gran cagada en la cocina. Toda la vajilla estaba destrozada y las paredes estaban embadurnadas de excrementos. En el salón, los libros nuevos estaban hechos trizas, esparcidos sobre el sofá rajado, y apestaban a orina. Keegan dijo:

—Limpiaré todo esto.

Subí al piso de arriba. Mi ropa, hecha jirones, estaba en el cuarto de baño, y sobre mi almohada había una nota que decía: «¿Quieres jugar, Jack?».

Keegan gritó:

—¿Mal?

La cocaína había desaparecido, pero me preocupaba todavía más que también hubiera desaparecido la 9 milímetros. Estaba pensando si debía decírselo a Keegan cuando sonó el teléfono. Keegan dijo:

—Yo lo cogeré.

Obviamente, sólo escuché lo que decía Keegan, que fue algo así:

—Jack no está disponible. Oh, ya sé quién eres, Ronald. ¿Que quién soy yo? Soy el oficial de policía Keegan de la Policía Metropolitana de Londres, y tengo un informe completo sobre ti, hijo. Todo un informe de trabajo. Oh, querido, qué lenguaje tan grosero. Sí, he visto tus proezas aquí, muy impresionantes. Espero que te hayas limpiado el culo. No grites, Ron, eso es, buen chico. ¿Que dejas el país? Piensa en esto, muchacho; algún día, pronto,

alguien te dará una palmadita en el hombro, y adivina quién será. Tenemos algo en común... Oh, sí, tengo un pasado muy chungo. Soy el animal con el que vosotros, los lectores del *Guardian*, tenéis orgasmos cuando pensáis en él. No, no, Ronald, no te preocupes por la jurisdicción, porque yo desde luego no me voy a preocupar por eso. Volverás a cagarte en los pantalones y yo haré que te comas tu mierda. Bueno, vale, hasta luego... ha sido estupendo charlar contigo.

Yo estaba de pie junto a Keegan cuando colgó. Pregunté:

—¿Se marcha del país?

—Eso dice.

—Tenía una pistola aquí; ha desaparecido.

—No te preocupes, haré que se la coma, también.

—No creo que se vaya todavía.

—Yo tampoco.

Keegan dijo que buscaría en las páginas amarillas y que se encargaría de que alguien limpiara la casa. Me dijo:

—Vete a ver a tu chica.

—Gracias, Keegan.

—No tiene importancia. A eso es a lo que me dedico, a limpiar mierda.

—Me siento raro llamándote Keegan todo el tiempo. ¿Cuál es tu nombre de pila?

—¡Te sientes raro! Vaya, qué pena, ya se te pasará.

«Todos los isleños, con independencia de su origen étnico, viven con una cierta especie de añoranza.

Es un tipo de viaje que se mantiene bajo control por miedo al mundo desconocido.

Los blancos simplemente lo convierten en algo estético.

Vivir en una isla es su propia excusa para quedarse en casa y soñar».

John Straley, *A los ángeles no les importará*

En Roches vendían insignias. Casi había pasado de largo cuando el nombre me llamó la atención; entregué un billete en la caja, me llevé dos insignias. Me puse una en la solapa y guardé la otra en un bolsillo. Cuando llegué a Nestor's, Jeff estaba viendo *Sky News*, dijo:

—Otro recuento, pero creo que Bush lo conseguirá. Eso o la cárcel.

El centinela preguntó:

—¿Sigue vivo McGovern?

Nadie respondió, así que añadió:

—A mí me gustaba Carter por los cacahuetes.

Jeff dijo:

—La chica está bien. Está arriba con Cathy y la niña.

Vio el brillo dorado en mi solapa y dijo:

—¿Qué es esa insignia? No será de los exploradores, ¿verdad?

Me acerqué más a él, dejé que echara un buen vistazo. Eran dos manos, los dedos apenas tocándose. Preguntó:

—¿A qué se dedican?

Respiré hondo, consciente de que esto podría salir horriblemente mal. Dije:

—Es la Asociación del Síndrome de Down. Representa a ciudadanos

normales y corrientes que...

No seguí, no me estaba explicando bien. Él dijo:

—Me gusta.

Saqué la segunda de mi bolsillo, dije:

—Toma.

La aceptó, dijo:

—Te has arriesgado.

—Ya me conoces, Jeff, me gusta jugármela.

Se la puso en la camiseta, dijo:

—Te lo agradezco.

En el piso de arriba, todo el mundo estaba abrazando a la niña. Cathy observaba con una expresión maravillosa. Pregunté:

—¿Todos bien?

Cathy sonrió, dijo:

—Mejor que nunca.

Pasé la tarde allí. Me tomé unas cervezas tranquilamente, sin pasarme. Me habría bebido una botella de *whiskey*, pero ellos me habrían asesinado. Así que decidí tomármelo con calma. Cathy hizo un estofado que estaba riquísimo. Laura preguntó:

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? ¿Eres inglesa?

—Bueno, lo mezclo todo, bien lleno de carne y de patatas, y luego lo dejo cocer casi hasta que se queme... y Jeff dijo... que le pusiera un chorrito de *poitin*.

Lo pronunció como una mujer de Connemara. A lo largo de mi caótica vida, es tan raro formar parte de una escena doméstica... No porque yo no quisiera. Sí quería, pero no estaba preparado para los pequeños actos de devoción que la preceden. Mi naturaleza es esencialmente egoísta, y para participar en la vida familiar tienes que hacer sitio a los demás. Además, había llegado a dominar el arte del sabotaje. Parafraseando a Oscar, todo alcohólico destruye la imagen de su deseo. Deseaba ser capaz de emborracharme cuando deseaba leer hasta la madrugada si deseaba y no era capaz de dar el salto de renunciar a esas cosas por tener compañía. Y sin embargo, cómo anhelaba ser diferente. Sentarme al calor de la familia y simplemente dejarme llevar. Pero aquel día fui afortunado. Era consciente de

cuánto apreciaba el momento. Gracias a Dios no tenía que esperar el veredicto de la experiencia. Las tormentas, siempre presentes en mi carta de navegación, parecían menos amenazadoras. Cuando ya nos íbamos, Cathy, sin darse cuenta, verbalizó el toque de difuntos:

—Deberíamos hacer esto más a menudo.

Yo sabía, con absoluta certeza, que jamás lo haríamos. Ese conocimiento debilitó pero no borró la sensación de bienestar. Laura se agarró del brazo mientras íbamos paseando hasta Hidden Valley. Preguntó:

—¿Te gustó el disco?

Hostias, había olvidado por completo cómo había puesto el paquete en mi mano. Lo había guardado en el bolsillo de la chaqueta y no había vuelto a acordarme de él. Dije:

—No quería abrirlo hasta que estuviéramos juntos.

—Oh, eres tan romántico, Jack.

Sí, claro. Le advertí:

—La casa está en un estado...

—¿Ha sido... ése?

—No, fueron unos gamberros.

La casa estaba impoluta. Ni rastro del caos. Incluso la estantería estaba llena, aunque parecía contener los ochenta libros publicados de MacBain. Yo dije:

—¡Guau!

—Jack, la casa está genial.

—Desde luego que sí.

No podía creer que Keegan hubiera vuelto a llenar la estantería. Eso fue lo que más me impresionó. Comprobaría los títulos más tarde. La alegría es algo sumamente caprichoso, conviene racionarla con prudencia. Dije:

—Tomemos un trago.

—Vayámonos a la cama.

—Hagamos las dos cosas.

Y eso hicimos. Estuvo bien. Sin duda. Estaba mejorando. Nunca he sido un amante excepcional, pero estaba claro que me lo estaba tomando en serio. Lo que me faltaba en experiencia, lo compensaba con energía. Tumbado en la cama, abrí la bolsa de Zhivago, miré el CD, dije:

—Oh, Dios mío.

Ella se sentó alarmada:

—¿No te gusta?

Era *Just Another Town*, de Johnny Duhan. Dije:

—Me encanta, pero abre una caja de recuerdos para los que no sé si estoy preparado.

Allá por 1982, yo vestía todavía uniforme y salía con una chica de Bohermore. Ponía ese disco a todas horas. Un tema, *Shot Down*, era para mí como el aire que respiraba. La chica solía decir:

—¿Vamos a pasar todo el día con Johnny Duhan?

¿Alguna vez lo hicimos? Y más de lo que ninguna persona decente podía soportar. A lo largo de los años oscuros, fui tras los pasos de cada álbum de Johnny. A medida que sus canciones profundizaban, yo bajaba en espiral. Antes de dejarme, aquella chica dijo:

—No me entiendas mal, Jack, me gustan las canciones tristes, pero es que tú... las necesitas.

Yo sabía que tenía razón. No ha habido ocasión en la que, si me encontraba con una banda de metal, no me dieran ganas de llorar. Pasen eso por el diván de Freud. Más tarde, cuando el CD estaba puesto —y quiero decir más tarde, algo así como semanas más tarde— y Sweeper estaba en la cocina y *Just Another Town* estaba sonando, Sweeper dijo:

—Es la primera vez que oigo la historia de mi vida en una canción.

Se lo regalé, ¿qué otra cosa podía hacer? En los terribles meses de oscuridad del alma, cuando estos acontecimientos ya habían pasado, fui a comprarme de nuevo el catálogo completo de Duhan. Únicamente Emmylou Harris me toca tanto la fibra sensible.

Pero volvamos al momento con Laura, sacudí la cabeza como si eso pudiera borrar los recuerdos y le dije:

—No podías haberme regalado nada mejor.

—Estuve a punto de comprar uno de Elvis. ¿Te gusta?

—Cariño, juzgo a las personas sobre la base de si les gusta Elvis o no.

Soltó la sonrisa más radiante. Ahora hay momentos en los que desearía no haber experimentado nunca su felicidad. El abismo se abre y me lanzo de cabeza. Ella dijo:

—Te he escrito un poema.

No supe cómo responder, opté por decir:

—¿Pero escribes?

Intenté ocultar el asombro en mi voz. Sacudiendo la cabeza, ella dijo:

—Oh, no, por Dios; sólo éste.

Metió la mano en su bolso, sacó una hoja de papel de color rosa y me la entregó solemnemente. La abrí impasible, diciéndome a mí mismo:

«No, esto no me va a afectar de ninguna manera».

Leí:

El amor que duele

por

Laura Nealon, Galway, Irlanda.

Este comienzo ya me dejó bien jodido y todavía faltaba el poema. Me concentré.

Mi amor he perdido

El amor del oeste

Anhelo la noche

La noche que vendrá

Sobre mi almohada yaceré

Mi amor a mi lado

Anhelo tocar

El amor mirar

A tu lado

Me encanta respirar

Me encanta matar

Al lado de mi amor

Deseo morar.

No sé gran cosa, pero en ese momento supe que pronto iba a necesitar un

buen trago y todo un cargamento. Dije:

—Es precioso.

—Ya no voy a escribir más, ha sido sólo para...

—Muchísimas gracias.

Después de un rato, preguntó:

—¿Tu mujer era muy inteligente?

—Me dejó, así que ¿a ti qué te parece?

Dejó pasar ese comentario, dijo:

—Cathy me ha dicho que fue a la universidad.

Cathy era una bocazas. Yo dije:

—Sí.

—¿Para hacer qué?

Hostias, además del poema, me sentí peligrosamente cerca de la brusquedad, dije:

—Un doctorado en metafísica.

Ella se mordió el labio inferior y dijo:

—No sé qué significa eso.

Me ablandé, dije:

—Cariño, los lugares en los que he estado, los lugares en los que probablemente estaré, valen menos que un escupitajo seco.

Se quedó rumiando eso y luego dijo:

—Tampoco estoy segura de lo que significa eso, pero me hace sentirme mejor.

Empecé a sentir sueño, dije:

—Descansemos un poco, cariño.

—Vale, pero en mi trabajo gano un montón de dinero. Te daré una parte.

¡Joder!

Por la mañana temprano se había ido. Yo tenía lo que se dice una resaca emocional. Un día de éstos me decidiría por la variedad alcohólica. Por lo menos sabía qué hacer con ella. Alguien había pasado un sobre por debajo de la puerta. Lo abrí con cuidado: un paquete entero de billetes grandes. Una nota:

Andará escaso, acepte esto.

Sweeper.

Su letra era excelente. Casi como si hubiera utilizado una pluma de ganso; hostias, a lo mejor era eso lo que había hecho.

Una de las primeras lecciones que aprendes como policía es todo lo relacionado con los hombres duros. No te enseñan esto en el manual. Lo aprendes en las calles. Cada ciudad tiene su cuota. Son duros en el verdadero sentido de la palabra. Implacables, inflexibles, despiadados. A diferencia de la versión que encuentras en los bares, no hacen alarde de su valía. No les hace falta. Se les ve en los ojos. Todos los que yo he conocido tenían un rasgo común: una imparcialidad granítica. Cualquiera que fuera su opinión sobre un determinado asunto, eran fieles a su palabra. Bill Cassell. Menudo tipo. Nadie, y subrayo nadie, ha podido dárselas de listillo con él. Era un híbrido, de madre de Galway y padre del infierno. Bill tenía una reputación temible. La policía se mantenía a distancia. Yo había ido al colegio con él. Durante años había recibido montones de palizas, hasta que se hizo mayor, y entonces las devolvió a diestro y siniestro. Todo profesor que alguna vez le hubiera puteado recibió su venganza. Más bien tarde que temprano. Era un hombre de infinita paciencia.

Hay un bar en los muelles llamado Sweeney's, pequeño, oscuro y peligroso. Un visitante accidental sale disparado de allí. Los turistas no lo encuentran. Yo planifiqué mi visita. Fui a Dunnes y tiré la casa por la ventana. Una pasada. Llevaba tanto tiempo comprando en tiendas de segunda mano que me quedé horrorizado cuando vi los precios reales. Pero dije: a tomar por culo; tenía un montón de pasta. Pasé por la tienda como un pequeño nuevo rico. Chulería, arrogancia y dudoso gusto. Cuatro jerséis, tres pantalones vaqueros, unos pantalones azulitos de algodón, zapatillas deportivas, camisetas blancas, chaqueta deportiva. La dependienta preguntó:

—¿Tiene tarjeta del club?

—¿A usted qué le parece?

—Mi obligación es preguntarlo.

No tenía ni idea de por qué la fastidiaba. Trabajar para Dunnes ya es fastidio de sobra. Entregué una pequeña suma de rescate, leí la etiqueta con su nombre, dije:

—Estás haciendo un gran trabajo, Fiona.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—*Touché*. Llegarás lejos.

Me traje las cosas a casa. Pensé: para una reunión con un maleante, ¿debe uno vestirse bien... o mal? Busqué una solución intermedia. Jersey azul marino nuevo, vaqueros desteñidos y una chaqueta de cuero hecha polvo. Si eso no era un mensaje mixto, entonces mi tiempo como madero había sido realmente tiempo perdido. Pasé la insignia del síndrome de Down a la chaqueta de cuero. Parecía ese gilipollas que hace anuncios de seguros para los mayores de cincuenta años. Escuché un ratito a Johnny Duhan y listo. Bajé andando por Shop Street. Vi a mi madre parada delante del escaparate de Taffes'. No había nada dentro, ni un solo producto. Seguí andando. En la panadería de Griffin's me encontré con el corredor de apuestas a quien en una ocasión había desplumado. El aroma del pan recién horneado era algo parecido a la esperanza. Le dije:

—¿Cómo te va?

Señaló su barra de pan y dijo:

—He venido a por mi bocata.

—Eso está bien.

—¿Tienes pensado llamarme pronto?

—Pues no pensaba.

—Por fin buenas noticias.

Un refugiado me pidió la chaqueta. Le dije:

—Tiene un valor sentimental para mí.

—No me importa, dámela.

Vaya tela.

Los muelles están totalmente cambiados. Cuando yo era niño, aquélla era una zona mágica, aunque intimidatoria. Mitad peligro y mitad tentación. Los estibadores eran hombres de verdadero carácter. Podías joder a todo tipo de gente, pero nunca a ellos. Yo tuve la suerte de conocer a los mejores.

Apartamentos de lujo, hoteles nuevos, escuelas de idiomas y tinglados de ocio habían ocupado la zona. Es posible que haya sido un progreso, pero desde luego no una mejora. Un oasis del antiguo Galway era Sweeney's. Creo que los promotores inmobiliarios se sentían demasiado intimidados para acercarse a los propietarios. Empujé la puerta para abrirla, inhalé una mezcla de pescado y nicotina. Las conversaciones se interrumpieron hasta que me inspeccionaron bien. Luego, un sonoro suspiro de relajación y las charlas se reanudaron. Bill tenía una mesa cerca de la barra. Estaba solo.

Para ser un hombre de temible reputación, era de complexión menuda. Ahora más menuda todavía. La piel de la cara estaba tan estirada que parecía a punto de reventar. Como si alguien le hubiera aplicado una primera capa de pintura y luego hubiera olvidado añadir el acabado. Sus ojos, imperturbables y graníticos, mostraban unas profundas ojeras. Tenía delante de él un zumo de naranja recién hecho, servido en un vaso de estilo antiguo. Algunas pepitas flotaban en la superficie. Él dijo:

—Jack.

—Bill.

—Toma asiento. Lo hice.

Desde una visión íntima y personal, parecía un enfermo de sida. Dijo, sin moverse, al camarero:

—Una cerveza para Jack.

Pregunté:

—¿Puedo fumar?

Sonrió secamente y dijo:

—Claro.

El cenicero era de publicidad de Capstan Mild. Saqué uno de mis rubios, lo encendí con el Zippo. Bill extendió una mano esquelética y preguntó:

—¿Te importa que le eche un vistazo?

Se lo pasé. Lo sopesó en la palma de su mano y dijo:

—Pesa lo suyo.

—Sí.

—¿Quieres venderlo?

—Es prestado.

—Todo es prestado, ¿no?

Llegó la cerveza. Probablemente de las mejor tiradas que conozco. Dije:

—*Sláinte*.

Durante un horrible segundo estuve a punto de decir:

—A tu salud.

Bill me dejó saborear el momento y luego dijo:

—¿Qué quieres, Jack?

—Ayuda.

Fijó la mirada en su zumo de naranja antes de decir:

—Me han dicho que les hiciste una buena jugada a los Tiernans.

—No son amigos tuyos, espero.

—Si lo fueran, no estarías aquí sentado.

El camarero se acercó y dijo:

—Te llaman por teléfono.

—Ahora no.

Luego volvió a mí.

—Vas por ahí con un madero.

—Así es.

—Joder, Jack, y además un madero inglés.

—Es medio irlandés.

—Y una mierda.

La palabra retumbó en su cuerpo delicado. Pregunté:

—¿Estás enfermo?

—Cáncer de hígado.

—Vaya por Dios.

—No creo que Dios tenga mucho que ver con eso. Échale la culpa a la central nuclear de Sellafield, por lo menos es inglesa. ¿En qué tipo de ayuda habías pensado, Jack?

—Hay una muchacha, se llama Laura Nealon.

—Conozco a la familia.

—Quiero protección para ella.

—¿Quién está detrás de ella, aparte de tú mismo?

—Un inglés que se llama Ronald Bryson, trabaja a veces con los de la Simon.

Bill movía su cabeza con gesto de desaprobación.

—¿Qué te pasa a ti con los ingleses? Te pasas años planeando irte a Londres, y ahora, constantemente, Londres vuelve a ti.

—Tienes toda la razón.

—De acuerdo, Jack, ya sabes cómo funciona esto, de lo contrario no habrías venido. Haré lo que me pides. Pero no necesito recordarte que nada es gratis.

—Quieres decir que quedaré en deuda contigo.

—Exactamente.

—¿Qué quieres?

—¿Quién sabe? Recibirás una llamada pidiéndote un favor. No es algo negociable.

—Ya sé cómo funciona.

—No lo olvides, Jack.

La entrevista había terminado. Me levanté, pregunté:

—¿Qué tal está tu madre?

—Muerta, gracias.

En 1987, un comité de formación policial, en su informe sobre formación de jóvenes agentes, definió por primera vez una filosofía para la policía moderna. Lo que el ciudadano espera de los oficiales de policía es:

Que tengan la sabiduría de Salomón, la valentía de David, la fuerza de Sansón, la paciencia de Job, la capacidad de liderazgo de Moisés, la bondad del Buen Samaritano, la preparación estratégica de Alejandro, la fe de Daniel, la diplomacia de Lincoln, la tolerancia del carpintero de Nazaret y por último un profundo conocimiento de todas las ramas de las ciencias naturales, biográficas y sociales.

Si se tenía todas estas cosas, se podía ser un buen policía. Fragmentos de todo aquello se arremolinaron en mis sueños y dormí hasta el mediodía del día siguiente. Me sentía totalmente agotado. Todos los acontecimientos de los días precedentes habían encontrado una voz y gritaban:

—Ya vale.

Dejé mensajes para Keegan, Laura, Sweeper. A Keegan para decirle: «Gracias». A Laura para decirle: «Vamos a bailar». A Sweeper para decirle:

«Casi lo tengo». Los tres mensajes contenían solamente dos mentiras. Sin cocaína, me había metido en la cama con un ponche caliente y uno de los libros suministrados por Keegan. *Di adiós al mañana*, de Horace McCoy, un clásico de la novela negra, aunque McCoy era conocido sobre todo por *¿Acaso no matan a los caballos?* Cuando me había bebido la mitad del ponche, me quedé dormido. Por lo menos todo lo que se estaba quemando era una bombilla.

Me di una larga ducha, me quité las telarañas de encima. Una ojeada en el espejo. Había llegado la hora de recortarme la barba, lo logré sin un solo temblor, eso sí que era un progreso. Jersey limpio, vaqueros nuevos y me puse a cocinar. En el piso de abajo me encontré un sobre.

Reconocí la escritura: Kiki. Pesaba lo suyo, así que iba a ser algo exhaustivo; café primero. Me sentía bien, no estúpido. Dos rebanadas tostadas con chisporroteantes tiras de beicon. O lonchas, como le había dicho a Keegan. Me lo zampé todo, me serví un segundo café, encendí un pitillo rubio y respiré a Kiki. Abrí la carta:

Querido Jack:

El término metafísica no siempre evoca la misma idea en mentes distintas. En algunas personas, da lugar a un sentimiento de aversión porque para ellos significa especulaciones vagas, afirmaciones incontrolables y una invasión de los límites de la razón que tiene más que ver con la poesía que con la conversación. Otros ven justamente lo contrario en la metafísica, es decir, un esfuerzo extraordinariamente obstinado por pensar de forma clara y convincente. ¿Te ayudaría, Jack, conocer el origen del término? Entre las obras de Aristóteles hay algunos tratados breves que tratan sobre lo que él llama primera filosofía. Estos tratados se unieron en una obra de diez libros, que, según se supone, Andrónico de Rodas en su edición de las obras de Aristóteles llamó la Meta-Física, debido a su colocación después de los tratados de la Física.

¿Te queda claro esto, Jack?

Espero que al menos te quede claro esto otro: me divorcio de ti.

Kiki.

Por la radio, Seamus Heaney está diciendo que Irlanda está de moda. Keegan estaría de acuerdo, aunque su descripción podría ser un poco más pintoresca.

¡He conseguido un nuevo caso!

Estaba tomando un café en Nestor's cuando un hombre se me acercó.

—Señor Taylor, ¿podría concederme un momento?

—Claro, y llámeme Jack.

Otro acento inglés. Esperaba que Bill no se enterara de esto. Tenía más o menos mi edad, aspecto de contable, grandes entradas en la frente y un rostro que simplemente no lograba ser interesante. Iba vestido con pantalones vaqueros y una pesada cazadora. Dijo:

—Soy Michael Tate. ¿Tal vez ha oído hablar de mí?

—No.

—¿O de la FPC?

—Tampoco.

Pareció muy desconcertado, así que añadí:

—Dígame, ¿qué significa?

—Es la Fundación para la Protección de los Cisnes de Galway.

—Oh.

—Es puramente voluntaria. Cuidamos de los cisnes.

—Eso está muy bien.

—¿Ha leído el *Galway Advertiser* últimamente?

—No muy atentamente, no.

—Alguien está decapitando a los cisnes.

—Hostias.

—La policía no tiene tiempo para organizar una investigación. Hemos oído decir que usted consigue resultados.

—No sé. Yo...

—Siete cisnes en dos semanas. Le pagaremos, por supuesto.

—¿Dónde pasan esas cosas y cuándo?

—A primeras horas de la mañana, en la cuenca del Claddagh.

—¿Por qué no reúnen a sus miembros y organizan una vigilancia permanente?

Bajó la mirada hacia sus zapatos. Un par de zapatones de cuero marrones de Dunnes. Yo había estado a punto de comprar el mismo par de zapatos en mi reciente expedición. Dijo:

—La mayoría de nuestros miembros no están precisamente en la flor de su juventud, señor Taylor. Incluso si hiciéramos lo que usted sugiere, la persona que está haciendo esto... bueno, nosotros no podríamos con semejante individuo... o peor, con toda una pandilla...

—¿Cuándo fue el último ataque?

—Hace una semana. Suele transcurrir una semana entre ellos.

—De acuerdo, lo intentaré.

Se levantó, me entregó un sobre.

—Espero que sea suficiente.

Cuando se fue, abrí el sobre. Un único billete de veinte libras. Quise gritar:

—Las bebidas las pago yo.

No inicié la investigación aquella noche. Tenía medio planeado comprar algo de ropa térmica, bajar hasta el Claddagh a primeras horas de la mañana, pero se me fue de la cabeza. Laura tuvo que cancelar nuestra cita de aquella noche. Preguntó:

—Jack, ¿podríamos, por favor, ir a bailar en otra ocasión?

—Claro.

En el libro de John Straley se dice lo siguiente:

«En mi universo hay bebedores y bailarines. Y ambos no deben entremezclarse nunca. Siempre he estado con los bebedores, tímidos introvertidos que hacen observaciones inteligentes sobre la música al mismo tiempo que se burlan de los bailarines. Están consumidos por la envidia».

El plan, como era de esperar, era bastante flojo. Este era el plan: yo iría a un bar tranquilo, me tomaría una copa y me iría tranquilamente a casa. Sí.

Últimamente, mis resacas habían sido manejables. Solamente una ligera náusea y la sensación de fragilidad. Ahora, la repetición fue brutal. Me desperté en el suelo de la cocina, medio pollo verde encima de la mesa. Vomité allí mismo y luego anduve a rastras toda la mañana. Cualquier cosa que intentaba —té, tostadas, agua— simplemente lo echaba por la boca. No era una buena persona. No me sentía nada bien. Un indicio de lo mal que me sentía era la canción que se repetía una y otra vez en mi cabeza. *Bend It*, cantada por Dave Dee, Dozy, Beaky, Mick y Tich. Me acordaba de verles en el *Top of the Pops* de los años sesenta con Davy utilizando un látigo: aun hoy seguía oyendo el sonido del latigazo.

Fui a Nestor's y afortunadamente no me encontré con nadie. No era capaz de sostener una cerilla, no digamos ya una conversación. Jeff estaba reponiendo existencias. Pregunté:

—Antes de nada, dime una cosa, ¿estuve aquí anoche?

Él sacudió la cabeza y yo dije:

—¿Qué significa eso exactamente?

—Te estás yendo a la mierda, Jack.

Podría arremeter contra él, pero necesitaba la cura, pregunté:

—¿Podríamos saltarnos la charla y tomar una cerveza?

Después de eso no hablamos. Me bebí mi cerveza y él siguió trajinando en el bar. Yo había tomado un trago y me había encendido un cigarrillo cuando se abrió la puerta. Y allí que entró Michael Tate hecho una fiera, llevando consigo una bolsa de basura. Gritó:

—Está usted borracho como una cuba.

—Con los enormes honorarios que me ha pagado, tenía que celebrarlo.

Parecía a punto de atacarme, dijo:

—Es verdad lo que dicen, siempre está usted ebrio.

—Esa palabra no se oye mucho últimamente.

Tal era su indignación que no era capaz de encontrar las palabras para expresarla, se conformó con decir:

—Es usted una puta vergüenza.

Decidí esforzarme por calmarle, dije:

—No se enfade tanto, me ocuparé de los cisnes.

—¿Ah, sí? ¿Y me puede decir...?

Alzó la bolsa de basura.

—¿Cómo se va a ocupar de éste?

Lanzó la bolsa contra mí. Me la echó encima. Se abrió y me vi cubierto de sangre, tripas, trozos de cisne. Di un salto y dije:

—Ah, hostias.

Pude oír a Jeff decir:

—¡Eh!

Tate se dio media vuelta y se largó. Jeff se quedó mirando aquel desastre, dijo:

—Hostia puta.

Yo opté por la frivolidad, con el horror a punto de estallarme en la garganta, dije:

—Voy a tener que dejar de llevarme trabajo a casa.

*Acero de cirujano.
Muy dentro de mí
un bloque de hielo
me mantiene fría
me mantiene sana
Corte de diamante preciosa muerte
Destellos del duro acero
en los oscuros huecos
Cristal hecho añicos
Rojo y azul
entran en mi flujo sanguíneo
y avanzan hacia mi
corazón. Acero de cirujano
cortando lo viejo.*

Dolores Duggan

Más tarde, aquel mismo día, quedé con Keegan. Deseaba compañía sin críticas. Tuve que tirar mi ropa. Estaba gastando vestuario como un pequeño Elton John. Pasé una hora en la ducha, intentando borrar el olor de la sangre. Hubo un tiempo en el que, como toda la gente de Galway, a menudo daba de comer a los cisnes. Eso formaba parte de tu historia. Por supuesto, como todas las mejores partes de mi vida, de aquello hacía mucho tiempo. Ahora parecía altamente improbable que algún día pudiera llegar a recuperar ese hábito. En *Stone Junction*, de Jim Dodge, éste dice:

«No sé nada de nada. Eso debe de significar que por fin me he curado y ése es un excelente punto de partida para empezar a volverme loco otra vez».

Eso es.

Recientemente inaugurados, cerca de Hidden Valley, estaban los almacenes Lydl y Argos y, por supuesto, los inevitables apartamentos de lujo. Me crucé con mi vecino, que empujaba un carrito abarrotado con productos de ambos establecimientos. Le dije:

—Con eso tienes para todo el invierno.

—Eso será si no como durante seis meses.

Se quedó mirando los nuevos edificios y dijo:

—Por fin he averiguado la diferencia entre pisos y apartamentos.

Eso sí que había que oírlo, dije:

—¿Ah, sí?

—Claro, si el Ayuntamiento te da uno, es un piso, pero si lo compras, es un apartamento.

—Mira qué bien.

—¿Quieres que te cuente un chiste?

—Eh...

—Un tío entra en la biblioteca, pide una hamburguesa con patatas. La bibliotecaria le responde: «Esto es una biblioteca».

Ya lo conocía. Pero en Irlanda, ni se te ocurra, nunca jamás, estropear una historia. Él ya se estaba riendo, pensando en el final. Yo dije:

—¿Y?

—El tipo habla muy bajito: «Hamburguesa y patatas, por favor».

Lo más probable era que lo contara seis veces más y que le hiciera la misma gracia cada vez que lo contara. Una de las razones por las que había vuelto. Los ingleses cuentan los chistes con una mezcla de disculpa y crueldad. No disfrutan con las carcajadas, sino con la burla. Kiki me había preguntado en una ocasión sobre los chistes irlandeses. La afición inglesa hacia ellos y, sin embargo, la total falta de chistes ingleses. Yo dije:

—Ellos se ríen de lo que temen. Nosotros, sin embargo, no tenemos miedo de ellos.

Se quedó asombrada, preguntó:

—¿Los ingleses tienen miedo de los irlandeses?

—Y hacen bien.

Había quedado con Keegan en Garavan's, para no liarnos. Él iba vestido con un anorak verde, un jersey de lana de Arán y una gorra de fieltro.

Preguntó:

—¿Qué te parece?

—Synge.

—¿Sin qué?

—*El playboy del mundo occidental*^[19].

—He estado en las islas de Arán.

—Jamás lo habría imaginado.

—Eh, tabernero, dos pintas de la negra.

Lo dijo a voz en grito y añadió:

—Aquí ya me conocen.

—Eso no lo dudo.

Se quitó la gorra y dijo:

—Lee esto.

—¿La gorra?

—Dentro tienen un mensaje.

El mensaje decía: «Salud a todos los que usen esto». Llegaron las cervezas y les prestamos toda nuestra atención. Luego dijo:

—He aprendido una palabra nueva.

—¿Y vas a compartirla conmigo?

—Es *chungo*.

—Una palabrita muy útil.

—Bueno, Jack, tú pareces *chungo*.

—Gracias.

Le conté lo de los cisnes. Preguntó:

—¿Cuánto les cobrabas?

—Veinte libras.

—¿Qué? ¿Te estaban pagando por cisne?

—La jodí, Keegan.

—Bueno... pues arréglalo.

—Voy a intentarlo.

Guardó silencio durante un rato. Un Keegan callado es un animal inquietante. Dije:

—No te quedes tan callado.

—Tengo una solución para el asunto de los morenos.

—Morenos no, gitanos.

—Como se llamen. Tiéndele una trampa.

—¿Una trampa?

—Claro. Consigue algunos objetos personales de las víctimas y escóndelos en su casa, se ha largado.

Hice un gesto de desaprobación. Él dijo:

—Venga, Jack, es basura, definitivamente un chico malo. Saca esa escoria de la calle.

—No, no puedo.

—¿Estás seguro de que has sido policía? Vale, yo lo haré por ti. Tu colega, el amigo Sweeper, estará de acuerdo.

—No lo estará.

—¿Qué?

—Es un hombre íntegro.

Keegan se había disgustado, dijo:

—Ésta es otra palabra que he aprendido: *chorradas*.

Tercera cerveza y me dice:

—Me largo.

—¿A la discoteca?

—No, quiero decir que vuelvo a Londres.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

—Ah.

—Me estoy arriesgando a perder mi puesto de trabajo. Ya voy una semana tarde.

—No te vayas.

—Es todo lo que tengo, Jack. Sin ese trabajo no soy nada.

Sabía lo que quería decir. Todos aquellos años más tarde, yo me había aferrado a mi imagen de policía. El único control de realidad que podría colar, uno de los motivos por los que me quedé con el chaquetón

reglamentario. Como dice la canción: «Yo, que nunca tengo nada».

Se puso su anorak, dijo:

—Necesitarás algo para el baile de los cisnes.

Me pasó discretamente un objeto. Fui a ver qué era y dijo:

—Aquí no; métetelo en el bolsillo.

Lo hice, pregunté:

—¿Qué coño es esto?

—Una pistola paralizante.

—Parece una picana para el ganado.

—Igualito pero con unos pocos voltios más.

—¿No son ilegales?

—Por supuesto que sí, como debe ser.

No pensé que lo hubiera comprado en Galway, dije:

—No me vas a decir que has pasado esto por el aeropuerto de Dublín.

Vació su vaso, me lanzó una mirada impertérrita y dijo:

—Mira quién fue a hablar, un tipo que le da a la coca.

Me quedé pasmado, pregunté:

—¿Cómo lo sabías?

—Soy poli, ¿recuerdas? Estás medio colgado, salta a la vista.

—Nunca has hecho ningún comentario.

—Oye, eso es asunto tuyo, por absurdo que sea. Pero créeme, Jack: esa mierda acabará contigo.

—Gracias por el consejo. ¿Cómo funciona esta cosa paralizante?

—Apunta y aprieta.

—¿Es eficaz?

Soltó una risa diabólica; las cabezas se dieron la vuelta para ver de dónde salía ese sonido. Dijo:

—Oh, sí.

Entonces me vino una idea a la cabeza. Pregunté:

—Espera un momento, no tenías intención de dármela a mí, ¿verdad que no?

—No.

—O sea que, hostias, quiero decir, ¿la llevas contigo como si nada?

—¿Qué me quieres decir, Jack?

—Esto es Galway. ¿Qué esperabas encontrar?

—Tu ciudad, muchacho, donde le cortan las cabezas a los cisnes y matan a los gitanos; ya me dirás.

Ante eso no tenía respuesta, así que pregunté:

—¿Qué más llevas encima?

Me ofreció su mejor sonrisa y dijo:

—Oh, no creo que de verdad quieras saberlo.

Tenía toda la razón.

Me ofrecí a despedirle, pero no estaba dispuesto, dijo:

—No, no me gustan las despedidas.

Al final de la noche, estábamos junto a la puerta del Jury's. No quería dejarle marchar. Él dijo:

—Tienes esa mirada, Jack, como si fueras a abrazarme o algo así.

—¿Haría yo semejante cosa?

—Eres irlandés, así que todo es posible.

Quise decir «Te echaré de menos» o algo con un poco de peso. Me conformé con «Cuídate». Pareció a punto de emocionarse también, pero luego hizo un amago de puñetazo y dijo:

—Mantente en contacto, Jack.

Y se fue. Sentí un profundo sentimiento de pérdida, me metí por Quay Street y eché a andar. Las cuatro de la mañana y la calle estaba a rebosar de gente. Un grupo africano le daba de lo lindo a los bongos, luego un hippie tocaba una guitarra sin guitarra. Atrajo mi atención. Dije:

—Qué buen tema.

—Es para Oasis, tío; están acabados.

Había llegado hasta Kenny's cuando dos policías se me acercaron. Les hice un gesto y uno de ellos dijo:

—Vacíe sus bolsillos.

—¿Qué?

—Está usted molestando.

—¿Es una broma? ¿Tenemos a las Naciones Unidas de la música a dos pasos de aquí y ustedes se dedican a fastidiarme a mí?

El segundo hizo un movimiento rápido y los dos me agarraron. Me acordé de que llevaba la pistola paralizante en el bolsillo y pensé:

«La he jodido».

El primero se inclinó para acercarse un poco más a mí y dijo:

—El superintendente Clancy dice que tienes que mirar por donde pisas, Jack.

Luego me golpeó en los riñones, con un puñetazo que yo mismo he propinado en mis tiempos. Es una auténtica putada. Te hace desplomarte como una piedra; no puedes respirar de dolor. Mientras ellos se alejaban tan tranquilos, quise gritar:

—¿Eso es todo lo que sabéis hacer?

Pero no me salieron las palabras. A la mañana siguiente, examiné el moratón en el espejo. Como si un caballo me hubiera coceado. Llevaba una semana sin tomar cocaína y tenía los nervios a flor de piel. Si añadimos el resacón a la lista, me sentía a un paso del depósito de cadáveres. Oí al cartero meter un paquete en el buzón de la puerta. Uno de esos sobres acolchados. Mi nombre estaba escrito en él, pero eso no me decía nada. El matasellos era de Belfast. Me acerqué a la mesa y lo abrí despacio. Luego, sosteniéndolo por el otro extremo, lo sacudí. Una mano cayó encima de la mesa. Retrocedí dando tumbos hasta el fregadero, con las tripas revueltas. Intenté concentrarme mientras los latidos de mi corazón se aceleraban. Miré otra vez, luego me acerqué. Era de plástico. Una nota escrita en su palma decía:

¿Necesitas una mano, Jack?

Sweeper llegó a la hora del almuerzo y dijo:

—¿Qué le ha pasado?

—La policía.

—Ahora ya sabe qué se siente.

Había comprado bocadillos y un termo de té. Yo dije:

—Tengo té aquí.

—Bolsitas de té, son una mierda.

Abrió los bocadillos, dijo:

—Ruibarbo.

—¡En bocadillos! Es una broma, ¿no?

—Pruébelos, le sorprenderán.

—Me quedaré pasmado de asombro. No, gracias.
Él se comió dos seguidos, los engulló. Yo dije:
—Bryson se ha largado.
—Cuénteme qué aspecto tiene. Le hice la descripción. Dijo:
—Le encontraremos.
—¿Cómo?
—Los clanes están repartidos por todas partes.
—Podría estar en Inglaterra.
—Hay más de los nuestros allí que aquí.
—¿Y si no fue él quien cometió los asesinatos?
—¿Por qué ha huido?
—Ése es un buen argumento.
Sweeper se levantó, preguntó:
—¿Cómo está su amigo inglés?
—Se ha ido.
—Mantiene extrañas compañías, Jack Taylor.

Si existía alguna manera de discutir esto, yo no la conocía. Cuando se fue, intenté leer: «El viento se ha llevado las moscas del verano. Dios ha olvidado a los suyos».

Esto era de Nelson Algren, *El hombre del brazo de oro*.
Sonó el teléfono.
—Sí.
—Jack, soy Cathy.
—Hola, Cathy.
—Jeff se ha ido.
—¿Cómo que se ha ido, adónde?
—Ha vuelto a beber.
—Oh.
—¿Sabías que llevaba veinte años sin beber?
—No.
—¿Le encontrarás?
—Lo haré.
—Prométemelo, Jack.
—Te lo prometo.

Raymond Chandler, en un ensayo titulado *El simple arte de matar*, escribió:

«El detective moderno es un hombre relativamente pobre o no sería detective en absoluto. Es un hombre corriente o no podría moverse entre la gente corriente. No aceptará dinero de nadie deshonestamente ni la insolencia de nadie sin la debida y desapasionada venganza. Es un hombre solitario y su orgullo reside en que le tratarás como a un hombre orgulloso o lamentarás profundamente haberle conocido. Si hubiera suficientes como él, el mundo sería un lugar muy seguro donde vivir, sin llegar a ser un lugar tan aburrido como para que no mereciera la pena vivir en él».

Estas palabras resonaban en mis oídos al salir en busca de Jeff. Fui a Nestor's. Detrás de la barra, un tipo al que nunca había visto antes. Pregunté por Cathy y dijo:

—¿Tú eres Taylor?

—Sí.

—Sube, te está esperando.

Tenía un aspecto horrible, la cara estropeada de tanto llorar. Le di un abrazo, dije:

—Todo irá bien, le encontraré.

—Si algo le pasara, Jack...

—No le va a pasar nada. ¿Adónde crees que puede haber ido?

—No lo sé. Nunca le había visto beber. Por lo menos no se ha llevado la moto.

La moto era una Harley. Jeff me había contado sus dos pasiones, las motos y la poesía. Me había enseñado la moto, dijo:

—Es una Soft Tail Custom.

Yo había asentido sabiamente, como si aquello significara algo para mí. Hice que Cathy se sentara, pregunté:

—¿Qué es lo que le ha puesto tan furioso?

—La gente ha estado compadeciéndose de nuestra pequeña enferma.

—Hostias.

—Le he defraudado, ¿verdad, Jack?

No se me daban nada bien estas cosas, pero tenía que intentarlo, dije:

—Él os quiere a esa muchachita y a ti.

—Entonces, ¿por qué se ha puesto a beber?

No lo sabía, dije:

—No lo sé.

Lo que deseaba hacer era dormir durante seis meses y despertarme con buenas noticias. Pregunté:

—¿Quién es el tipo de la barra?

—De una agencia.

—Si estás en un aprieto, yo podría echarte una mano.

Me miró de aquella manera y yo dije:

—Sí, vale, será mejor que me ponga en marcha.

—Dile que le quiero.

—Eso ya lo sabe.

—¿Tú crees?

Llovía a raudales. Como si se tratara de algo personal. Cerré bien mi chaquetón impermeable y pensé:

«A quién se le ocurre pedir a un borracho que busque a otro borracho».

Tenía sentido.

Rastreé primero los lugares más probables. Decidí que tomaría un trago en uno de cada dos bares. Si después de diez bares no le encontraba, no podría hacer nada. Era un plan, por muy horrible que suene. De hecho, visité cinco bares sin beber un trago, pues nadie en sus cabales debería soportarlos. Eran luminosos, ruidosos, caros y hostiles. Pasé a empujones a través de las multitudes de la prosperidad del *tigre celta*. El dinero había comprado toda una nueva pose, una pose de patanismo mercenario. De repente comprendí que Jeff no perdería ni un segundo en estos lugares. Había sido músico, de manera que a continuación visité la serie de locales de música. Hacían publicidad de «Craic agus Ceol». En traducción libre, significa consumición mínima. Para aplicarla, había en la puerta gorilas con micrófono. Dije:

—No me quedará mucho tiempo.

El gorila más grande de todos sonrío a su colega y dice:

—En eso estamos totalmente de acuerdo.

Nada de Jeff.

Me dije:

«¡Piensa! Has sido madero, se supone que eres investigador, ¿adónde podría ir? ¿De qué bar puede haber oído hablar a menudo? ¡Bingo! Sí».

Grogan's, mi antiguo territorio. Prácticamente vivía allí cuando lo llevaba Sean. Luego le mataron y el capullo de su hijo se quedó con el bar. Yo ya no era bienvenido. Llegar a su puerta no era como llegar a casa. Lo habían reformado. Lo que antaño había sido un lugar lleno de atmósfera, se había convertido ahora en otra estampa de basura plástica. Peor aún, habían puesto el hilo musical. Esa cinta que es de Karen Carpenter o de Bay City Rollers o de Ronan Keating abarcando a los dos anteriores. Jeff estaba en una esquina. Un chupito de licor y una pinta de cerveza sobre la mesa. Me acerqué y dije:

—Eh, hola.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Me equivoqué de camino.

Pequeña sonrisa y:

—¿Acaso no es eso lo mismo que nos pasa a todos?

El hijo de Sean no estaba a la vista, así que me pedí una cerveza. Jeff dijo que él se tomaría un Paddy doble. No hice ningún comentario. Cuando me senté, preguntó:

—¿Tienes un pitillo?

Por supuesto que quise decirle: «¿Has vuelto a fumar?», pero sería demasiado redundante. Se lo encendí. Dijo:

—Puaf, esto sabe fatal.

—¿Por qué fumamos? Por placer no será, ¿verdad?

Aspiró el doble de humo, dejó pasar unos instantes y luego dijo:

—¿Me vas a leer la cartilla?

—¡Yo! No lo creo.

—Vale. ¿Has oído hablar alguna vez de Phil Ochs?

—Eh... no.

—Es un cantante folk de principios de los años sesenta, era venerado en Greenwich Village, más grande que Dylan. Luego se echó a perder, se alcoholizó. Terminó durmiendo en la sala de calderas del Chelsea, el mismo hotel donde, unos pisos más arriba, Leonard Cohen ligaba con Janis Joplin. Ochs acabó ahorcándose en el cuarto de baño de la casa de su hermana.

No tenía ni idea de adonde quería ir a parar, así que pregunté:

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Escribió tres grandes canciones: *An Evening with Salvatore Allende*, *Crucifixion* y *Changes*. Lo tenían todo, tío: sentido del humor, política, compasión. ¿Sabes cuántas grandes canciones he escrito yo?

—No.

—Ninguna.

Dejamos que eso flotara alrededor de nuestras cabezas y luego él dijo:

—Una mujer me dijo ayer, haciendo muecas hacia la niña: «Les encanta la música». Como si fueran unas putas mascotas.

Jeff jamás, y quiero decir *jamás*, decía tacos. Prosiguió:

—Otra dice: «Son una gran bendición para un hogar»; y la que más me gusta de todas: «Son todo amor». Hostias, no me puedo quitar de la cabeza la palabra *mongólico*. ¿Soy yo o es que se trata de una palabra fea? ¿Qué pasará cuando tenga que ir a la escuela? ¿Se meterán con ella, la hostigarán como a una retrasada?

Se quedó callado y yo dije:

—Si pasa eso, quemaremos la escuela.

—Dicen que no podrá casarse.

—Jeff, colega, ya vale, ¿qué edad tiene? ¿Tres semanas de vida y tú te preocupas por su matrimonio? Créeme, el matrimonio no es tan importante.

—No puedo soportarlo, Jack.

—Vale.

Me clavó la mirada con cara de cabreo absoluto y dijo:

—Hablo en serio, Jack. No puedo educar a una niña minusválida.

—Pues no lo hagas.

—¿Qué?

—Que la eduques lo mejor que puedas, como Serena May.

—¿Tú crees?

—Claro. No te pierdas en el mundo de la discapacidad mental. No tienes que seguir por ese camino. ¿Tú crees que Cathy y la niña van a sobrevivir si tú desapareces?

Se quedó pensativo y luego preguntó:

—¿Qué tienes pensado hacer conmigo?

—Invitarte a una copa y luego llevarte a casa.

—¿Y si me resisto?

—Tengo una pistola paralizante.

—Probablemente será verdad.

Lo más horrible en aquel momento era que yo deseaba seguir bebiendo. Los demonios rugían en mi interior y pensé que Jeff sería una buena compañía. Pero corté por lo sano, dije:

—Si estás preparado...

—Jack, la bebida, ¿cómo puedes aguantarla? Yo ya me siento fatal.

—La verdad es que no lo sé.

En la subida por Shop Street se tambaleaba un poco, pero por lo demás no estaba demasiado hecho polvo. Dijo:

—¿Sabes que no puede ser monja?

—¿Serena May?

—Sí, no aceptan a nadie con el síndrome de Down.

—Mecachis, vaya tragedia, seguro que estabas deseando que se hiciera monja.

—No, pero te hace pensar.

—Jeff, lo que te hace pensar es que son tan oscuras como las pintan.

El papel de la policía

Hay actualmente unos 11 300 policías dedicados a:

- 1. La prevención del crimen.*
- 2. La protección de la vida y la propiedad.*
- 3. La preservación de la paz.*
- 4. El mantenimiento del orden público.*

Finalmente llevé a Laura a bailar. Como decía Jack Nicholson:

«Mejor habría sido clavarme agujas en los ojos».

Antes de irme a Londres, yo había vivido en el Bailey's Hotel. Tienes que ser de Galway de toda la vida para conocerlo. Bueno, tienes que ser viejo. Nada más salir de Eyre Square, hacia la oficina de turismo, una callejuela a la izquierda y ahí está. La propietaria tenía más de ochenta años. Un viejo diablillo lleno de vida. Una camarera, Janet, era más vieja incluso. En una ocasión me había regalado un rosario. Poco después, yo había matado a mi mejor amigo. No estoy diciendo que exista ninguna relación entre ambas cosas.

Fue Janet quien me habló de los bailes de los sábados por la noche. Sonaba más seguro que una discoteca y la banda actuaba en vivo y en directo. Si se considera que llevar chaqueta deportiva y tener más de cincuenta es estar vivo. Me vestí de manera informal: pantalones negros, camisa blanca y una profunda ansiedad. Quedé con Laura en el Great Southern. Ella preguntó:
—¿Por qué allí?

—Por algún sitio había que empezar.

Ella, como era habitual, no entendía nada de lo que yo decía, pero estuvo de acuerdo. Al cruzar las puertas giratorias, el portero dijo:

—¡Santo cielo, Jack Taylor!

—¿Cómo te va?

No me acordaba de su nombre, así que puse especial énfasis en el saludo. Pareció funcionar, ya que él dijo:

—Maravillosamente. Me habían dicho que te habías ido a Londres.

—He vuelto.

—Eso está muy bien, Jack.

Ocupé un sillón en el vestíbulo, se deja uno hundir en ellos, y ya se siente importante.

Llegó Laura, chaquetón negro y piernas de muerte. Cronometré al portero mientras le echaba una mirada de total aprobación. Me levanté y ella me besó, dijo:

—Hace siglos que no te veía.

Se quitó el abrigo y llevaba un polo negro sobre una falda negra. Dije:

—Caramba, estás guapísima.

—Para ti, Jack.

El portero se acercó y preguntó:

—¿Tu hija, Jack?

—Sí, está de vacaciones.

Laura pidió un jerez y yo un Jameson; para preparar la noche. El portero, intentando arreglarlo, preguntó:

—¿Tal vez estaríais mejor en el bar?

—No.

Le hablé a Laura del Bailey's. Ella dijo:

—Oh, el baile de los sábados. Mi padre solía ir.

Vaya.

Tomamos otra copa y nos levantamos para irnos. El portero me llevó aparte y dijo:

—Jack, no quise decir nada que te molestara.

—Olvídalo.

—No me gustaría estar en el lado contrario de la policía.

No le corregí. Cuando menos, esto demostraba que, contrariamente a lo que suele creerse, los porteros de hotel no se enteran de todo.

La señora Bailey me dio una gran bienvenida, preguntó:

—¿Quién es esta señorita?

—Laura Nealon.

—Ah, ya sé que tiene usted mucho éxito.

Laura fue al servicio y la señora Bailey dijo:

—Oí decir que se había casado.

—No con Laura.

—Eso me parecía. Parece demasiado encariñada con usted como para ser su esposa.

Esto es un halago a la irlandesa en todo su esplendor. Contiene algo agradable, pero también la sospecha de un latigazo. Por lo demás, son cosas que te mantienen despierto. Luego añadió:

—Yo no le descartaría a usted como pareja de baile.

—Yo tampoco.

El grupo no defraudó. Vestían las chaquetas azules de rigor, pantalones blancos. Ninguno de ellos volvería a tener cincuenta años. No es que se rindieran así como así ante la evidencia. No, ya fuera con tupés o con tinte para las canas Grecian 2000, iban ataviados con un pelo oscuro e inamovible. ¿Y los dientes? Tío, tenían unas dentaduras de muerte. Como herederos de las antiguas bandas, tocaban como si les fuera la vida en ello. Lo mejor eran las trompetas, acompañadas con un paso de baile de uno-dos. Por supuesto, un repertorio imponente; cualquier cosa que hubieran oído, lo tocaban... vigorosamente. Desde Roy Orbison, pasando por los Shadows (con un gesto hacia los Eagles) hasta Daniel O'Donnell. Era algo así como las peticiones del enfermo en directo. La fórmula consagrada de toda la vida, además: un ritmo rápido, a gusto de las damas, o sea, rápido. Entremezclado con las intervenciones de un vocalista en solitario.

El escenario se quedaba oscuro, un único foco sobre el cantante. Se ponía de pie, bajaba la cabeza y una voz entonaba:

«Damas y caballeros, Elvis Presley» o Chris de Burgh o incluso Buddy Holly.

El mismo cantante, por supuesto. Tenía ese mismo tipo de voz que no

obtiene ningún voto en el programa *Opportunity Knocks*^[20]. Hacia la mitad de la velada, la banda se tomó un descanso; como todo el mundo, se dirigieron al bar. Como por cuestión de suerte, me encontré de pronto al lado del vocalista. Chorreaba sudor. Dijo con voz jadeante:

—¿Qué tal?

—¿Me permites que te invite a una copa?

—No hace falta, ya estamos invitados.

—Os lo merecéis, es un gran concierto.

—Gracias, es nuestra última antes de la gira.

—¿La gira?

—Sí, Canadá, luego dos meses en Las Vegas.

Intenté no sentir escalofríos, dije:

—Qué suerte.

—Y vamos a sacar un álbum.

—¡Qué bien! ¿Y cómo se va a llamar?

—*Grandes éxitos*.

Tuve la delicadeza de no preguntar:

—¿De quién?

Levantó una bandeja de bebidas y dijo:

—A lo mejor salimos en el programa *The Late Late Show*.

—Mantendré los dedos cruzados.

—Eso sería la bomba.

—Eh, ya sois la bomba.

Eso le encantó. Cuando quise pagar mis copas, me dijeron que el grupo nos había invitado. Hay momentos, infrecuentes como la buena suerte, en los que te sientes contento de estar vivo. Aquél fue uno de esos momentos. Bailé tres veces, conseguí que dos de los bailes fueran lentos. En los bailes lentos puedes dar el pego. Simplemente apretarte bien a ella y no pisarle los pies, algo facilito. Los temas rápidos eran una pesadilla. Intentaba aparentar que sabía lo que hacía. Una mujer me había dicho en una ocasión:

—Aprendiste a bailar en los sesenta.

Es una de esas afirmaciones ante las cuales no haces ninguna pregunta. En modo alguno deseas conocer la respuesta. Laura, por supuesto, era una gran bailarina. Mientras yo me movía torpemente, chorreando sudor por todo

mi cuerpo, una voz en mi cabeza gritaba: «Eres tonto del culo». Cuando nos quedamos inmóviles al sonar el himno nacional, me juré que nunca más. En el paseo de regreso a casa, Laura se colgó de mi brazo y dijo:

—Has estado genial.

Cuando llegamos, sonrió y dijo:

—Puedo quedarme.

Después de hacer el amor, se incorporó sobre un brazo y me examinó. Quise dejar la habitación a oscuras. Sus dedos tocaron el tatuaje y preguntó:

—¿Es un ángel?

—Sí.

—¿Tu ángel de la guarda?

—No lo sé, lo conseguí en una partida de billar inglés.

—¿Ganaste?

—No, perdí.

Una cosa que mi padre me había enseñado era a jugar al billar inglés. Él jugaba en las finales provinciales. Yo aprendí bien. Casi nunca perdía. Hasta mi formación en Templemore. Tuvimos un descanso de un fin de semana y yo me había ido al centro de Dublín. Un salón de billar en Mary Street. Tenía una antigua reputación. Había ganado a todos los demás cadetes cuando nuestro sargento llegó y me desafió a una partida. Entonces ya sabía lo suficiente como para no jugar por dinero, así que nos apostaríamos cualquier otra cosa. El sargento, arremangado, era un derroche de tatuajes. Dijo:

—¿No te parece bien, joven Taylor?

—No es lo mío.

—Bueno, pues si pierdes, te haces uno, ¿qué te parece eso?

Eso está chupado, pensé, y perdí. Y allá que nos fuimos a los muelles. Los salones de tatuaje en aquellos tiempos eran chungos. Entre todos los símbolos horrorosos que tenían para elegir, el ángel era el menos ofensivo. ¿Me dolió...? De la hostia.

«La fábula de otro contigo en la oscuridad. La fábula de otro fabulando contigo en la oscuridad. Y cuánto mejor al final esfuerzo perdido y silencio. Y tú como siempre has estado. Solo».

Samuel Beckett, *Compañía*

Fui al economato del Ejército y la Marina y compré jerséis de cuello alto, además de calzoncillos largos y calcetines térmicos. El dependiente, un jovencito de veintitantos años, preguntó:

—¿Tanto frío espera pasar?

—Allí a donde voy... mucho.

—¿Y dónde es eso, en Siberia?

—No, en el Claddagh.

Al salir, un rostro vagamente familiar dijo:

—¿Qué tal?

Me detuve e intenté reconocerle. Tenía la oreja izquierda perforada con cuatro aretes. Él me ayudó diciendo:

—Yo salía con Cathy en sus días de punki.

—Ah, ya me acuerdo.

—Tú eres el viejo aquel... Taylor... ¿Verdad?

—Gracias.

—Ella decía que eras un tío enrollado.

—Gracias otra vez.

Pensé que iba a intentar sablearme, así que dije:

—Me alegro de verte.

—Oye, ¿quieres unas anfetás?

A punto de decir que no, pensé: «Espera un momento». Iba a tirarme

despierto la noche entera, una ayudita me vendría bien. Dije:

—Claro, dame unas pocas.

Nada baratas. Por supuesto, el adicto que llevaba dentro de mí deseaba zamparse una de inmediato, para ver qué pasaba. Mis dientes se morían de ganas por un poco de coca. Fui a casa y llamé por teléfono a Cathy.

—Jack, ¿cómo estás?

—Voy tirando. ¿Cómo está nuestro hombre?

—Lo está pasando mal.

—Eso es así.

—Pero no ha tomado ningún medicamento ni nada, así que espero que lo haya superado. ¿Tú qué crees?

—Coño, Cathy, no lo sé. Pero tiene mejores bazas que la mayoría.

—¿Jack? Entonces, ¿no intentarás incitarle?

—¿Qué?

—¿Por favor, Jack?

—No, te garantizo que no voy a tentarle.

—Gracias, Jack.

Colgué. Quise hacer un agujero en la pared de un puñetazo. Sonó el teléfono. Ella iba a disculparse. Keegan.

—¿Me echas de menos, colega?

—Por supuesto.

—He hecho algunas otras averiguaciones sobre Bryson, hablé incluso con su madre.

—¿Y?

—Sí, su viejo era un borracho agresivo y maltrató al muchacho de todas las maneras imaginables.

—O sea, que tiene motivos para odiar a los borrachos.

—Sí... pero...

—¿Pero qué?

—No creo que sea nuestro hombre.

—Oh, venga, Keegan, cuando estabas aquí, estabas dispuesto a tenderle una trampa.

—Escucha, Jack, detesto equivocarme. Su madre y otras personas dicen que siempre se atribuía haber hecho cosas para llamar la atención. El

problema es el siguiente: es posible que odie a los alcohólicos, pero también ha hecho un montón de cosas buenas, realmente les ha ayudado.

—Lo siento, Keegan, ese hijo de puta me mandó una mano.

—¿Una mano de verdad?

—No, de plástico. Pero créeme, el susto que me llevé fue de verdad.

—Exactamente, Jack. Ese es el problema. Es un incordio de tío y necesita una buena hostia, eso es todo.

—Keegan, Londres te ha trastornado. Es él.

—Mira, Jack, hay muchas cosas más, yo...

—Tengo que irme, Keegan.

—Jack, venga, piensa en ello.

—Ya lo he hecho. Tengo que irme.

Y colgué.

Londres era así, te metía todo tipo de dudas en la cabeza. Tendría que traerme a Keegan otra vez, a ver si así se aclaraba.

Había esperado no volver a ver nunca el embarcadero de Nimmo. Una tarea abrumadora si vives en Galway y ese lugar es el punto crucial para pasear por el Prom. Ese itinerario es obligatorio. Había ahogado a mi mejor amigo al arrojarle al agua desde allí, con toda premeditación. La mayor aglomeración de cisnes está en el Claddagh, y el embarcadero es el punto central. Solamente hay una manera de acercarse a esos bichos, y es ponerse debajo de un varadero junto al agua. La mayor parte de los días hay gente allí, tirando migas de pan. Los cisnes se reúnen en este lugar donde les dan de comer. Si planeas matar a uno, ahí es donde tienes que hacerlo. Había pasado una semana desde la última matanza, bajé hasta allí a las dos de la mañana. Las luces de la ciudad de un lado a otro de la bahía. Mantuve los ojos apartados del embarcadero de Nimmo, encontré un lugar donde agacharme y protegerme del viento. Con mi ropa oscura, era invisible para los transeúntes. O al menos eso esperaba.

Vestido con mi chaquetón impermeable, ropa interior térmica y guantes, podía soportar el viento. Me puse una gorra de marinero negra con orejeras. Previamente había llenado un termo con café y brandy. En el agua resonaban ecos de música y carcajadas. Di un sorbo al termo. Me dolían las piernas por la rigidez e hice algunos ejercicios para desentumecerlas. A las cuatro, empecé a sentirme agotado y me tomé las anfetaminas. Durante veinte minutos, nada; supuse que aquel tipo me había vendido basura. Bueno, se iba a enterar de lo que vale un peine. A continuación, me sentí catapultado de arriba abajo por un estallido de energía. ¿Colocado? Me sentía en el hiperespacio. Por mi mente cruzó la frase «Las anfetaminas matan», e inmediatamente después esta otra: «¿Y a quién coño le importa?». Mi corazón se aceleraba a cada segundo y me estaba encantando. Cuando las

palpitaciones a gran escala te colocan, tienes un serio problema.

Porque aquello era un verdadero colocón. Me sentía capaz de doblar barras de hierro con los dientes. Se me apareció con toda claridad la inspiración para una novela y la escribí a toda velocidad en un suspiro. Quise gritar:

—Va a ser un clásico.

Seguí pegando brincos como Johnny Rotten^[21] en su apogeo. Subí hasta la carretera, suplicando que apareciera el asesino de los cisnes. No lo hizo. A las ocho en punto, la hora límite, me marché a casa. Sentía el rostro crispado y los extremos nerviosos a flor de piel. Un lechero dijo: «Buenos días», y yo bramé: «BUENOOOS DÍAAAS». Trate de refrenarme, pero grité también a un cartero y a un barrendero. Tardé dos horas en llegar a casa mientras mis pies me obligaban a echar carreras de cien metros. Cuando por fin llegué a casa, subí y bajé las escaleras como un loco. ¡Con la ropa interior térmica puesta! El bajón, cuando me vino, fue desagradable y brutal. Me desplomé sobre el sofá, totalmente hundido. Fijé la vista en el reloj y vi que era mediodía. Murmuré:

—No, mediodía no.

Seguí durmiendo hasta las diez de la noche. Cuando me desperté, me dije:

—Lo tuyo no son las anfetetas.

Probé todo el ritual de la recuperación: ducha, comida, café, ropa limpia. Apenas noté mejoría en los efectos secundarios de las anfetetas.

Al llegar la medianoche, volví a hacer los preparativos. Cuando acabé, me miré en el espejo. Nada bien. La piel de la cara era gris y los ojos delataban unos lejanos puntos de locura. Fui otra vez al Claddagh, arrastrando los pies. Pasara lo que pasara, no volvería a usar las anfetetas. Ocupé mi puesto apoyado contra el muro justo cuando empezaba a llover torrencialmente. Si el atacante aparecía, lo más que podría hacer era insultarle. Pero no apareció. Me adormilé, lo justo para tener pesadillas. Hacia las cuatro, me desperté con dos cisnes picoteando mis pies. Grité:

—¡... fuera, hostias!

Soltaron una especie de silbido, como si estuvieran dispuestos a atacar. El sonido que hacen es verdaderamente intimidatorio. Me esforcé por quedarme quieto y finalmente se alejaron. Mi simpatía por estos animales se estaba

esfumando rápidamente. A primeras horas de la mañana, estaba calado hasta los huesos y me sentí deprimido.

Los cisnes estaban empezando a acojonarme. En la penumbra parecían tan amenazadores. Bebí a menudo del termo, rezando para que el brandy me ardiera por dentro. En cuanto empezó a amanecer, juré:

—Se acabó; he terminado con esto.

A las nueve, me levanté de mi vigilia y subí agotado hasta el sendero. Sentí un espasmo de vértigo y apenas fui capaz de llegar hasta el banco. Intenté encender un cigarrillo, pero estaban empapados. Al poco rato escuché:

—¿Jack Taylor?

Me volví y me encontré con el tipo de los cisnes. Hice un gesto de saludo con la cabeza y él dijo:

—Dios mío, tiene usted un aspecto horrible.

—Es mi disfraz.

—¿Ha pasado aquí toda la noche?

—Sí.

Señaló a las casas que había detrás y dijo:

—Mire, yo vivo allí mismo... en St. Jude's. Le prepararé un desayuno, puede darse una ducha caliente.

—No, estoy bien.

—Quisiera disculparme por perder los estribos el otro día. Ahora veo que es usted una persona con conciencia.

Me puse en pie y dije:

—Tengo que irme.

Extendió su mano, dijo:

—Gracias por ayudarnos.

Había caminado unos cien metros cuando gritó:

—Me ocuparé personalmente de que se le pague otra libra más.

Sentí la tentación de exclamar:

—Rebosante está mi copa^[22].

Pero no era más que «un idiota inofensivo», como se suele decir en Irlanda, así que me limité a saludarle con la mano. Tenía que encontrar un blanco más apropiado para mi cabreo.

Laura vino a verme la noche siguiente. Había comprado comida china y nos dimos un pequeño festín. Con expresión tímida, dijo:

—He comprado vino.

—Excelente.

—No entiendo nada de vinos.

—Yo tampoco.

Gran sonrisa.

—Eres un hombre maravilloso.

—A ver, ¿qué has traído?

—Beaujolais, ¿está bien?

—Perfecto.

Más tarde, dijo:

—La otra noche pasó algo extraño.

—Cuéntame.

—Salí a tomar una copa con Vicky... ya sabes, mi amiga.

—Claro.

—Bueno, pues estábamos en Busker's y esos dos tipos se pusieron a molestarnos, no nos dejaban en paz. El caso es que, cuando salimos de allí, intentaron agarrarnos en la calle. Entonces, salió un hombre de no se sabe donde y...

Abrió muchísimo los brazos.

—¡Pam! Hizo chocar...

Dio una palmada con sus manos.

—... sus cabezas, los estrelló contra la pared. Se volvió hacia nosotras y dijo: «Señorita Nealon, ya puede marcharse sin problemas». Nos quedamos alucinadas.

Pensé que Bill estaba cumpliendo su palabra, solamente me quedaba esperar que, cuando llegara la hora, yo pudiera cumplir la mía. Dije:

—Los buenos ciudadanos de Galway cuidan unos de otros.

—Oh, ¿no es nadie que tú conozcas?

—¿Yo? No.

¿Qué iba a decirle, que había contratado protección? No, mantendría la información sobre ese trato dentro de los límites de lo estrictamente necesario. Ella no tenía ninguna necesidad de saberlo. Levanté mi copa y

dije:

—*Sláinte.*

Mi tercera noche agazapado contra la pared. Una lluvia torrencial me alcanzó de lleno. Los cisnes estaban acurrucados en la orilla; me sentía como atrapado en un episodio de la serie *En los límites de la realidad*, rodeado para siempre de cisnes imprevisibles. Había decidido interrumpir temprano esta vigilia, tal vez largarme a casa a las cinco. Justo después de las cuatro, una figura se detuvo junto al muro, directamente encima de donde yo estaba. Podía oír una respiración agitada, como asma o algo parecido. Estuve atento mientras se acercaba al varadero...

Y descendía.

Todo lo que pude distinguir fue un abrigo largo, botas de goma y, luego, un destello metálico. Un machete.

Empezó a avanzar hacia el agua. Yo me levanté, intentando aliviar el dolor de mis articulaciones. Pude oír sonidos idénticos dirigidos a los cisnes. Los estaba llamando. Eso me asustó más que ninguna otra cosa. Dos de las aves se estaban acercando. El tipo levantó el cuchillo. Yo dije:

—Eh, capullo.

Se dio la vuelta y yo me acerqué más. No podía tener más de dieciséis años, el pelo rubio muy corto, una cara corriente, sin ningún rasgo que la distinguiera de cualquier otra cara, hasta que veías los ojos. Una vez leí la descripción que Hemingway hizo de Wyndham Lewis. Decía que tenía «*los ojos de un violador profesional*». Aquí estaban. Dijo:

—Lárgate de aquí o te rajo.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Por mis exámenes.

—¿Qué?

—Lucifer me dará todos sobresalientes a cambio de dieciocho cabezas.

—¿Dieciocho?

Puso una expresión de irritación y escupió:

—Seis seis seis, el número de la bestia.

—Hostia.

Eché a correr hacia mí. Le dejé acercarse, luego le golpeé con la pistola paralizante. La corriente eléctrica le hizo dar un salto y caer en el agua. Me quedé asombrado de su potencia. Mientras el crío se revolvía en el agua, se me pasó por la cabeza dejar que se ahogara. Luego los cisnes se dirigieron hacia él. Tuve una verdadera batalla para que se apartaran mientras le sacaba a rastras del agua. Me tomé un segundo para recuperar el aliento y luego cargué con él sobre mi hombro. Se dedicó a lloriquear mientras yo me dirigía hasta la carretera. Aporreé la puerta de St. Jude's hasta que se encendió una luz. Tate la abrió y exclamó:

—Oh, Dios mío.

—Aquí tienes a tu asesino de cisnes.

—¿Qué se supone que debo hacer?

Dejé caer el crío al suelo y dije:

—Mejor será que lo hagas rápido, lo que quiera que sea, porque me da la impresión de que los cisnes le han arrancado un ojo.

Me di la vuelta y eché a andar. El gritó:

—¿Adónde vas?

—A tomarme una cerveza.

La crónica salía en primera página:

HÉROE LOCAL

El ciudadano de Galway Jack Taylor ha contribuido a detener a la persona sospechosa de matar a los cisnes. En las últimas semanas los residentes del Claddagh se han sentido indignados por los ataques.

Un portavoz del barrio ha declarado: «Los cisnes forman parte de nuestro patrimonio».

El señor Taylor, expolicía, había organizado una vigilancia a lo largo de varias noches. Se cree que el presunto perpetrador es un joven adolescente del barrio de Salthill. El superintendente Clancy, en una breve declaración, ha dicho:

«La policía está cada vez más preocupada por la falta de respeto de los jóvenes hacia las instituciones de dominio público. No toleraremos el vandalismo gratuito».

El superintendente pidió a los padres que jueguen un papel más activo en la supervisión de los jóvenes adolescentes. El señor Taylor no ha hecho declaraciones.

Por fin había resuelto un caso. Sí, lo había conseguido.

¿Me sentía bien? Y una mierda. Me abrumó una sensación de desolación. ¿Una nube de inconsciencia...? No del todo. Era consciente y no me servía de consuelo. La sensación de vacío se agarró a mis tripas como una palpable sensación de pánico. Tenía que volver a lo esencial, a los libros. Leí como si me fuera la vida en ello. En 1991, me topé con David Gates, su primera novela, *Jernigan*, un libro que no cuenta con muchos adictos. El narrador es un borracho, beligerante, chalado. Crucificado por su propia ironía, sigue unos derroteros de análisis retorcido. Muestra el horror de los suburbios estadounidenses. Se lo presté a unas cuantas personas que lo aborrecieron. Yo preguntaba:

—¿Y qué me dices del humor?

—Estás tan enfermo como Jernigan.

Un argumento válido. Me sentí reconfortado, no obstante, cuando quedó finalista para el Pulitzer. Me dispuse a leer su colección de cuentos titulada *Maravillas del mundo invisible*. En «Star Baby», un homosexual deja la gran ciudad para irse a vivir a su ciudad natal, para verse proyectado como figura paterna de su sobrino en proceso de desintoxicación.

«Casi siempre evita llevar a Deke a restaurantes, no porque pareciera su catamita, sino porque ambos parecen tan solos en el mundo».

Pensé: qué gran palabra, «catamita»^[23]. Un poco difícil de insertar en una conversación cotidiana, pero nunca se sabe. El siguiente relato era «El loco pensamiento». Una mujer pierde a su verdadero amor y vive irritada una vida

urbana junto a un marido amargado.

«No hay nada malo en John Le Carré», dijo Paul. «Le prefiero mil veces antes que al puñetero John Updike. Si es que de juanes hablamos».

Sonó el timbre de la puerta. Yo dije:

—Mierda.

Y me levanté para abrir. En un principio no le reconocí, luego:

—Superintendente Clancy.

Iba de paisano, vestido con un traje de tres piezas. Un artículo que se vendía muy bien en Penney's tres años atrás. Preguntó:

—¿Puedo pasar?

—¿Traes una orden?

La expresión de su cara se enturbió y añadió:

—Es broma. Pasa.

Le llevé a la cocina, pregunté:

—¿Quieres tomar algo?

—Té, un té me sentaría muy bien.

Se acomodó en una silla, como si padeciera una reciente lesión de espalda. Inspeccionó la habitación, dijo:

—Un lugar cómodo.

No me pareció que eso requiriera una respuesta. Le observé detenidamente. Al principio de conocerle, era tan flaco como un mondadientes. Habíamos sido amigos íntimos. De eso hacía mucho tiempo. Su estómago se le salía de los pantalones. Bolsas de grasa le cerraban prácticamente los ojos, tenía la cara de color escarlata y respiraba con dificultad. Le serví el té en una jarrita y dije:

—Se me han acabado las galletas.

Me ofreció una sonrisa de lobo, dijo:

—Hay que felicitarte.

—¿Por no tener galletas?

Negó con la cabeza, dijo:

—El asunto de los cisnes. Eres la comidilla de la ciudad.

—Fue todo cuestión de suerte.

—El otro asunto, lo de los gitanos, ¿lo sigues investigando?

—No, no llegué a ninguna parte. Un par de tus chicos me zurraron hace poco, me dijeron que tú se lo habías ordenado.

—Ah, Jack, los jovencitos, se toman las cosas con demasiado entusiasmo.

—Bueno, entonces, ¿por qué estás aquí?

—Por motivos puramente sociales. Hace mucho tiempo que nos conocemos.

Y todo ese conocimiento era chungo. Se levantó, sin tocar el té.

—Hay una cosa.

—¿Ah, sí?

—Bill Cassell, nuestro caso duro local, harías bien en mantenerte lejos de él.

—¿Es una advertencia?

—Jack, te estás volviendo paranoico. Solamente te estoy transmitiendo un recado amistoso.

—Yo también tengo una palabra para ti... catamita. Búscala en el diccionario, te sentirás reconfortado.

Al salir a la calle, un coche se acercó despacio, un policía salió y abrió la puerta trasera. Yo dije:

—Impresionante.

—El rango tiene sus privilegios.

Le lancé una miradita y dije:

—Eso salta a la vista; eres un hombre de peso.

Había estado leyendo a Derek Raymond de nuevo, y anoté:

La nata y la flor

Me parece a mí que, al margen de que te cases, te establezcas o vivas con un pájaro o no, algunos simplemente llevan tu número con ellos, como bombas en la guerra; y aunque resulte que a ti ellos no te gusten tanto, no hay nada que puedas hacer al respecto... a menos que estés dispuesto a pasarte toda una vida discutiendo sobre el destino de la existencia, lo cual tú probablemente harías si lo intentaras, pero yo no soy de ese tipo.

A lo largo de los días siguientes, permanecí fuera de juego. Había sucedido la cosa más asombrosa. Había reducido el consumo de alcohol. El feroz deseo de cocaína había disminuido. Ahora solamente sentía un dolor tenue y tolerable. Tenía miedo de que, si salía a la calle, todo mi tinglado nervioso se desplomaría. Leí unas páginas de Merton en una inútil búsqueda de alimento espiritual. Y no encontré ninguno.

A decir verdad, ahora me irritaba de la hostia. Esto era normalmente el prefacio de una borrachera de brutales intenciones. Cuando Laura llamó por teléfono, dije:

—Cariño, tengo gripe.

—Iré a cuidarte.

—No, no, espera a que se me pase.

—Quiero verte, Jack.

—No, enfermo no.

—No me importa.

—Joder, de cuántas maneras tengo que decírtelo: no quieres verme enfermo.

—No me importa.

—A mí sí. En cuestión de tres días, estaré bien.

También ella me fastidiaba. Me habría costado mencionar algo o a alguien que no lo hiciera. El segundo día de reclusión sonó el timbre de la puerta. Al abrirla me encontré con uno de los del clan. Le había visto con Sweeper. Dije con brusquedad:

—¿Qué pasa?

—Sweeper me ha pedido que compruebe si está usted bien.

—Ya lo has comprobado, adiós.

Intenté cerrar la puerta. Extendió la mano, dijo:

—Yo soy Mikey, ¿podría entrar un momento?

—Un momento, eso es todo; el reloj ya está contando los segundos.

Entró, miró a su alrededor. Pregunté:

—¿Qué es lo que buscas?

—Nada. Lo ha dejado bien.

Tenía una manera de hablar estudiada, como si saborease cada palabra.

Preguntó:

—¿Podría darme un vaso de agua?

Se lo di y se lo bebió de un trago. Dijo:

—Tengo una sed terrible. Deben de ser las lonchas de beicon que me tomé para desayunar.

—Mikey, ¿por qué tengo la sensación de que tienes un plan?

—Yo antes vivía aquí.

—Sweeper dijo que era una familia.

—No, sólo yo.

—¿Por qué te fuiste?

—Sweeper me trasladó para dejárselo a usted.

Encendí un cigarrillo, expulsé humo azul hacia él. Dijo:

—Ah, está cabreado.

Apretó el vaso, dijo:

—No me importaría si se lo hubiera ganado.

—He encontrado al sospechoso más probable.

—Y está... ¿dónde?

Ya estaba bien, dije:

—Ya está bien. ¿Hay algo más?

—No. ¿Puedo llevarme prestados algunos libros?

—¿Pero tú lees?

—¿Usted cree que los gitanos no leen?

—Déjame tranquilo, anda. No tengo humor para juegucitos de persecución.

No se movió, dijo:

—¿Entonces, los libros?

Me acerqué a la puerta, dije:

—Apúntate a la biblioteca.

Se quedó plantado en el escalón, dijo:

—¿No me va a dejar ningún libro?

—Cómpratelos.

Y le di con la puerta en las narices. Volvió a sonar el timbre y abrí la puerta de golpe, dispuesto a pelearme. Era mi vecino. Dije:

—Oh.

En sus mejores momentos, tenía aspecto de borde. Ahora daba la impresión de que le hubieran dado una buena paliza. Sostenía una botella en la mano, dijo:

—Poitin.

—Eh... gracias... imagino.

—Compré una tarjeta de «rasque y gane».

—¿Ganaste mucho?

—Llevo una semana dándole caña.

—Tanto, ¿eh?

—Anoche estuve en un bar humano.

—¿Un qué?

—Abres la puerta y todo el mundo canta... «*Sólo soy un ser humano*».

Levanté la botella. El líquido era tan transparente como el cristal. Dije:

—El McCoy auténtico.

Se estremeció, dijo:

—Puedo dar fe de ello. La destilería está en Roscommon.

—Yo creía que la pasma lo tenía muy controlado.

—El que me lo vendió era un madero.

—Eso es toda una garantía.

—La mejor de todas.

«... está claro para mí que la oscuridad que siempre me he esforzado por reprimir es en realidad mi asociación más inquebrantable...».

Samuel Beckett, *La última cinta de Krapp*

Otro día de hibernación. En la radio, por alguna razón, están transmitiendo una entrevista con Mohammed Ali. Solamente la escucho a medias hasta que oigo decir:

«El hombre que a los cincuenta ve el mundo tal y como lo veía a los veinte, ha perdido treinta años de su vida».

Paso de ese capullo.

Joder.

Me imagino que ha llegado la hora de volver al crimen, al menos dentro de los márgenes de los libros. Me meto de cabeza en Lawrence Block; tengo que leerle a toda pastilla, ya que Matt Scudder, su protagonista, habla extensamente sobre la recuperación del alcoholismo. Un terreno de lo más resbaladizo. Peor aún, en un momento determinado, describe la diferencia entre un alcohólico y un yonqui. Con la nube de anfetás y coca sobre mi cabeza y una botella de poitin en el aparador, estoy entre la espada y la pared. Pues vaya novedad. Puaf. Escribe:

«Enseñad a un yonqui de los de verdad el Jardín del Edén y dirá que lo prefiere oscuro y frío y miserable. Y que quiere ser su único habitante».

Me levanté, encendí un cigarrillo, no estaba disfrutando de este pasaje. Puse *Flame*, de Johnny Duhan. El disco perfecto para mi estado fragmentado. Al llegar al tercer tema me empieza a dar el bajón y dije:

—Vale.

Y vuelvo con Block.

«La diferencia entre el borracho y el yonqui es que el borracho te robará la cartera. El yonqui hará lo mismo, pero luego te ayudará a buscarla».

Dejé el libro a un lado y dije:

—Ya está bien, ha llegado la hora de largarse de aquí.

Y eso hice, para mi desgracia.

Al pasar por el GBC, pensé en mi última reunión allí con Keegan. Me dio

el antojo y entré, pedí un capuchino doble y un cruasán de almendras. Pedí a la camarera:

—No le eches canela. Se quedó asombrada, dijo:

—¿Cómo puede beberlo sin eso?

—Con gran placer, ¿vale?

Tomé asiento junto a una ventana, dejé que el mundo pasara de largo. Corté un extremo del cruasán y empecé a masticar. ¿Estaba bueno? Estaba divino. Me ayudaba a mantener a distancia el deseo de tomar coca. Una mujer se acercó, dijo:

—Usted es Jack Taylor.

A medio mordisco, logré decir:

—Sí.

—¿Podría concederme un minuto?

—De acuerdo.

Tenía cincuenta y bastantes años, pero se conservaba bien. Vestía el tipo de traje popularizado por Maggie Thatcher. Lo cual me sugirió una cosa: «Ten cuidado». Se sentó, clavó sus ojos en mí y preguntó:

—¿Me conoce?

—No, no, no la conozco.

—Soy la señora Nealon, la madre de Laura.

Le extendí mi mano y ella la observó con desprecio, dijo:

—Tenemos más o menos la misma edad, ¿no le parece?

La espuma de mi café se estaba esfumando. Opté por el toque frívolo, dije:

—Diez años más o menos.

Mala idea. Se abalanzó:

—No creo que precisamente Laura sea de su misma edad, ¿usted cree que sí?

—Señora Nealon, no es nada serio.

Sus ojos echaron fuego.

—¿Cómo se atreve? Mi hija está enamoradísima.

—Creo que le está dando demasiada importancia.

Se levantó y dijo en voz bien alta:

—Déjela en paz, asqueroso viejo verde.

Y salió de allí como una tromba.

Todas las miradas del local estaban fijas en mí, rebosantes de recriminación. Miré el bollo, enroscado sobre sí mismo, pensé:

«Demasiado dulce, realmente».

El capuchino se había echado a perder por completo.

Mientras salía de allí con el rabo entre las piernas, recordé unos versos de Borges que a Kiki le gustaba citar:

«Ah, si en esa mañana hubiera olvido».

Intenté decirme a mí mismo el viejo dicho de Galway:

«El GBC es para los paletos. Para ellos y para los viajantes de comercio».

¿Colaba? No me lo creía ni yo.

Llamó Laura y dijo:

—Estás mejor.

—¿Qué?

—Tu gripe, ha desaparecido.

—Ah, sí.

—Qué contenta estoy. Te he comprado una tarjeta para desearte que te mejores, tiene un dibujo de Snoopy, y ni siquiera sé si te gusta. Oh, Jack, hay tantísimas cosas acerca de ti que me muero por saber. Me paso a verte ahora mismo.

—Laura... yo... eh... escucha... no voy a verte.

—¿Quieres decir hoy?

—Hoy y... cualquier otro día.

—¿Por qué, Jack? ¿He hecho algo mal? He...

Tenía que cortar esto, dije:

—He conocido a otra persona.

—Oh, Dios, ¿es guapa?

—Es más mayor.

Y colgué.

Bien sabe Dios que sentirme mal ha sido la piel que he llevado puesta casi toda mi vida. Allí plantado, con el teléfono muerto en la mano, me sumergí en nuevas profundidades. Fui al aparador, saqué el poitin y sonó el timbre de la puerta. Dije:

—Joder.

Me acerqué a la puerta dando fuertes pisadas y la abrí violentamente. Era Brendan Flood, expolicía, chiflado religioso, gran maestro de la información. Apretando los dientes, dije:

—Ya he dejado limosna en misa.

Tardó un rato en reaccionar y luego dijo:

—No estoy pidiendo.

Salí, me coloqué detrás de él y examiné la puerta. Se me quedó mirando inquisitivamente. Yo dije:

—Pensé que a lo mejor había aquí un letrero que decía: «Convención de gilipollas».

Entramos, le invité a pasar al salón. El poitin relumbraba como una luz de neón en la cocina. Hice un gesto hacia el sofá y se sentó. Llevaba consigo un maletín desvencijado que dejó sobre sus rodillas. Dijo:

—Tienes mejor aspecto, Jack.

—Vida sana.

—Nuestras oraciones están dando resultado, aleluya.

—¿Qué quieres?

Abrió el maletín y empezó a remover papeles, dijo:

—Tendrás conocimientos de psicología forense.

—No muchos.

—A pesar de la falta de interés de la policía por la matanza de aquellos

jóvenes, un forense se sintió lo suficientemente intrigado como para hacer su propio estudio.

—¿Sobre todos los cuerpos?

—Sí.

—¿Por qué razón haría tal cosa?

—Está escribiendo un libro.

—¿Y tú... de qué le conoces?

—Está en nuestro grupo de oración.

—Ah, claro.

—Estas son sus conclusiones.

El asesino es un varón, treinta y pocos años. Soltero, hijo único. Coeficiente intelectual muy elevado. Habilidoso con las manos. Conduce una furgoneta reacondicionada. De niño, posiblemente habrá matado o torturado animales. Aprendió muy pronto a encubrirse. Al hacerse mayor, habrá tenido pequeños roces con la ley, pero ha aprendido con cada error. En alguna etapa, probablemente habrá intentado una agresión grave contra otro varón. Cuando se encuentra uno con él es amable, habla bien, es educado, pero no siente nada. Simplemente está ausente. No siente ningún remordimiento. Sus características son los aires de grandeza y la hostilidad oculta. En términos psiquiátricos, sufre un trastorno de personalidad narcisista y un deficiente control de sus impulsos. La violencia es inevitable. La gratificación sexual se produce con la primera muerte. Después será incapaz de parar.

Flood hizo una pausa, preguntó:

—¿Me podrías dar un vaso de agua, por favor?

Parecía talmente Richard Dreyfuss en *Tiburón*. Le llevé el agua, jugué con la idea de echarle unas gotitas de *poitin*, pero desistí. Al pasarle el agua, le temblaba la mano. Yo dije:

—Hostias, esta mierda realmente te afecta.

—Por favor, no blasfemes. Es cierto, el mal me perturba profundamente.

Me senté, encendí un cigarrillo, dije:

—Es realmente impresionante, pero ¿adónde nos lleva? Ya sé quién es el asesino.

Bebió un buen trago de agua y dijo:

—Ah, el señor Bryson. Por eso he venido. No estoy seguro de que encaje en el perfil.

—Perfil, chorradas. ¿Dónde te crees que estás? ¿En Quantico^[24]? Despierta. Eres un expolicía sin futuro, que juega a los detectives. Créeme, sé lo deprimente que eso puede llegar a ser. Tú rezas, yo bebo y tal vez alguien tenga piedad de nuestras miserables almas.

Se quedó pasmado ante mi arrebato. Volvió a sentarse en el sofá como si le hubiera golpeado. En cierto sentido, eso era lo que había hecho. Dejó pasar unos instantes y luego dijo:

—No era consciente de la profundidad de tu amargura. Lamento tu desesperación.

—Vale, Flood, para el carro. No quiero que me compadezcas.

Respiró profundamente y dijo:

—Jack, estas evaluaciones son inquietantes en su precisión.

—¿Y qué?

—Si fuera Bryson, no habría huido.

Me levanté y dije:

—Es él.

Se levantó, suplicó:

—Jack, escúchame, por favor. Tienes a ese amigo tuyo, el policía inglés, pídele que compruebe los antecedentes de Bryson, que vea si coincide con el perfil.

—¿Alguna cosa más?

—¡Jack!

Hice un gesto hacia la puerta, dije:

—Dile a tu amigo que compraré su libro.

—Tienes un corazón duro, Jack Taylor.

—Eso me han dicho.

Y cerré la puerta.

El teléfono sonó continuamente aquella tarde. Me importó un rábano. Yo estaba en el otro extremo de lo mejorcito de Roscommon.

«Ese día empezarás a poseer la soledad que tanto has deseado. No me preguntes cuándo será o dónde o cómo. En una montaña o en una prisión, en un desierto o en un campo de concentración. No importa. Así que no me preguntes, porque no te lo voy a decir. No lo sabrás hasta que no estés en ella».

Thomas Merton, *La montaña de los siete círculos*

Existen pocas pesadillas que puedan compararse con las que provoca el *poitin*. A principios de los años sesenta, se dio a conocer un clásico de la canción quejumbrosa titulado *Tell Laura I Love Her*. El tipo de la canción se mata con su moto mientras grita esas palabras: *Decidle a Laura que la quiero*. Eso fue lo que soñé. El tipo era Jeff montado en su Harley y mi Laura decía mi nombre. Yo aparezco cubierto de entrañas de cisne y Clancy se acerca a mí con un machete. Me desperté en el jardín trasero de la casa, con la lluvia cayendo a raudales sobre mi cuerpo. Ni idea de cómo había llegado hasta allí. La botella de *poitin* se había estrellado contra el muro de atrás.

Me arrastré hasta la entrada delantera y vomité a cascadas sobre mi ropa empapada. Me abrasaba una terrible sed. Conseguí ponerme en pie y despojarme de la ropa arruinada. La metí a presión en la lavadora y puse la temperatura al máximo. Luego tuve que abrirla a la fuerza, desparramando el agua por el suelo, para meter el detergente. La cerré a patadas. Entré en la cocina y encontré una lata de Heineken, me corté los dedos intentando abrirla. Murmuré:

—Gracias, Dios.

Me bebí la mitad de un trago y vomité otra vez. Subí las escaleras de dos en dos y me metí en la ducha. Permanecí cinco minutos bajo el agua

hirviendo, me sequé lentamente, me dolían todos los músculos. No hay nada que te deje tan absolutamente machacado como ese *uisce beatha*^[25]. No me extraña que los de Connemara beban jerez como penitencia durante cuaresma. Me puse unos vaqueros y una camiseta. Vi horrorizado que la camiseta tenía una inscripción. Cuando por fin conseguí centrar la vista, leí: «Soy un pedorro».

Hostias.

Me tumbé en la cama y me quedé dormido. No me desperté hasta avanzada la noche. Más pesadillas. Me incorporé sobresaltado, con violentas palpitaciones. Había vuelto a vomitar, así que arranqué las sábanas de un tirón. Otra ducha, sintiéndome un poco menos espantosamente mal. Bajé las escaleras en busca de otra cura. Ni una gota: *zilch, nada*, nada en absoluto. Había acabado con todo lo que tenía en la casa. Tendría que salir. Último par de vaqueros, jersey y mi chaquetón de policía. Lo abotoné hasta arriba mientras mi organismo sufría un espasmo de hielo. Un frío absolutamente mortal. Sonó el teléfono y estuve a punto de no responder. De no haberlo hecho, me pregunto si las cosas hubieran ido por otros derroteros. Probablemente no, pero no puedo dejar de preguntármelo. Levanté el auricular y dije:

—¿Diga?

—Jack, soy Sweeper.

—¿Sí?

—Le hemos pillado.

—¿Qué?

—En Athlone, trabajando con la gente sin hogar.

—Hostias.

—Pregunta por usted.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Quiere verle?

—Eh... vale.

—Mando a Mikey a buscarle.

—Dígale que estaré en Nestor's.

—De acuerdo.

Me fui al bar. Jeff estaba detrás de la barra, parecía en forma y bien de

salud. El centinela estaba en su sitio y dijo:

—Salvador de los cisnes.

Le ignoré. Jeff dijo:

—No tienes muy buen aspecto, Jack.

—¿Alguna otra novedad? Tú, sin embargo, estás radiante.

—Gracias a ti, colega. Te debo una.

—Sí, vale, dame una cerveza y un chupito.

Durante una fracción de segundo dudó, y yo dije:

—¿Qué?

Sirvió las bebidas. El centinela volvió a intentarlo:

—Eres un héroe, Jack Taylor.

—Vete a la mierda.

Jeff puso las bebidas sobre la barra y dijo:

—Te invito.

Saqué mi dinero y dije:

—No, gracias.

Agarré las bebidas con las manos temblorosas y tuve que volverlas a dejar sobre la barra. Jeff iba a ayudarme, pero me vio la cara y se echó atrás. Agarré el chupito con las dos manos y me lo bebí de un trago. El centinela estaba hipnotizado. Yo dije:

—¿Qué te acabo de decir?

Se quedó mirando su vaso medio vacío de siempre. El *whiskey* me golpeó en el estómago como un cohete. Sentí la sangre subir hasta mi rostro, sabía que en un instante se me iba a poner el típico «bronceado de bar». Una sensación de bienestar subió desde el estómago hasta el pecho, y me sentí aliviado. Unos segundos después ya pude levantar la cerveza con una mano, sin temblores. Estaba a punto de pedir a Jeff que me sirviera otra cuando apareció Mikey pegado a mi codo y preguntó:

—¿Una fiestecita?

—¿Quieres tomar algo?

—No tenemos tiempo. Tenemos nuestra propia fiestecita.

Esbozó una sonrisita presuntuosa. Yo dije:

—Una cosa rápida.

Pedí una doble y dije a Mikey:

—Tómame tú otra.

—Creo que no.

—Tú mismo.

Encendí un cigarrillo con el Zippo de plata. Mikey dijo:

—Ése es el mechero de Sweeper.

—Sí, ¿algún problema?

Ningún problema. Vacíé el vaso, esperé a que me diera la sacudida y dije:

—Vamos.

Jeff dijo:

—Cuídate, Jack.

No respondí. El Jameson me había dado fuerte y me había dejado sin habla temporalmente.

Mikey tenía la furgoneta aparcada fuera. Parecía hecha polvo hasta que entrabas y veías que había sido acondicionada. Se podría vivir allí felizmente y con todas las comodidades. Yo dije:

—Menuda transformación.

—Soy un manitas.

Puso la furgoneta en marcha, arrancó y se metió en el tráfico. Pregunté:

—¿Adónde vamos?

—Headford Road, zona paya.

El menosprecio en su voz era como una navaja. No piqué, y él me miró de soslayo y dijo:

—Yo no soy gitano.

—¿Qué?

—Tú das por sentado que lo soy.

—Mira, Mikey. Yo no doy por sentado nada sobre ti. Es posible que esto te resulte difícil de creer, pero no pienso nada en absoluto sobre ti. Me he encontrado contigo, ¿cuántas veces... una?

—Dos veces.

—¿Dos veces?

—Yo estaba en lo de los Tiernans, ¿recuerdas? Pero claro, allí sólo viste a una panda de gitanos.

Hice un gesto de fastidio y saqué mis cigarrillos, busqué el Zippo.Él dijo:

—Preferiría que no fumaras, no en mi furgoneta.

Lo encendí, dije:

—Me importa una mierda.

En Woodquay, dijo:

—Mi madre, cuando yo tenía cuatro años, me sacaba de paseo a medianoche. Acabábamos en el Fair Green. Se quitaba toda la ropa. Siempre, en un determinado momento de la borrachera, hacía eso.

Al ver que yo no respondía, continuó:

—Una furgoneta la atropello, la mató al instante. No sintió nada, estaba demasiado borracha para sentir nada. Los gitanos me adoptaron.

—¿Por qué?

—Su furgoneta.

—¿Y tu familia?

—Éramos sólo ella y yo... oh, y la bebida. Vivíamos en un piso de Ragoon, ¿recuerdas aquellos pisos? Ni un perro podría vivir en ellos. Un gueto de Galway, como en América.

Aplasté la colilla contra el suelo, dije:

—Y entonces, ¿por qué sigues con ellos? Ya eres un adulto.

Estábamos entrando en una mansión. Él dijo:

—Más que ningún otro, tú deberías saber que no hay vuelta atrás.

Al salir de la furgoneta, pregunté:

—¿Quién vive aquí?

Era un edificio grande de tres pisos con garaje adosado. Lo que transmitía era pasta, montones de pasta. No pude ver la cara de Mikey, pero pude sentir su tono despectivo cuando dijo:

—¿Quién si no? Sweeper.

«La vida es una especie de horror. Está bien, pero resulta agotadora. Los enemigos y los ladrones no dejan de actuar mientras tú te debilitas. Los malvados prosperan por ser despiadados incluso entonces. Si estás enfermo, tienes que tener un buen abogado. Cuando se te entrega una sentencia de muerte, se vuelven a trazar definitivamente las líneas del campo de batalla. Dependiendo de tus circunstancias, en algunos casos tienes que dar marcha atrás y mantenerte escondido. Estás débil. La muerte parece preferible a la retirada diaria».

Harold Brodkey, *Esta salvaje oscuridad*

Mikey me hizo entrar en la casa. Por un pasillo con las paredes llenas de fotografías en blanco y negro. El viejo Galway. Mujeres con chales, hombres con gorras de tela. Tal vez fuera el *whiskey*, pero parecía un tiempo mejor. Hasta un salón, abarrotado de antigüedades y muebles de cuero. Sweeper ante un gran fuego encendido, un brazo apoyado sobre la chimenea de mármol. Tres jóvenes vestidos con chándales negros. Sweeper bramó:

—¿Por qué has tardado tanto?

Palabras dirigidas a Mikey, el cual me miró a mí y dijo:

—El tráfico.

Sweeper se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Quiere beber algo?

Mikey contuvo la risa. Yo dije:

—No, estoy bien.

Y tanto. Envuelto en la calma artificial de cuatro *whiskeys*. Sweeper asintió, dijo:

—Le llevaré con él.

Me hizo cruzar la casa. En otra habitación, una mujer y tres niños estaban viendo *¿Quién quiere ser millonario?* Oí al presentador Chris Tarrant preguntar:

—¿Respuesta final?

Entramos en el garaje. Ronald Bryson estaba atado a una silla de cocina, desnudo. Junto a él, una estufa eléctrica de dos quemadores. Sweeper dijo:

—Todo suyo.

Alguien había colocado una segunda silla frente a Bryson. Este tenía la cabeza inclinada sobre su pecho, como si estuviera dormido. Tenía la piel blanca como la tiza, ni un solo pelo en ella. No vi ninguna magulladura y eso me alivió. Dije:

—Ronald.

Levantó la cabeza, sangre alrededor de sus labios. Durante unos instantes intentó concentrarse, luego:

—Dack... daraziaz a Dioz.

Le habían arrancado los dientes y tenía las encías llenas de sangre seca y saliva. Las palabras le salían distorsionadas y apenas entendibles. Para no volvernos todos locos, transmitiré sus palabras tal y como finalmente las descodifiqué. Yo dije:

—Querías verme.

Se removi6 contra las cuerdas, dijo:

—Me arrancaron los dientes con unos alicates.

Deseé haber aceptado aquel trago. Él dijo:

—Jack, tienes que decirles que es un terrible error. Sé que me he portado mal, pero yo no maté a esos hombres.

—Sí que lo hiciste.

—¡Jack, por favor! Hay algo en mí que necesita llamar la atención. Dejo que la gente piense que fui yo quien hizo esas cosas terribles, pero es...

Entonces su voz se convirtió en un susurro.

—No es más que un juego. Hago un buen trabajo y luego es como si me sintiera poseído. Me vuelvo contra las personas a las que estoy ayudando y empiezo a fingir que he hecho cosas peligrosas. Luego tengo que irme a otro lugar. Puedes comprobarlo. En Londres... montones de veces, pero es todo fantasía.

Encendí un cigarrillo, dije:

—Dejaste mi casa hecha una mierda, hiciste llamadas, aterrorizaste a mi novia.

—Solamente quería llamar tu atención. Hacerte pensar que no podías conmigo.

Yo me levanté y él gritó:

—Oh, Dios, Jack, no te vayas.

Me incliné hacia él. Salía miedo de su torso como si fuera humo. Yo dije:

—Aunque me creyera cualquiera de esas cosas que dices, hay algo que te condena.

—¿Qué, Jack? Dime... puedo explicarlo... todo.

—La mano.

Pareció auténticamente confundido, preguntó:

—¿Qué mano?

—A una de las víctimas le cortaron la mano y la dejaron ante la puerta de una casa. Luego yo recibo una mano de plástico por correo. ¿Cómo podrías haber sabido eso, a menos que lo hubieses hecho tú?

—Jack, te lo juro, no sé nada de ninguna mano. Nunca he mandado nada por correo. Por Dios todopoderoso, tienes que creerme.

—No te creo.

Me di la vuelta para irme y él empezó a llorar, rogándome que volviera. Cerré la puerta a mis espaldas. Volví al salón. Sweeper preguntó:

—¿Ha confesado?

—No.

Sweeper me miró a los ojos, preguntó:

—¿Cuál es su veredicto?

—Lo hizo él.

—De acuerdo. Mikey le llevará a su casa. Pasaré a verle dentro de unas horas, para saldar cuentas.

Durante el viaje de regreso, Mikey no habló. Un reloj marca las doce, pensé:

«Suenan las doce, es tiempo de llorar a solas». En Hidden Valley, me estaba bajando de la furgoneta cuando Mikey dijo:

—Estoy empezando a leer poesía. ¿A quién me recomendarías?

Tardé un momento en responder, como si estuviera meditando sobre ello, luego dije:

—Lo que leas o dejes de leer me importa un comino.

Una vez dentro de la casa, casi tuve miedo de seguir con la bebida de alta intensidad, intenté refugiarme en la lectura. Opté por Chester Himes; sería malsano y divertido. De *El primitivo*, subrayé lo siguiente:

«Pero en este momento del despertar, antes de que la mente de ella hubiera recuperado su ecuanimidad, expresado sus justificaciones, endurecido sus antagonismos, erigido sus racionalizaciones; en este momento de indefensión emocional... ella no podía culpar de todo a los hombres. Aquel momento era para el llanto, y el día para mentir; pero la mañana era el tiempo del miedo».

Me quedé dormido en el sillón. Sonó el timbre de la puerta y me levanté como atontado. Comprobé la hora. Las cinco en punto. Sweeper venía solo, con una botella de Black Bush. Le hice pasar a la cocina. Dijo:

—He comprado clavos de olor, podríamos preparar unos ponches calientes.

—¿Por qué no?

Puse la tetera en el fuego y preparé unas grandes bebidas, removí los

clavos, el azúcar, el Bush. Le pasé el suyo y me senté. Él dijo:

—Ya está hecho.

—De acuerdo.

—¿Quiere preguntarme algo?

—¿Me lo contaría?

—Probablemente no.

Bebimos y él preparó los siguientes. Yo dije:

—Me preocupa lo de la mano.

—¿Qué mano?

—La del correo.

Soltó una risita, exenta de humor. Dijo:

—Eso fue Mikey.

—¿Qué?

—Va mucho por Belfast. Pensó que necesitaba un toque de atención. Yo no lo supe hasta más tarde. Los chicos me lo contaron.

—Joder.

—¿Qué?

—Hostias... déjeme pensar.

Traté de poner en orden mis ideas y recordar las palabras de Brendan Flood, dije:

—Sweeper, voy a describirle a una persona. Quiero que escuche con mucha atención y luego me diga quién le viene a la mente.

—De acuerdo.

Respiré hondo y luego empecé.

—Un hombre de treinta y pocos años, soltero, de gran inteligencia... pero infantil. Hábil con las manos, conduce una furgoneta reacondicionada, tuvo un altercado menor con la policía, probablemente en alguna ocasión le dio una buena paliza a alguien. Es educado, bien hablado, culto.

Yo estaba empapado en sudor. Sweeper no lo dudó, dijo:

—Mikey, ¿por qué?

—Nada, simplemente curiosidad.

Si hubiera estado menos reventado, Sweeper podría haber insistido. Pero el agotamiento le cerraba los ojos. Se encogió de hombros, sacó un sobre, dijo:

—Una gratificación. Ha hecho un buen trabajo.

—Voy a mudarme.

—¿A Londres?

—No, voy a volver al Bailey's Hotel.

—Pero puede quedarse aquí.

—Gracias, pero ha llegado la hora de cambiar.

Se levantó, extendió la mano, dijo:

—Nos veremos, Jack Taylor.

—Claro.

Cuando se fue, abrí el sobre. Suficiente para aguantar durante una buena temporada. Volví a cerrarlo.

Al día siguiente, estaba sentado en Sweeney's. Se escuchaban los gritos de las gaviotas en los muelles. Bill Cassell llegó poco después. Parecía más delgado aún, se sentó en su silla habitual y yo lo hice frente a él. Puse el sobre en la mesa, dije:

—¿Quieres contarlo?

Lo hizo. Dijo:

—Esto es un montón de dinero, Jack. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que matemos a alguien?

Encendí un cigarrillo, eché un último vistazo al Zippo, se lo pasé a Bill y dije:

—Se llama...



KEN BRUEN (Galway, Irlanda, 1951). Es uno de los más destacados escritores de novela policiaca de las dos últimas décadas. Pasó cerca de veinticinco años viajando por el mundo antes de comenzar a escribir a mediados de los noventa. Como profesor de inglés, Bruen trabajó en África del Sur, Japón y América del Sur.

Elogiado por su profundo conocimiento del lado oscuro de la Irlanda contemporánea, las novelas de Bruen se distinguen por su atmósfera sombría y su prosa concisa y cortante.

Entre sus trabajos más reconocidos se encuentra la denominada *White Trilogy* (1998-2000) y la serie de once novelas sobre el detective Jack Taylor, cuatro de las cuales han ganado los reconocidos premios Shamus, Macavity y Barry Award: *The Guards (Maderos, 2001)* 2004 Shamus Award, mejor novela; *The Killing of the Tinkers (La matanza de los gitanos, 2002)* 2005 Macavity Award, mejor novela; *The Dramatist (El Dramaturgo, 2004)* 2007 Shamus Award, mejor novela y *Priest (2006)* 2007 Barry Award, mejor novela británica.

Bruen vive en Galway junto con su esposa e hija, donde continúa trabajando.

Notas

[1] Louise Bogan, poeta estadounidense (1897-1970). (Nota del Traductor. NT). <<

[2] *You're such a good-looking woman*, una de las canciones más conocidas del cantante irlandés Joe Dolan. (NT). <<

[3] *Spit on me, Dickie*, título de una canción de otro cantante irlandés, Dickie Rockquot. (NT). <<

[4] *The House with the Whitewashed Cable*, otra canción de Joe Dolan. (NT).

<<

[5] Hockey irlandés. (NT). <<

[6] Barrendero. (NT). <<

[7] Nombre en irlandés de la policía irlandesa. (NT). <<

[8] «¡Salud!» en gaélico. (NT). <<

[9] La gran hambruna irlandesa de mediados del siglo XIX, que provocó la emigración forzosa de millones de irlandeses. (NT). <<

[10] Los guerreros fenianos de los siglos XVII y XVIII están en los orígenes del nacionalismo irlandés. No es muy recomendable decir «bastardo feniano» en un bar irlandés. (NT). <<

[11] Periodista nacido en 1937, uno de los iconos del nuevo periodismo estadounidense. Se suicidó en febrero de 2005. (NT). <<

[12] Locutor de radio y televisión muy popular en el Reino Unido. (NT). <<

[13] Personaje que hace el actor Gene Hackman en la película *French Connection*. (NT). <<

[14] Actriz que hace el papel de la detective Jane Tennison en la serie televisiva *Prime Suspect*. (NT). <<

[15] Que todos sus sueños se hagan realidad. (NT). <<

[16] *Whiskey* de garrafón o ilegal en gaélico. Aquí parece utilizarse como sinónimo del *whiskey* «normal». (NT). <<

[17] Novela de Mark Z. Danielewski. (NT). <<

[18] Obra de David Eggers. (NT). <<

[19] Obra del dramaturgo irlandés John Millington Synge (1871-1909). (NT).

<<

[20] *La oportunidad llama a tu puerta*. Un programa clásico de la radiotelevisión británica. (NT). <<

[21] John Lydon, conocido como Johnny Rotten, Johnny «el Podrido», cantante de Sex Pistols. (NT). <<

[22] Esta frase es una cita del Salmo 23 de la Biblia. (NT). <<

[23] Catamita, nombre de Ganimedes, raptado por Zeus y nombrado «copero de los dioses», del latín catamitus. De ahí, joven amante homosexual. El Oxford English Dictionary define este término como «muchacho mantenido con fines antinaturales» y el Merriam-Webster como «muchacho mantenido con fines de perversión sexual». (NT). <<

[24] Lugar de Estados Unidos donde se encuentra la Academia del FBI. (NT).

<<

[25] Palabras en gaélico de las que se derivan las inglesas *whiskey* y *whisky*.
(NT). <<

Última revisión por UMDN: 24 de noviembre de 2021

